



O. C. TAVIN

EL FINAL DE ROCCO



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 16.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armour, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.
- «Killer» a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.
- «¡Terror!», núm. 75.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- 1.—CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
- 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
- 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (4.ª edición.)
- 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- 5.—LUCHANDO EN LA SOMERA, por Frank McFair (2.ª edición.)
- 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz (3.ª edición.)
- 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter (2.ª edición.)
- 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair (2.ª edición.)
- 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- 11.—SHANGHAI, por Alf Manz (2.ª edición.)
- 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 13.—SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet (2.ª edición.)
- 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murph. (2.ª edición.)
- 16.—TANGER, por Alf Manz (3.ª edición.)
- 17.—TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- 19.—ALTA TRAIION, por Fred Baxter (2.ª edición.)
- 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair
- 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin
- 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny
- 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murph
- 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 80.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin
 81.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 82.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy
 83.—ENTRE REJAS, por Alf Manz
 84.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet
 85.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 86.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny
 87.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy
 88.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter
 89.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc
 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin
 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet
 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz
 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy
 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 48.—
 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc
 51.—TRAS EL TELON DE ACEÑO, por Alar Benet
 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John Martin.
 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 55.—EL GENIO DEL MAL, por Alar Benet.
 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn
 57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin
 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair
 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee
 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 61.—BELLETES MALDITOS, por Frank McFair
 62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot.
 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet
 65.—ODIO, por Alf Manz
 66.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.
 67.—«KILLER» A SUELDO, por O. C. Tavin.
 68.—MUERTE EN EL ATARDECER, por Eddie Thorny
 69.—LOUP-GAROU, por Frank McFair.
 70.—PUNTO FINAL, por O. C. Tavin.
 71.—¡MIRAD A LAS SOMBRAS!, por Frank McFair.
 72.—ENTRE ESAS BRUMAS..., por O. C. Tavin.
 73.—TORTURA, por T. Wanten.
 74.—EL CONFIDENTE, por Frank McFair
 75.—¡TERROR!, por O. C. Tavin.

En preparación:

EL VENGADOR NEGRO

A Frank McFair, el gran novelista,
que presencié conmigo, la destrucción
del «gang» de Rocco en aquella noche,
bajo una gran nevada, en Olcero,
Chicago.

O. C. TAVIN

I



ODAVÍA salían algunas
llamas del interior del inmueble. Pero ya el terrible tiroteo había
cesado y los agentes del

F. B. I.

y de la Metropolitana se habían marchado, después de que las
ambulancias recogieron los muertos, porque allí no hubo más que
muertos.

Los bomberos apagaron los restos del incendio y poco después se
marcharon también. La casa de tres pisos estaba reducida a
escombros, y solamente en el segundo quedó en pie,
milagrosamente, una habitación, como aislada. Humeaba aún y la
nieve iba poco a poco adueñándose de aquel lugar que dos horas
antes era un brasero. Caían los copos densamente, apenas llevados
de un lugar a otro por el escaso vientecillo procedente del lago.

En aquella habitación que se salvó de las llamas, por pura

casualidad, todos los muebles estaban intactos. Era un despacho de no muy grandes dimensiones, con una ventana a la calle, ahora obstruida por los escombros. La puerta seguía cerrada, y era de chapa de hierro, razón por la cual quizá el incendio no pudo penetrar allí.

En aquel despacho estaba él tirado, en el suelo, desmayado. Tenía todavía en la mano una pistola de grueso calibre, una de esas «Lugger» de casi infalible funcionamiento y con la que se hacen blancos excelentes, dada su precisión. De la cabeza, en el lado izquierdo, la había manado gran cantidad de sangre, ahora reseca, y un chirlo espantable le iba desde la sien del mismo lado al mentón, agudo, poderoso.

Era, desde luego, muy extraño que aquel hombre pudiese seguir viviendo, a juzgar por su respiración agitada, que abombaba su ancho pecho. Debió sufrir las torturas del infierno al llegar hasta casi aquella misma habitación las llamas del incendio, convirtiéndola en un horno. Con aquel calor y las heridas del rostro, indudablemente graves, hubo de pasar un pésimo rato hasta que se desmayó. También tuvo suerte, y no poca, al escapar de la búsqueda de los agentes del

F. B. I.

y de la Metropolitana, librándose así de caer prisionero. Era a él, precisamente, a quién con más tesón perseguían, como cabecilla del «gang» destruido. Removieron los escombros los bomberos, en busca de cadáveres, y hallaron a casi todos los componentes de la banda. A casi todos. Otros, debieron quedar allí abrasados, calcinados, además de ametrallados a conciencia. Fueron doce los cadáveres hallados. La Policía y el

F. B. I.

suponían que eran unos quince hombres los componentes del «gang». Contaron entre los desaparecidos, achicharrados, a los tres que faltaban, incluido aquel hombre que era el «boss», allí desmayado, en su despacho.

Eran las cuatro de la madrugada cuando aquel hombre comenzó a moverse, exhalando débiles gemidos de dolor. Dio varias vueltas en el suelo, sobre la tostada alfombra, tropezando con un sillón. Lentamente, se llevó una mano a la cara, al lado izquierdo, gimiendo más fuerte. Abrió los ojos, uno de ellos apenas, el

izquierdo, y lanzó entonces un verdadero alarido. Volvió a desmayarse, incapaz de soportar aquel martirio de tener el ojo casi saltado.

Un buen rato después volvió en sí. Pero ya no se tocó aquellas dos heridas espantosas, la del ojo y el chirlo que le nacía en la sien y terminaba en el mentón. Con el ojo sano, el derecho, miró a su alrededor con curiosidad. Y la memoria le trajo los detalles de la lucha librada pocas horas antes contra el

F. B. I.

y la Metropolitana. Recordaba que se metió allí, en aquella habitación casi acorazada, como último refugio, destrozado ya su «gang» a tiros y ardiendo el edificio. Esperando que entrasen para acabar su vida matando. Ya entonces tenía el ojo medio saltado y el chirlo espantoso. Fue cuando los grandes bidones de gasolina que había en el piso de abajo se incendiaron y estallaron al penetrar varios haces de fuego de los lanzallamas de la Policía, queriendo alejar de la puerta derribada a los «gángsters». A él, que luchaba en primera fila, le dieron varias esquirlas de los bidones estallantes y un diluvio de fuego les hizo huir hacia el piso segundo.

Se incorporó pesadamente, apoyándose en un sillón. No se encontraba muy débil, puesto que, aparte de las heridas del rostro, su cuerpo no recibió ninguna otra herida.

Sacó un pañuelo del bolsillo y con él se cubrió las heridas de la cara. Se puso en pie y anduvo por la estancia, contemplando por unos agujeros de la ventana, entre los escombros y vigas de acero retorcidas que casi la tapaban, la noche blanquecina, de cielo color plomizo claro. Seguía nevando copiosamente, con grandes copos, que caían casi verticalmente, y hacía un frío muy grande. El humo que salía de entre las ruinas del edificio apenas si podía elevarse entre la cortina de nieve que caía pesadamente.

El frío le alivió los dolores de la cara. Se encontraba algo mejor, más repuesto. Observó, abriendo un poco la puerta de hierro, si era posible salir por allí. Debía hacerlo antes de que fuese de día. Tal vez volvieran después los agentes a reanudar sus pesquisas en busca de los cadáveres que quedasen, para identificarlos y comprobar si el «gang» había sido literalmente aniquilado. Y también la gente, curiosa, se pararía a contemplar lo que fue la sede de la banda, impidiéndole salir.

Tras la puerta divisó un trozo de pasillo. Solamente un trozo, cortado, quedando las barras de hierro retorcidas, pendientes en aquel pequeño abismo. A unas cinco yardas, más abajo, estaba el arranque de la escalera, reducida igualmente a escombros. Y montones y más montones de cascote, vigas, muebles quemados, lienzos de pared. Pero todo en forma de montículo. No era difícil bajar por allí, pensó tras el examen.

Cogió de la percha su trinchera, que tenía un color chocolate extraño, por haber estado a punto de arder. Se la puso trabajosamente, porque el dolor del ojo era insoportable y cualquier movimiento que hacía le repercutía allí. Debía de tenerlo casi saltado y solamente sostenido por los cuajarones de sangre que tapaban la cuenca.

En marcha... Tenía que escapar de allí, ya que salvó la vida. Si se quedaba, le hallarían indudablemente. Y poco después, le obligarían a sentarse en la silla eléctrica. Ya que vivía, adelante.

Recorrió el pasillo hasta donde quedaba cortado. Bueno; cada vez que daba un paso, su ojo parecía bailar dentro de la cuenca, sufriendo horrorosamente, como si tirasen de él hacia afuera. El chirlo no era tan fastidioso. Como una quemadura fuerte.

Desde allí, apretándose fuertemente la mejilla izquierda y, sobre todo, el ojo, saltó al trozo de escalera. Sus pies, al tropezar tras el salto en los escombros, hicieron vibrar todo su cuerpo. Era demasiado dolor, aun para un hombre como él, duro como el acero. Y se desmayó.

Los copos de nieve comenzaron a caer sobre él blandamente. Así durante una media hora. Y fue la frialdad de la nieve, sobre su cara, la que le hizo volver en sí, aliviándole el dolor y la quemazón.

Se incorporó pesadamente, ya con un tremendo miedo a seguir moviéndose. Parecía como si todo el centro nervioso de su cuerpo radicase ahora en el ojo averiado. Sí ponía el cuello rígido, para evitar mover la cabeza, los músculos tensos de la nuca tiraban despiadadamente, o así lo creía él, de los músculos internos del ojo. Si dejaba naturalmente el movimiento del cuello, no había duda de que le bailaba el globo dentro de la cuenca. Hacia adentro, hacia afuera, hacia arriba o abajo... Solamente el cuajarón de sangre lo retenía en su sitio, no había duda. Estaría destrozado interiormente todo el racimo de nervios, adheridos al globo ligeramente.

Entre sufrir aquello y esperar a que fueran a buscarle para ejecutarlo, había todavía una apreciable diferencia. Sufría mucho, sí, pero no era la muerte segura, irremediable, si se quedaba.

Apretando las mandíbulas férreamente, se puso en pie y descendió por el montón de escombros humeantes. Sus pies tocaron todavía vigas de hierro muy calientes, haciéndole brincar presurosamente. Pero bajó lentamente, sin tolerar nuevos desmayos ni vacilaciones. Era la vida lo que se jugaba.

En el piso de abajo, enormes aglomeraciones de cascote, vigas, paredes destrozadas se le ponían por delante. Y lentamente, sollozando de dolor, trepó por ellas y las fue salvando, bajo la nevada intensa.

Estaba ya al ras de la calle, entre los muros de la casa derruidos. Unos pasos más, y se encontraría fuera de allí, en plena 26th Street. Dio los pasos y se halló en la acera, invadida de escombros.

Un «cop» vigilaba por allí. Paseaba lentamente, cubierto su capote y gorra de nieve. Tenía la cara casi oculta por las orejeras y la bufanda. Pisaba reciamente, como bailando, para combatir el terrible frío.

Pegado a los derruidos muros, entrando y saliendo entre ellos, se fue alejando sigilosamente del agente. Dio una corta carrerita y se halló en la casa inmediata. Después, en la siguiente, siempre alejándose en busca de South Cícero, la transversal. Casi podía decir que se estaba salvando. Un poco después, sería un transeúnte más de los escasísimos que por allí había, con aquella noche de frío y nieve.

De cuando en cuando cogía un puñado de nieve del suelo y se lo aplicaba a las heridas, suspirando al sentir el alivio. El ojo le bailaba dentro de la cuenca, haciéndole sentir una sensación espantosa; como si le arrancasen el cerebro o alguien le retorciese los nervios que tenía allí, dentro del hueco, sujetando el globo apenas. Mucho más terrible que cuando sentimos moverse una muela, sujeta solamente por el nervio excitado. Aquello era como cien muelas en iguales condiciones.

Consideró como un hallazgo maravilloso el que un «taxi» estuviese parado, con la lucecita de «libre» en la calle, cerca de un club de noche, que aún tenía sus puertas abiertas. Corrió a él, bailando su ojo al compás de los pasos, y se metió en él como una

bala, tapándose la cara con el pañuelo.

—Austin Boulevard, mil quinientos cincuenta y uno —gritó al conductor, que apenas le miró, envuelta su cara en una ancha bufanda, que la tapaba hasta más arriba de la nariz, ocultando el resto la gorra.

—Menos mal que tengo el motor en marcha y aquí no hace mucho frío, hermano —dijo el «taxista» sin volverse—. He decidido pasar los inviernos en Miami. ¡No paso otro en esta perra tierra!

Gruñó él. Y el coche salió a buena velocidad, patinando de cuando en cuando sobre la capa de nieve, que se helaba rápidamente. Nevaba cada vez con más intensidad y las luces de la calle apenas si eran visibles bajo la cortina blanca que todo lo envolvía.

—Creo que éste es el mil quinientos cincuenta y uno, amigo —dijo el chófer, parando ante una casa de tres pisos—. ¿La reconoce? No se ve nada.

—Es aquí, sí —respondió él.

Se bajó y pagó el servicio. El «taxista» no sacó la cabeza por la ventanilla. No pudo verle, por tanto, el rostro.

Abrió con su llave la puerta de la casa. El dolor del ojo le hacía casi aullar. Dando traspiés subió la escalera y llamó en el piso principal.

—Soy Lino —dijo, con voz impaciente cuando una mujer, abriendo el ventanillo de la puerta, preguntó quién llamaba.

—¡Lino! —exclamó sofocadamente ella. Y abrió inmediatamente—. ¡Pudiste escapar, Lino!

—Calla. Sí, es como si hubiese resucitado —contestó él—. Prepárame la cama pronto, pronto. Y café muy caliente. Y llama al doctor Cechi. Que venga inmediatamente... a sacarme del todo este ojo. ¡Maldición, lo tengo bailando!

La mujer corrió pasillo adelante para preparar la cama de Lino. Bandolino Rocco, el «boss» italoamericano.

—¡Francesco! ¡Francesco! ¡Que ha venido Lino, levántate! —gritó ella, mientras arreglaba la cama a toda prisa.

Lino la miraba hacer con impaciencia, deseoso de meterse en el lecho mientras gemía quedamente, apretándose con la mano las heridas.

Acostado ya, mientras Loretta hacía el café, apareció en la

alcoba un hombre embutido en un albornoz. Era de mediana estatura, ancho, de pelo negro, despeinado, y su rostro era típicamente meridional, con grandes y bellos ojos negros.

—Eso sí que ha sido tener suerte, Lino —dijo sonriendo, sentándose en una butaca al lado de la cama—. ¿Qué te han hecho en la cara, diablos?

—Este ojo está, queriendo salirse de su sitio. Telefonea que venga el médico, hombre...

—A esta hora...

—¡Avísale, te digo! —rugió Bandolino—. Aunque me cobre lo que sea.

Francesco Campari el segundo de Roco, salió de la alcoba presurosamente. Rocco no estaba acostumbrado a que se le desobedeciese ni en lo más mínimo.

Loretta volvió con un tazón de café hirviendo y una botella de «whisky» escocés. Ayudó a incorporarse a Bandolino, que rugía de dolor.

—Tómalo aprisa. Tengo morfina y puedo ponerte una inyección, si quieres —dijo ella, solícita, mirándole con ternura.

—Ponme aunque sea diez seguidas, y aprisa. Esto es peor que un interrogatorio en tercer grado, ¡maldita sea! Oye, ¿cómo está aquí Francesco? —dijo con voz queda, desconfiada—. ¿Quién le dijo a ese que viniera aquí a dormir, no estando yo?

—Pues... —Ella se sonrojó cohibida—. Dijo que venía a esperarte, y como pasaron las horas y no regresabas... Después, le telefonaron que la Policía estaba contra ti y tus gentes, sitiando la casa. Lo que había pasado, y se quedó, no fuese que le detuviesen en su casa. Yo no me opuse...

—Ya lo veo —refunfuñó Rocco—. Tan tranquilo, pensando que yo estaba bajando a los infiernos malditos... y contigo aquí, ¿eh?

—Lino, no empieces —refutó Loretta, secamente—. Siempre con esa manía de que yo me voy con cualquiera, burlándome de ti... Y siempre sin razón.

—Sí, soy un desconfiado, ¿verdad? —murmuró Bandolino, en tono sarcástico—. ¿Crees que yo puedo olvidar que por mi dejaste plantado a Lavori? También a él le jurarías que eras fiel...

—Maldito marrano... —barbotó Loretta, con indignación—. Ni siquiera en eso mismo has podido ver lo que yo te quería. ¡Cállate,

si eres tan burro que no sabes apreciar el cariño de una mujer!

Francesco avanzaba por el pasillo y ambos interrumpieron su pelea verbal.

—Dentro de un rato viene con instrumental adecuado —dijo el segundo, y miró de reojo a Loretta, que se enjugaba los bellos ojos oscuros.

Loretta tenía una mediana estatura y su cuerpo era bien formado, esbelto. Su rostro moreno, de facciones regulares, tenían unos labios muy rojos, gruesos y sensuales. Pero aquella vida azarosa estaba dejando indelebles huellas en ella, dándola un aspecto de cansancio y quizá de prematura vejez. Su mirada, generalmente, era mortecina, como resignada.

—¿Cómo viniste aquí... para quedarte, Francesco? —preguntó Rocco en tono natural aunque helado.

Campari notó en aquel tono especial de su jefe cierta peligrosidad. Era el mismo que usaba cuando tomaba fatales determinaciones, que solían costar la vida a algún secuaz desleal, traidor, cobarde o que tratara de usurparle el puesto de «boss». También cuando mandaba asesinar a alguien que pretendiera combatirlo, fuese del

F. B. I.

o de la Policía.

—¿No me citaste aquí a las doce? —replicó Francesco mientras sonreía a Loretta, que volvió la cabeza, como avergonzada—. Pues a esa hora vine y te esperé. Después me llamó al teléfono Daverioni, pregúntaselo si quieres, y me dijo que estabais cercados, combatiendo con los del

F. B. I.

y que no había salvación para vosotros...

—Y fuiste a echarnos una mano, ¿no? —cortó Rocco en tono sarcástico—. ¡Qué menos que eso, tratándose de los camaradas en apuro...!

Loretta preparó aprisa la inyección de morfina y se la aplicó a Rocco.

—Me dijo Daverioni que estabais perdidos cuando me llamó por segunda vez. Que estaba ardiendo la casa y que creía que todos habíais muerto —siguió Francesco en su relato, sin hacer caso de la mordacidad de su jefe.

—Digo que tú fuiste a echarnos una mano, Francesco —murmuró Rocco tozudamente—. Y que, lógicamente, también deberías haber muerto con nosotros. Pero no... Te quedaste aquí. Guardando a Loretta... ¡Qué amabilidad por tu parte, Francesco!

—¿Quieres que lo dejemos, Lino? —Gruñó Francesco, apretando las mandíbulas—. ¡Si todos habíais muerto, como me dijeron, y si era imposible y además idiota ir a ayudaros, hice lo que era más sensato: quedarme...!

—Claro. Bueno; dejemos eso por ahora —refunfuñó Rocco.

Y volvió la cabeza, ahogando los gemidos de dolor. Francesco encendió un cigarrillo y se lo puso en la boca. Rocco gimió y comenzó a fumar nerviosamente. Loretta le miró a Francesco intensamente, sonriendo. El segundo de Rocco también sonrió con malicia.

Un silencio pesado se sucedió. Rocco, bajo la fuerte dosis de morfina inyectada por Loretta, se quedaba aletargado, dejando de quejarse. Unos minutos después dormía pesadamente, pronunciando frases incoherentes.

Francesco y Loretta salieron de la alcoba. En el pasillo, ella le cogió del brazo, apoyando en un hombro de él su despeinada cabeza mimosamente.

—No le mataron... —dijo, muy quedamente.

Se puso de puntillas para besarle. Francesco apretó los puños con rabia.

—No sé si entrar y acabarlo... —musitó. Y buscó la aprobación de ella, mirándole fijamente—. ¿Quieres?... El médico no diría nada. No sabe qué heridas trajo. Una puñalada más...

—No. Dirás que soy supersticiosa, pero cuando él ha podido escapar, tal vez sea porque tenía que ser así. Sería capaz de seguir viviendo, aunque le atravesaras el corazón. Déjalo, mi querido... Siempre te querré, ya lo sabes.

—Pero no estaremos libres de él. Un día querrá vengarse, y entonces... Se ha dado cuenta de lo nuestro. ¡Quién iba a pensar que volvería!

—Sí. Tu delación de poco ha servido —dijo ella, con tristeza.

El timbre de la puerta sonó un poco. Loretta exclamó:

—Es el médico.

Y abrió la puerta. Un hombre de pequeña estatura avanzó

rápida­mente por el pasillo, cubierto de nieve su gabán gris y el sombrero. Tendría unos cuarenta años y su rostro era inteligente, vivaz.

—¿Qué le pasa a ése? —dijo, mientras Francesco le ayudaba a quitarse el gabán—. ¡Con esta noche de perros sacarme de la cama!

—Un ojo. Dice que lo tiene medio fuera —contestó Loretta—. Ha escapado de la matanza. Le he puesto morfina.

—Mejor. Si he de curarle en un ojo, mejor que esté atontado.

Pasaron los tres a la alcoba. El doctor Cechi, italiano también, tomó el pulso a Rocco. Después le volvió la cabeza, para examinar las heridas.

—Agua caliente; algodón y gasas de mi maletín, y los instrumentos, Francesco —dijo, después del examen—. Hay que quitarle la sangre seca.

Loretta le llevó una jofaina con agua caliente. Y el médico comenzó a lavarle las heridas, sin que Rocco hiciese gesto alguno de dolor.

—¡Diablo! —rezongó el médico, cuando todo estuvo limpio y examinó la herida del ojo—. ¡Lo tiene fuera!... Y sin salvación, desde luego.

—¿Hay que sacárselo del todo? —inquirió Loretta con acento muy normal, sin emocionarse—. ¡Guapo va a quedar, tuerto y con ese chirlo!

Rió Francesco. Cechi los miró y rió también, encogiéndose de hombros.

—No hay más remedio que acabar de extirpárselo —razonó fríamente—. Así que ¡a la obra! Francesco, póngame encima de la cama el instrumental y la jofaina. Será rápido y no sentirá más dolor del que antes sintió.

Cechi operó con mano segura. Unos tajos en los nervios y después, con las manos dentro de los guantes de goma, extrajo el globo, dejándolo en la jofaina. Desinfectó bien la tremenda herida y la taponó, poniendo un vendaje adecuado.

—Terminado —dijo, al fin, tranquilamente—. Voy al lavabo. Dentro de un par de horas, Loretta, más morfina, o antes si se queja mucho. Creo que ahora se quedará mucho más descansado que cuando le bailaba el ojo. El chirlo no tiene importancia, aunque le va a «embellecer» la cara —rió con ganas.

—Le favorecerá, desde luego. Ahora parecerá otro, y eso le conviene —dijo Francesco—. Tuerto y con el chirlo, nadie reconocerá al bello Rocco.

Un rato después, el doctor Cechi se despedía de Loretta, después de haberle entregado ésta quinientos dólares. El médico era «especialista» en curar a «gángsters» opulentos, y por esto y su silencio cobraba fabulosamente.

El día se presentó tan gris y con la misma nevada que el anterior. Chicago estaba sufriendo un rudo temporal de fríos y nieve, procedentes del Canadá, en aquel mes de diciembre. Loretta y Francesco, obedeciendo las indicaciones del médico, ponían a Rocco fuertes dosis de morfina, con lo que el «boss» permanecía aletargado constantemente.

Francesco maldecía lo que consideraba su mala suerte, al haberse salvado de la muerte Rocco. Y pensaba con creciente intranquilidad en el momento en que su «boss» hiciese su vida normal y tal vez le diese por investigar las causas de que el

F. B. I.

supiese tan exactamente el sitio, la hora y quiénes se iban a reunir en aquella casa de la West 26th Street de aquella pasada noche. Consideraría que fue una gran casualidad que sus enemigos mortales estuviesen tan perfectamente enterados de todo, hasta el punto de permitirles dar un golpe maestro, destruyendo el «gang» de Rocco.

Loretta, presa otra vez del pánico que siempre le inspiró Rocco, se volvería arisca y como más fiel a su Bandolino. También consideraba que con él sus intereses económicos irían mejor que con Francesco, siempre un segundón, aunque lleno de ambición desmedida. Por eso delató a Rocco. Por querer formar él después el «gang» con los elementos dispersos que no cayeron en la celada del F. B. I.

Rocco estaba, pues, como resucitado. Saliendo, cual nueva ave Fénix, de entre las llamas y las cenizas donde cayera su banda. Un poco cambiado su rostro, a falta de un ojo y con el costurón espantoso en la cara. Pero éste le favorecería en sus designios. Era un nuevo Rocco, no conocido de la policía y el

F. B. I.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

II



instancias de Rocco, que se encontraba algo mejorado, no sufriendo aquellos terribles dolores de cuando tenía el ojo desprendido, Loretta le llevó los diarios de la mañana.

—Veamos qué dicen respecto de mi muerte —dijo el «boss» con voz débil—. Lee...

Ella desdobló el «Chicago Observer». En primera plana, con grandes titulares, se hacía mención de la batalla librada la noche anterior contra el «gang» de Rocco por el

F. B. I.

y la Policía Metropolitana. Ella leyó:

«EL FINAL DE ROCCO Y SU “GANG”. HA TERMINADO
UNA PESADILLA»

—No está mal —dijo el «boss», esbozando una sonrisa de ironía—. Sigue, sigue. Es estupendo eso de que le crean a uno fuera de combate para siempre.

«Anoche, poco después de las doce, cuando mayor era la fuerza de la nevada —leyó Loretta— que caía sobre la ciudad, nuestra Policía y elementos de la División local del

F. B. I.

cercaron la casa sita en 26th Street West, donde estaba la sede del “gang” de Bandolino Rocco, el tristemente célebre “gángster”, cuyas actividades eran diversas, destacando principalmente en la extorsión de comerciantes, dueños de restaurantes, clubs nocturnos, “cabarets”, salas de espectáculos, etc. En el argot del hampa suelen llamarse estas actividades delictivas “proteccionismo”. Rocco imponía su “protección” a estos comerciantes, pretendiendo librarles de extorsiones de otros malhechores, cobrando sumas fabulosas...»

—No tanto, no tanto —interrumpió Rocco, sonriendo.

Loretta le miró con terror y repugnancia. El rostro de Rocco era ahora espantoso, con el costurón que le cruzaba todo el lado izquierdo como un surco profundo y ancho, levantándole el labio superior extrañamente, en un rictus que dejaba al descubierto parte de la dentadura y dando la impresión de que una eterna sonrisa de crueldad infinita estuviese retozando en el rostro. Tenía el parche de esparadrapo tapando la cuenca vacía del ojo, aumentando esto aún más su siniestra expresión.

«Gracias a la excelente información obtenida por el

F. B. I.

local, pudo localizarse el sitio, la hora y los componentes que iban a reunirse en la casa de Rocco. El inspector Robert Yohun, que dirigió la operación, ha manifestado después que tal información ha sido muy reforzada por la delación que hizo ante él uno de los miembros de la banda...»

—Repíte eso, Loretta —murmuró Rocco, con voz ronca, mientras volvía la cabeza para mirar con su ojo sano a la mujer.

Ésta palideció visiblemente, bajó la cabeza y leyó de nuevo, con voz trémula:

«... ha manifestado después que tal información ha sido muy reforzada por la delación que hizo ante él uno de los miembros de la banda. No ha sido posible a los informadores obtener el nombre de este “gángster”, que, desde luego, no fue a la reunión, ya que todos los asistentes han perecido. La casa ardió totalmente, y entre las llamas y el fuego de la fuerza pública, rechazando la agresión de los maleantes, puede afirmarse que ninguno de tales transgresores de la ley ha quedado con vida. Se seguirán esta mañana los trabajos de descombro, para recuperar los cadáveres y ver de identificarlos.

»Por parte del

F. B. I.

ha sido muy destacada la labor del agente especial Norman Torpy, quien, desde hacía meses, de acuerdo con el inspector Yohun, estaba investigando las actividades ilegales de este peligroso “gang”, consiguiendo al mismo tiempo convertir en confidente a favor del

F. B. I.

al “gángster” indicado.

»El “boss” Bandolino Rocco tenía una historia siniestra. Discípulo de Al Capone en los años más enconados del “gansterismo”, cuando solamente tenía quince años o quizá menos...»

—Trece solamente —refutó Rocco, volviendo a sonreír siniestramente—. Sigue.

«... se dice que ya a esa edad asesinó, con una estremecedora sangre fría, a cuantas personas se le indicaban. El cuchillo y la pistola eran manejados por él con gran habilidad. Después, como es corriente en

estas asociaciones, Bandolino Rocco fue ascendiendo en la “carrera” por el método de ir eliminando a compañeros de crímenes que estuviesen a punto de lograr los primeros cargos, como lugartenientes y guardaespaldas de confianza del “boss”. Rocco se destacó por su absoluta falta de escrúpulos, aun dentro del “gang”, delatando ante el “boss” de turno a compañeros, o asesinándolos tras delatarlos, por orden del jefe. El mismo asesinó a Enrico Tivere, el famoso contrabandista de estupefacientes, en una acción contra la Policía. Le metió una bala en la espalda y se proclamó acto seguido “boss”, cargo que ha venido ostentando hasta ahora, verificando cada cierto tiempo verdaderas “purgas” en su “gang” para eliminar posibles rivales en la jefatura de la banda. Hace un año asesinó a un agente especial del

F. B. I.,

y desde entonces, Rocco ha estado incesantemente acosado, hasta culminar tal situación en el golpe de anoche, con la destrucción de su “gang” y su muerte.

»El

F. B. I.

busca activamente a unos cuantos elementos del “gang” que no asistieron a la reunión de anoche, pero puede darse por descontado que, eliminada la cabeza rectora de la banda y la mayor parte de sus elementos, una pesadilla ha dejado de existir y la sufrida población de Chicago, y los comerciantes extorsionados por Rocco, podrán de ahora en adelante vivir con la tranquilidad a que tenían perfecto derecho».

Loretta calló, doblando el periódico. Rocco lanzó un suspiro, cruzando las manos sobre el embozo de la cama.

—De manera que un elemento de la banda era traidor y que, claro es, no ha muerto conmigo y mis hombres en la trampa de anoche —dijo, con voz reposada, helada—. Un confidente del

F. B. I.

—Parece mentira que no te des cuenta de que eso lo dice el

F. B. I.

para sembrar la alarma en los otros «gangs», la desunión, y que se maten unos a otros —explicó Loretta, con desdén—. Siempre has dicho que ese truco es infantil. ¿A qué viene que te preocupe eso ahora?

—Ni lo niego ni lo afirmo —retrucó Rocco, encogiéndose de hombros—. Dame un cigarrillo, anda. Estaba repitiendo, lo que dice el periódico o, mejor dicho, el inspector Yohun. Y claro es que noticias semejantes, quiera uno o no, producen siempre el efecto psicológico deseado. Yo me pregunto ahora cómo el

F. B. I.

pudo saber lo que supo para tendernos la trampa. Porque no siempre nos hemos reunido en el mismo sitio, como sabes muy bien. Otras veces lo hemos hecho aquí, o en otra parte...

—Ese agente especial, Torpy, es el que os ha vigilado bien, y el que ha sabido todo —insinuó Loretta, con calor—. Son endiablados. ¡Quién sabe si lo habéis tenido infiltrado en la banda!... Algunas veces te has pasado de listo, no lo niegues. El haber asesinado a aquel otro agente especial te ha traído la inquina del

F. B. I.

y no han parado hasta destruirte.

—Matándome —afirmó, riendo, Rocco.

Fumó después nerviosamente.

—Ya puedes tener cuidado ahora, ya que te dan por muerto. No ha sido floja ventaja eso. Debieras retirarte por una larga temporada de estos asuntos. Tenemos dinero de sobra para resistir. Vámonos lejos de aquí.

—Cuando ajuste las cuentas a ese agente Torpy... y al confidente, al traidor que me vendió —replicó adustamente Rocco—. Después, lo que quieras.

—Entonces, crees que has tenido una traidor entre los tuyos, ¿verdad? Sabes que eso es un truco del

F. B. I.,

y, sin embargo, eres tan burro que te lo tragas —replicó, en tono rencoroso, Loretta.

—Soy muy burro, sí; pero no tanto como crees —murmuró Rocco, con su voz serena, helada, llena de amenaza—. Yo pienso que alguien me vendió. Han sido varias las casualidades que

hicieron posible lo de anoche. He de investigarlo bien hasta convencerme de una u otra cosa. Y no defiendas tanto a alguien, rica...

—¿A quién? ¿A quién, di? —saltó Loretta, con gran ímpetu mientras palidecía—. Te veo venir, no creas, pero puedes investigar cuánto quieras por ese lado. Francesco será más o menos valiente, pero no puedes dudar de su fidelidad. Dos veces te avisó de que alguien iba a quitarte de en medio para ocupar tu puesto, y con ello te salvó la vida y el que sigas de «boss»...

—¡Si yo no digo que sea Francesco, hija! —exclamó Rocco sonriendo, y su nueva y siniestra faz pareció retorcerse, mostrando entre el subido labio superior un colmillo agudo, blanco, como de lobo—. Todo te lo dices tú...

—Es que te veo venir, Lino, y sé que cuando te entra el rencor por alguien no razones ni escuchas a nadie. La has tomado con Francesco, y yo te digo que ni es mal amigo, ni mal subordinado, ni infiel. Anoche se quedó aquí por si la Policía venía a buscarte, ayudarme a huir. Tú me dejaste aquí en vez de preocuparte de llevarme a un sitio nuevo, desconocido para la Policía. No sabías si vendrían o no aquí, pero me dejaste entregada a mi suerte. ¿Está mal que Francesco se acordase de eso y viniese a protegerme?

—Es estupendo, desde luego —opinó sardónicamente Rocco—. Antes se ocupó de ti que de ayudarnos contra el

F. B. I.

Es todo un caballero, lleno de galantería para las damas —volvió a reír espantosamente hasta que el dolor en la vacía cuenca del ojo le hizo gritar—. Le voy a nombrar guardaespaldas tuyo. Que te siga por toda la casa como un falderillo...

Loretta se levantó airadamente del sillón donde estaba sentada, al lado de la cama, y salió de la alcoba.

—¡Te mereces que todos te traicionen y lleguen hasta...! —gritó con voz estridente— ¡matarte! ¡Eres odioso!

Rocco sonrió malignamente mientras encendía un nuevo cigarrillo. Lo que más sentía él era tener que estar en la cama, mientras el

F. B. I.

investigaba y tal vez llegase a descubrir que él no había muerto. Podía admitir la organización de investigación que los cadáveres

estuviesen calcinados, irreconocibles, pero no hasta el punto de que todos hubiesen sido convertidos en cenizas. Siempre hallaría huesos, trozos de ropas, cráneos, etc., para poder hacer un recuento de los cadáveres. Y faltaría el suyo. El

F. B... I.

poseía magníficos laboratorios y técnicos para casos como aquél, y no era aventurado suponer que acabaría por poder asegurar que Rocco no estaba entre los muertos, preguntándose dónde se hallaría y si estaría muerto o no. De ahí a buscarle de nuevo no mediaría sino un paso.

Pensó también en Francesco, su segundo. Era cierto, como asegurara Loretta, que le hizo algunos favores, revelando, con ello serle fiel desde hacía años. Pero cuando Loretta ingresó en el «gang», para él, Rocco, no hubo duda alguna de que se enamoró de ella. Y Francesco, como de raza latina, era fogoso, apasionado. Rocco, de igual raza, podía saberlo mejor que nadie. Si no hubo rivalidad en cuanto al mando del «gang», si la hubo respecto a Loretta, aunque fue silenciosa, fría, artera. Francesco buscó ocasiones de verla con pretextos múltiples, todos ellos hipócritas. Para charlar con Rocco amistosamente; para jugar a las cartas, cuando no fue nunca aficionado a ello; para irle con cuentos, salidos de su imaginación, y departir con él muchos ratos. Siempre ante la presencia de Loretta. Las miradas disimuladas, el deseo de servirla con excesivo interés, sonriéndola extrañamente...

Un hombre enamorado, criminal, falso, hipócrita, sin remordimiento ante nada, que no retrocedería ante una muerte por conseguir sus fines, tampoco se amilanaría ante nada por conseguir el amor de Loretta. Y Francesco era el hombre que haría todo eso, y más, si quería a la joven. El que se hubiese vendido al

F. B. I.

no tendría nada de particular. Moriría él, Rocco, y ella quedaría como suya, además de erigirse en «boss». Esto era lo que había pasado, y Rocco lo daba por seguro, aunque tenía que confirmarlo.

A mediodía llegó Francesco. Rocco sintió su voz cuando Loretta abrió la puerta. Después hubo un largo silencio, sin que su segundo entrase en la alcoba. ¿De qué hablarían ellos dos? ¿Qué estarían haciendo?

Los pasos de Francesco sonaron al fin en el pasillo, y penetró en

la alcoba, sonriente, al parecer, optimista.

—¿Qué tal va eso? —le preguntó a Rocco, apoyándose en los barrotes de la cama, a los pies. Sonreía aun alegremente mientras un cigarrillo humeante iba de un lado a otro de sus labios—. Como guapo, sigues estándolo...

Rocco le miró fijamente con su ojo sano, que ya parecía haber adquirido mucha más movilidad e inteligencia.

—Voy mejor. Siéntate y cuenta qué has visto y averiguado respecto a la investigación del

F. B. I.

en la casa aquélla.

—Están buscando entre los escombros, pero no parece que tengan interés en hallar los cadáveres de los camaradas. Son los bomberos solamente —explicó Francesco, tendiendo un cigarrillo a su jefe.

—¿Solamente los bomberos? —Inquirió Rocco, con extrañeza. ¿Y qué buscan éstos? Una vez terminado el siniestro, no debieran aparecer por allí.

—Supongo que lo que hacen es dejar libre de escombros el lugar. Tal vez después vayan los sabuesos del

F. B. I.

Pero no había ningún agente vigilando ni interesándose por lo que hacían los bomberos. Solamente un «cop» cuidaba de que los curiosos no se metiesen por allí.

—Más vale así. ¿Has leído los periódicos, Francesco? —Siguió Rocco, mientras su ojo, entornado, le miraba escrutadoramente—. ¿El «Chicago Observer»? Ahí está —señaló el sillón que ocupara antes Loretta.

—Sí, lo he leído. Lo de siempre cuando nos toca perder. Que si un elemento traidor del «gang» les fue con el cuento. Propaganda bien estudiada —replicó despectivamente Francesco.

—Pero en este caso es innegable que estaban muy bien enterados de nuestra reunión, Francesco —observó tranquilamente Rocco—. Recuerda que hasta las seis de la tarde, poco más o menos, yo no ordené a los muchachos que fuesen a nuestra casa de la Veintiséis-th Street. Y que tú fuiste el que les transmitió mi orden, la convocatoria. ¿Lo recuerdas?

—Sí. ¿Y si estábamos ya vigilados quién sabe desde cuándo? Con

seguirme a mí, o a ti, o a cualquiera de los muchachos hasta la casa, y luego cercarnos una vez todos dentro, me parece que no hace falta mucho tiempo —explicó Francesco en tono también tranquilo. ¿Es que piensas tú otra cosa, Lino? oye, me parece que a ti te queda otra dentro. Somos hombres y como tales debemos hablar y comunicarnos nuestras dudas... o sospechas.

—Eso es cosa que he de investigar personalmente, Francesco —murmuró, evasivamente, Rocco, que no esperaba un ataque directo de su segundo y si evasivas, protestas de fidelidad y fingido ardor vengativo contra el

F. B. I.

—. Lo que no me has explicado ni bien ni mal es por qué no acudiste a la cita de anoche.

—Porque me encontré con que estaba vigilado —contestó con aplomo Francesco, encogiéndose de hombros, y se sentó indolentemente en el sillón, a un lado de la cama—. Estaba en el bar de Hozier, ya sabes, en West Cermack Street. Eran las diez, aproximadamente. Y Hozier me hizo una seña, indicándome con un gesto a un tipo que me miraba mucho. Me sirvió después un «sándwich», en cuya servilleta de papel puso:

«Es Torpy, del

F. B. I.

Ten cuidado con él»...

—¿Tienes ese papel? —interrumpió Rocco, tendiendo la mano hacia Francesco.

—¡Gracioso! Lo iba a llevar encima, y si me detenía, denunciaba al pobre Hozier, ¿no? —exclamó Francesco despectivamente—. Pero se lo puedes preguntar a Hozier. Bien, pues sabiéndome vigilado, comprenderás que no iba a llevar a ese Torpy tras de mí a la reunión.

—¿Te siguió durante mucho rato?

—Me estuvo observando, porque no salí del bar hasta buen rato después que se marchó él. Estaba decidido a quedarme allí toda la noche. Y a eso de las once y media vine hacia acá. Acuérdate de que me citaste a las doce, es decir, cuando acabase vuestra reunión. Realmente, a mí no me dijiste que fuese a la casa, Lino. Debí ir, pero no me dijiste que fuese.

Rocco sonrió. Francesco era inteligente y sabía poner las cosas de modo que la razón parecía siempre suya. Debió ir, pero no fue a la reunión.

—¿A qué hora se marchó Torpy, el del F. B. I., del bar? —le volvió a preguntar.

—Hacia las once. Me leí dos o tres veces el diario de la noche mientras me vigilaba. Al fin debió convencerse de que perdía el tiempo conmigo y se marchó. ¿Qué más?

—Nada, nada. Creo que debo estar enterado de lo que hace mi gente, ¿no? —rezongó Rocco malhumoradamente—. Desde luego, no esperaba encontrarte aquí, en mi casa, sin estar yo, Francesco. No me ha gustado eso, francamente. Que me hubieras esperado hasta la una, pase, cuando te cité a las doce, pero encontrarte aquí a las cuatro, acostado... Y sabiendo lo que nos había pasado. Eso es una frescura y yo nunca te he dado pie para esas confianzas.

—Lo hice porque no debía dejar sola a Loretta, precisamente porque me dijeron que todos habíais muerto. ¿Y si venían por ella? ¿Y si me buscaban a mí en mi casa?

—¿Fueron a buscarte acaso? —preguntó Rocco sofocadamente. Francesco tenía respuesta para todo y esto le ponía fuera de sí.

—No. Pero ¿sabía yo si iban o no a buscarme? ¿No me estaban vigilando?

—Y si estabas vigilado, ¿por qué viniste aquí, idiota? —rugió Rocco—. ¿Para meter a Torpy en casa detrás de ti? ¡Lo que debiste haber hecho fue irte a un sitio extraño, a dar un paseo en lancha por el lago, o al infierno!

—Lo hice por las circunstancias, Lino. Y ten presente que, como creía un deber amparar o ayudar a escapar a Loretta, faltando tú, lo volvería a hacer. Tómallo como quieras —arguyó con impaciencia Francesco. Se levantó después y se inclinó sobre Rocco, diciéndole con voz reconcentrada, lenta—: Si lo que quieres es saber si me gusta Loretta, mi respuesta es que sí. Pero debes saber también que entre ella y yo no hay nada de lo que tengamos que avergonzarnos. ¿Algo más, jefe?

Rocco le miró con su único ojo, que rutilaba de rabia y rencor.

—Bien está, muchacho —dijo cuándo su agitación le permitió hablar—. No me dices nada nuevo a eso de que os queráis...

—A que la quiera yo, cuidado —cortó Francesco, secamente—. Yo no la he preguntado si me corresponde, ni menos si quiere burlarse de ti, dándome la cara. Ya sabes que siempre he sido fiel, y por una mujer no iba a quedar contigo como un falso.

—Buenas palabras no te faltan —murmuró Rocco, encogiéndose de hombros—. En fin, dejemos el asunto. A ver si me pongo bien y volvemos a lo nuestro.

—¿Qué piensas hacer? Debieras marcharte de aquí por una buena temporada —opinó Francesco.

—¿Solo? ¿Qué me aconsejas? ¿Qué deje a Loretta... bajo tu custodia, por ejemplo? —La voz de Rocco era cáustica, llena de la peor intención.

—Lo que te dé la gana. Llévatela, si quieres —replicó Francesco, desdeñosamente—. Pero ella haría bien en no acompañarte. No tienes derecho a comprometerla más. Y no se te olvide que también ella puede dejarte, si la place. No es tu mujer.

—Para irse contigo, por ejemplo, ¿no? —La voz de Rocco se hizo fría, tensa—. ¿Me dirías eso si yo no estuviese como estoy, en peores condiciones que tú? Me alegra que des la cara, Francesco. Pero no discutamos ahora sobre eso. Espera a que esté bueno, ¿quieres? Y haré lo que me plazca; me iré o no, con ella o sin ella. Sabes que es mía, y si la quieres, procura quitarme de en medio a mí antes de poner en ella los ojos. Es una advertencia saludable, Francesco. Tengo la pistola bajo la almohada... —Y sacó el arma, mostrándosela de una forma concluyente, con la boca del cañón dirigida hacia su cabeza.

Francesco se levantó con ademanes lánguidos, indiferentes. Sonrió al decir, mientras le miraba con lástima:

—Anoche llegaste en condiciones tales, que matarte hubiera sido cosa tan fácil como que un niño aplaste una mosca sin alas. Quedaste atontado por la morfina... Una puñalada y nadie se hubiera metido a averiguar si te la di yo o es que venias con ella. El doctor no hubiera venido. Loretta y yo nos hubiéramos marchado. ¿Comprendes bien? Sí, ¿verdad? ¿Y te pasó algo de eso, di? Ahora te estás reponiendo gracias a mí, a nosotros. ¿Hiciste tú algo de eso cuando le quitaste a Lavori Loretta? ¿No le mataste después, para estar bien tranquilo de que no se la volvería a llevar?

Rocco palideció. Aquel maldito Francesco era imposible de

vencer por el camino de la discusión. Las tenía a punto, el condenado. Y el caso era que no debía fiarse de él, pese a todas sus protestas de lealtad. Lo que debió ocurrir fue que Francesco tuvo miedo de matarlo, sencillamente. De que él, Rocco, aún tuviese fuerzas para darle cara. O de que Loretta se convirtiese en una pesada carga para él, sabiéndose vigilado por el

F. B. I.

o que si era confidente de la Policía, quería seguir en el «gang», bajo la protección del

F. B. I.

No comprendía bien lo que la mente de Francesco urdía, pero sí sabía que no podía confiarse a él.

Llegados ambos a tal distanciamiento, en virtud de aquella discusión que no aclaró nada, a no ser que Francesco estaba enamorado de Loretta, lo que ya sabía Rocco desde tiempo atrás, el lugarteniente se marchó poco después. Y Rocco oyó que ambos cuchicheaban en el recibidor o «hall», sonando algo después la puerta del piso.

—¡Loretta! —llamó Rocco después, con voz agria.

—¿Qué quieres? —respondió ella, entrando en la alcoba y quedando en pie, cruzados los brazos, mirándole fríamente.

—¿Has oído todo lo que hemos hablado Francesco y yo? —inquirió Rocco, mirándola de pies a cabeza con desconfianza—. Claro que sí.

—¿Y qué? ¿Quieres empezar ahora conmigo?

—Quiero saber, si eres capaz de no mentir, si tú le quieres a ése. Nada más que eso.

Loretta apretó los labios, mirándole con inmenso rencor y repugnancia. Le encontraba ahora monstruoso, con aquella cara destrozada, con un único ojo de maligna mirada, frío como los de una serpiente. Si antes de ahora ya le gustó más Francesco que él, ahora le era odioso. Pensó que debió decir que sí a Francesco cuando él quiso matarle, la pasada noche. No lo permitió porque era supersticiosa y porque sintió compasión por él, al verle malherido, desamparado. Así lo pagaba ahora...

—No tengo nada que ver con él —repuso fieramente, casi gritando, tratando de ocultar la mentira con un exceso de impetuosidad. Sé que me quiere, pero yo a él no le quiero. ¿Te

basta esto?

—No. ¿Me quieres a mí? ¿Tal como he quedado ahora? — insistió Rocco, con ansiedad—. Mírame bien. Cuando me quiten la venda estaré aún peor, con la cicatriz del ojo saltado, sin párpados, y con la otra de este lado de la cara —se pasó la mano por el rostro lentamente, mientras su ojo, brillante, astuto, perverso, la examinaba profundamente.

—No me enamoré solamente de tu físico, Lino —repuso ella, con esfuerzo, huidiza la mirada—. Me agradó en ti tu generosidad, cómo me defendías y sabías hacer que me respetasen todos. Si no me atormentas más con tus celos tontos, yo te seguiré queriendo. Mira...

Fue a la cama y, sonriendo, le besó en la frente y en los labios. Él la estrechó contra su pecho, emocionado. Creía en ella de nuevo.

—Voy a seguir haciendo la comida querido —dijo Loretta, desprendiéndose con esfuerzo de sus potentes brazos—. Debes estar hambriento, como yo. Ten paciencia y espera a que venga a servirte.

—Encantado, mi vida —replicó Rocco, riendo, recobrada su alegría y optimismo—. Oye, el primer día que salgamos, recuérdame que te he de comprar aquella sortija que tanto te gustaba; la del zafiro y el brillante. Cinco mil vale, pero los daré con gusto.

—Eres el hombre más encantador que he conocido en mi vida —contestó ella desde la puerta, echándole un beso con la punta de los dedos.

Rocco, sin dolores en la cara, canturreó algo en italiano, mezclado con inglés. No quería acordarse de Francesco, aquel tipo mezcla de hipócrita y de cinismo. Decirle a él que le gustaba Loretta y que además le debía la vida, porque pudo asesinarle cuando llegó malherido la noche anterior...

Eso sí que era vender un favor a un precio exorbitante, el muy canalla. ¿Y las veces que él, Rocco, pudo matarle o mandar que lo matasen, desde que sospechó que iba tras Loretta? ¿Valía cotizar aquellas acciones no llevadas a efecto por lo que fuese? ¡Ah, pero ahora era otra cosa! Era un rival declarado y había que tomar ciertas medidas contra él. Había que ver si era o no un confidente del

F. B. I.

Si lo era... pobre de él. Si no lo era, también pobre de él. No podía tolerar que estuviese enamorado de su Loretta. Ya sabía que las mujeres, ciertas mujeres de la catadura de Loretta, se iban con el más bravucón, con el que las hiciese más regalos y de ellas hiciese ostentación. Como hizo con Lavori. Lavori se fió de él, de Rocco. Le fue minando el terreno lentamente. Y cuando Loretta le dijo que «sí», que se iría con él, entonces se la llevó y mató a Lavori. La historia podía repetirse, cayendo él, Rocco. Sería de tontos no dar importancia al asunto y dejarse segar la hierba bajo los pies.

Loretta interrumpió sus pensamientos cuando entró, sonriéndole zalameramente, con una gran bandeja llena de viandas humeantes.

Rocco pensó que la vida, sin Francesco y con su Loretta, valía la pena de vivirse. Tenía a Loretta. Había que desprenderse de Francesco cuando pudiese hacerlo con garantías de éxito. Su segundo era un zorro de cuidado.

III



O nevaba ya. Pero el cielo seguía con ese color plomizo-blanquecino precursor o continuador del temporal de nieve. Un frío seco cortante, imperaba. Por la ciudad maniobraban las máquinas quitanieves, con sus mangueras de agua caliente o las agudas quillas, empujándola sobre el asfalto hasta sitios determinados, donde eran recogidas por grandes camiones y arrojadas al lago Michigan.

En la «casa del “gang” de Rocco», llamada ya así por los vecinos de Cícero, varios hombres del

F. B. I.

subían y bajaban por entre los escombros cubiertos de nieve buscando los cadáveres de los «gángsters». La búsqueda era ardua, penosa. Los bomberos ayudaban eficazmente con sus tractores, cuyos cables arrastraban lienzos de pared, grandes vigas de hierro,

despejando de escombros el lugar.

Entre los agentes estaba Norman Torpy, cubierto con un impermeable color caqui su fuerte y alto cuerpo. Tenía un papel en la mano y un lapicero, y a su lado, un macabro montón de restos humanos destrozados, quemados. En otro montón, carteras, papeles sucios, ensangrentados, objetos de uso personal.

Estaba verificando un recuento de los muertos «gángsters» habidos en la batalla de la pasada noche. Las ambulancias recogieron a algunos, pero otros quedaron entre los escombros y era preciso hallarlos e identificarlos. El

F. B. I.

vio penetrar en aquella casa a quince hombres. Los bomberos hallaron a doce. Quedaban, pues, tres enterrados en las ruinas de la casa. Y allí, a su lado, tenía Torpy dos cadáveres destrozados, achicharrados, con sus cabezas.

Un capataz de bomberos se le acercó limpiándose el sudor de la cara.

—No hay nadie más, agente —dijo, echando una mirada a su alrededor para observar el trabajo de sus hombres, que apilaban cascotes enormes, vigas, enseres destrozados y quemados—. Todo está visto. Hemos llegado hasta los sótanos. No hay ningún cadáver más.

—Falta, uno —repuso Torpy—. Tal vez se haya volatilizado —sonrió, cuando el bombero le miró con asombro o incredulidad.

—Nunca he visto que un hombre se convierta todo él en cenizas en un incendio corriente —murmuró el capataz.

Subieron después al despacho, que había quedado casi incólume, como una garita elevada sobre los escombros, gracias a la puerta de hierro, que lo convirtió en una cámara acorazada.

Torpy la examinó detenidamente, apreciando las casi perfectas condiciones en que se hallaban los muebles, apenas un poco tostados por el calor, pero sin haber llegado a arder. Vio una pistola de grueso calibre «Lugger» y, envuelta la mano en un pañuelo, la cogió delicadamente, dejándola sobre la mesa de despacho. En el suelo, de «*parquet*» de madera, cubierto de polvo, había huellas de zapatos muy claramente estampadas. Y sangre reseca, negruzca. Como la habitación tenía el techo en perfecto estado, la nieve no había entrado allí. En la ventana, despejada de escombros y vigas,

estaban los cristales rotos.

—¡Collins! —gritó a otro agente que estaba abajo deambulando por entre los escombros.

El agente le miró.

—¡Avisa a los de las huellas que vengan, haz el favor! Hay algo interesante. Esto era el despacho de Rocco y, por las huellas recientes que se ven, me parece que aquí es donde se refugió hasta el último momento.

—Recuerda que a última hora dejamos de verle luchar. Y que su cara estaba hecha papilla —contestó Collins—. Voy a avisar a esos de las huellas —y partió hacia la calle para telefonar.

Sí que lo recordaba Torpy. Sabía cómo era Rocco, desde luego, en cuanto a su físico. Casi un gigante, muy fuerte, delgado. Rocco había estado en la cárcel algunas veces, siempre por pequeñas cosas, sin poderle probar los delitos mayores, gracias a sus abogados a sueldo, y de él se tenía una completa filiación en los archivos de la Policía y después en el

F. B. I.

Torpy le conocía bien. Gracias a ello había sido posible darle la batalla la noche anterior. Y ahora había que tener la seguridad de que aquel hombre había muerto allí, con la mayor parte de sus hombres.

Sin embargo, faltaba un cadáver. Y Torpy estaba considerando si podía ser el mismo Rocco el que faltase. Aquellas huellas sobre el polvo del pavimento, en el despacho, eran recientes. No había señal de que el polvo hubiese ido rellenándolas después de impresas, tal que si hubiese pasado cierto tiempo desde que aquellos zapatos pisaron allí. Lo mismo podía decirse de las huellas digitales sobre la mesa de despacho, pavimento, etc. Huellas muy nuevas. La sangre estaba reseca, pero sería posible analizarla en los laboratorios del

F. B. I.

y compararla con las muestras de sangre de Rocco que había en los archivos. El

F. B. I.

tenía medios sobrados para dictaminar si el «boss» murió allí o había conseguido evadirse.

Poco después llegaron varios técnicos de la División con cajas y maletines. Tomaron muestras de la sangre, hicieron moldes de las

huellas de los zapatos y de las manos, sacaron varias «fotos» de los muebles y del conjunto de la habitación, estudiando la forma en que pudo haber salido de allí un hombre, después de extinguido el incendio o durante él, y se marcharon alegremente, dejando a Torpy en espera de sus informes. La mesa había sido registrada y solamente en ella se hallaron algunos papeles, escritos o firmados por Rocco, con direcciones de propietarios de clubs de noche y notas de algunas cantidades recaudadas entre ellos.

Los restos humanos fueron llevados a la Morgue y en ellos manipularon de nuevo los técnicos y médicos de la División, reconstruyendo uno por uno los cadáveres, sus osamentas, cráneos, etcétera. Hecho esto, se comparó con los datos de los archivos de la Policía, de aquellos que estuviesen fichados, y en pocas horas se adquirió la certidumbre de que Bandolino Rocco no era ninguno de aquellos cadáveres hallados en la casa destruida. Además de que seguía faltando un hombre a la lista.

—Rocco no murió en la refriega. No comprendo cómo pudo escapar. No queda nada más por examinar allí —dijo Torpy al inspector Yohun, sentado éste ante su mesa en su despacho de la División.

—Esto quiere decir que escapó después de la batalla y no durante ella o antes. Yo tampoco admito que durante la refriega huyese. Toda la manzana estuvo cercada buen rato antes de que diésemos el asalto —contestó el inspector, con su gruesa voz, chupando un habano, del que sacaba densa humareda azul—. ¿No había en los sótanos pasadizos o senderos hacia las cloacas?

—Nada de eso. Los cimientos han sido removidos, buscando posibles pasillos secretos o habitaciones disimuladas. Eso va quedando ya para los castillos feudales de la vieja Europa. Hay que admitir el hecho de que Rocco es posible que viva y, por tanto, de que esté escondido.

—¡Hum! Es muy duro tener que admitir esa evidencia —movió la cabeza el inspector, fastidiado—. Si queda el «boss», queda un noventa por ciento de peligro en potencia. Reorganiza la banda... y vuelta a empezar. Para liquidar a catorce hombres estúpidos, hemos perdido cuatro, varios heridos... Una victoria un poco pírrica, Torpy. Comidos por servidos casi...

—Si descuenta usted a Rocco, claro, jefe —observó, sonriendo,

el agente especial, tomando un cigarrillo de su pitillera y encendiéndolo—. ¿Cree que porque haya escapado de esta encerrona de anoche ya jamás lo volveremos a atrapar?

—Nuestra obligación es hacerlo, muchacho —refunfuñó el inspector—. Pero no sé cómo, al menos rápidamente. Como todos esos grandes «boss» cuando escapan a un peligro, se esconden como la tortuga, dentro de su caparazón y no hay forma de echarlos una cariñosa mano en mucho tiempo. ¿Dónde se habrá ocultado? ¿En Nueva York, San Francisco, Los Ángeles?

—¡Quizá aquí mismo siga! No le conviene asomar la punta de la nariz, sabiendo que todo estará vigilado.

—Bien, búsquelo, joven —afirmó, sonriendo Yohun. Arrojó al cesto de los papeles el cigarro, convertido en una especie de coliflor, y sacó otro del bolsillo del chaleco, encendiéndolo con fruición—. Es como cuando se falla el tiro sobre una liebre. ¡Búsquela después!

—Creo, jefe, que los periódicos debieran seguir publicando que Rocco ha muerto —propuso Torpy, examinando distraídamente el «Chicago Observer», sobre la mesa de despacho de Yohun—. Nos convendría mucho que él crea que nosotros le damos por muerto, que no nos preocupamos más del asunto, dándolo por concluso. ¿Podría usted pedir eso a los directores?

—¡Hum! ¿Y si nosotros no decimos a los reporteros lo que sabemos? Porque pedirles que callen lo que saben es como pedir a la liebre que escapó del tiro que vuelva a colocarse delante de nuestra escopeta.

—Bien. Podemos callarnos. Cuando usted celebre las conferencias de Prensa, no haga mención de esta segunda parte de nuestra guerra con Rocco. Está muerto, y a otra cosa —concedió Torpy, levantándose.

—Lo haré así. No es mala idea, joven. Aquel que se cree olvidado del enemigo es como la liebre que supone que se ha marchado el cazador y vuelve a salir del escondrijo —murmuró Yohun, gran cazador de liebres en sus vacaciones—. ¿Qué va usted a hacer ahora, Norman? Este asunto no está finiquitado y sigue en sus manos. Mis órdenes son: ¡arreste a Rocco! ¡Tráigamelo vivo o muerto! Y acuérdesse de los pobres camaradas que han caído anoche.

—Se lo pondré; vivo o muerto, delante de la nariz, jefe —replicó Torpy, con extraña seguridad, mientras su alegre rostro se tornaba grave, emocionado—. Por los camaradas muertos anoche...

Realmente, no sabía lo que iba a hacer el agente especial Torpy cuando salió de la División, en City Hall, para capturar a Rocco. Miró al cielo, y lo vio hosco, con grandes nubes color blancoplomizo, presagiadoras de más nieve y frío. Iban también hosclos los transeúntes, encogidos dentro de sus gabanes, con las manos en los bolsillos, caminando apresuradamente. El invierno transcurría duro, violento, superando a años pasados en los temporales de frío y nieve.

Se unió a los viandantes, dando grandes zancadas, pero sin rumbo fijo. Comenzaba, como diría el inspector Yohun, el ojeo de la pieza perdida en medio del monte. Pero iba por una liebre determinada, la que escapó a la descarga, y no por cualquiera otra que se pusiera a tiro.

Tomó un «bus», casi abarrotado de gente, en State Street, con dirección a Cícero. Pudo sentarse al cabo de unos minutos de estar sometido a presión entre los viajeros. Seguía sin saber por qué iba hacia el Oeste, a Cícero, ni cómo recomenzar la búsqueda de Rocco, el «muerto». Realmente, era como pretender buscar a un desaparecido. Suponía que en Cícero, el lugar donde el hampa siempre tuvo su campo de acción, desde Al Capone y tantos otros, hacía treinta años hasta nuestros días, podría respirar mejor, observar y olisquear el ambiente. Allí fue donde «venteó» a Rocco hacía meses.

Casi sin premeditación, cuando se bajó del «bus» en Cícero Avenue, siguió adelante, andando, hasta West Cermack Street, y penetró en el bar de Hozier. Era un local grande, montado a la moderna, y en una de las paredes laterales estaba una fila de máquinas automáticas de las que, mediante unos centavos depositados en una ranura, se servían ciertos platos con salchichas fritas en mantequilla, dentro de un panecillo, o café con tostadas, o ensaladillas, etc. Aparte de las «automáticas», estaba la gran barra y las mesitas, con tapete de material plástico, y los reservados. Se decía que, más adentro aún, había un saloncillo, donde se jugaba fuerte a la ruleta. Torpy sabía que esto era cierto, pero no se habían tomado medidas para cerrarlo, porque ello equivaldría a destruir

una ratonera de «gángsters» no bien clasificados, a quienes se podía encontrar siempre que hiciera falta, cuando un crimen, robo o asalto se había consumado y los autores no eran hallados. Yohun lo llamaba «el vivero» de liebres.

Tomó asiento ante una mesita y pidió café muy caliente y una copa de «whisky»

«Black & White»

a un camarero. Hozier, el dueño del bar, le miró desde la altura de su banqueta, tras el gran mostrador, ante la caja registradora. Era un montón de grasa sonrosada, con un enorme habano en la glotona boca, apenas visibles los ojillos astutos tras los mofletes inmensos. Sus manos, gordezuelas, tecleaban en la registradora, vigilando al mismo tiempo el ir y venir de los camareros y los sirvientes del mostrador.

La mirada de Hozier se cruzó con la de Torpy. Fue como si se dijeran sin hablar: «Te conozco, amiguito». Porque si Hozier sabía que Torpy era del

F. B. I.,

y esto ya era extraño, Torpy sabía que era confidente de aquellos maleantes, si no algo más importante aún, como «boss», por ejemplo.

Hozier dejó un instante de teclear en la registradora y cogió una servilleta de papel de seda y un lapicero, escribiendo algo. Después dejó el papel a un lado y siguió la tarea de ir sumando sus ingresos. Torpy, de reajo, bien situado, no perdía de vista las manos, como pezuñas de cerdo, de aquel hombre de color de rosa, con apariencia de buenazo, como suelen tenerla todos los obesos. La noche anterior, aquel hombre escribió sobre una servilleta y debió recoger el mensaje aquel tipo italiano a quién iba siguiendo. Tenía el presentimiento Torpy de que aquel italiano tenía algo que ver con Rocco. Y hubo de dejarle en el bar para ir a la lucha contra la casa del «boss».

No pasaron cinco minutos, cuando Hozier cogió la servilleta sobre la que escribió y envolvió con ella un «sándwich» de queso de Parma, entregándoselo a un camarero que tenía una gran bandeja vacía. Le dijo algo quedamente, y el camarero asintió casi imperceptiblemente, acabando de llenar la bandeja de servicios varios.

Torpy vio que el mensaje iba a emprender la ruta hacía alguien de secreta personalidad. Avisándole seguramente que el F. B. I.

estaba allí. Y allá fue el camarero con la bandeja en alto, hacia el fondo del local, portando también el bocadillo de queso de Parma.

Hozier le estaba mirando fijamente cuando él le miró a su vez. Después volvió la cabeza distraídamente el agente especial y vio al camarero dejar ante una mesa ocupada por un italiano, seguramente, el «sándwich» de queso. Era el único de queso que llevaba y por eso Torpy pudo verlo bien.

¿Quién sería aquel tipo, de rostro moreno, con exageradas patillas de negro pelo, muy cerrada barba mal afeitada y gorra con visera muy echada sobre la nariz de aquilino perfil? Algo importante, puesto que Hozier consideraba urgente advertirle rápidamente. Aquel mastodonte grasiento estaba poniéndose ya sumamente inconveniente con la Policía desde hacía tiempo. No había medio de probarle nada, a no ser que en aquel saloncillo se jugaba a la ruleta, pero esto no convenía echárselo en cara. Sería como provocar una estampida de maleantes, y un nuevo trabajo para irlos localizando y clasificarlos, trabajo que ya estaba verificado mientras siguiesen yendo a Hozier Bar. Pero se estaba poniendo pesado, desde luego. Y era que eludía la vigilancia policíaca y hacía algo no bien comprendido todavía. Esto inquietaba al

F. B. I.

y a la Policía.

Torpy reflejaba en aquel momento dicha preocupación. Le sería sumamente fácil levantarse, ir a dónde se sentaba aquel italiano y cogerle el mensaje de Hozier, enterándose del contenido; pero también podía ser una simple nota sin interés, o de compleja interpretación, ya convenida, y a cambio de ello descubrirse como de la «bofia». Un agente secreto no es un «cop» uniformado en ningún aspecto, salvo que ambos son servidores de la Ley. El «cop» podía ir sin miramientos y coger la servilleta de papel de seda.

El agente secreto, no. Aunque supiera que Hozier estaba al tanto de que era un agente especial.

El italiano leyó el mensaje mientras comía su «sándwich» de queso. Torpy vio cómo después se limpiaba la boca con el papel, lo

hacía una bolita y al parecer lo tiraba al suelo. Al parecer, porque no fue eso lo que hizo. Se metió la mano en un bolsillo de la trinchera y sacó un paquete de cigarrillos y una tira de fósforos. Y Torpy conjeturó que en el bolsillo dejó la bolita de papel, ya que no la vio caer en el suelo. La cosa era natural.

El agente especial se dijo que esta vez no se marcharía antes que el tipo aquel, como se vio obligado a hacer la noche anterior con el otro, también avisado por un mensaje de Hozier.

La situación era por demás ambigua. El italiano aquel ya sabía que él, Torpy, era un G-Men.

Se lo habría dicho Hozier en su mensaje. Y Torpy sabía que nada bueno era aquel hombre a quién avisaba «Montaña de Sebo». Valores entendidos ambos, que fingían ignorarse y tendían a engañarse. Lo que Torpy hubiese deseado saber era si no estaba perdiendo el tiempo, fijándose en un simple «gángster», sin categoría alguna, mientras abandonaba la búsqueda de Rocco, «gángsters» italianos había en Chicago a docenas, como americanos, polacos, húngaros.

Una hora después, durante la cual Torpy tomó tres copas de «whisky» más, el italiano metió en el bolsillo su paquete de cigarrillos, los fósforos, y se incorporó, teniendo en la mano un billete de Banco. El camarero cobró mientras hablaba con él como si ya le conociese bastante, y emprendió el camino de salida a la calle sin mirar a Hozier, que seguía fumando su cigarro y dando a las teclas de la registradora.

Torpy dejó encima de la mesa un billete de cinco dólares, se puso la trinchera y el sombrero y salió tras el italiano. Al pasar junto al mostrador, su mirada y la de Hozier se cruzaron de nuevo. La de Torpy era maliciosa, como si quisiese decir a «Montaña de Sebo»: «A mí no me la das». La de Hozier parecía llena de duda, tal que si pensase que la salida de Torpy sería casual, coincidiendo con la del italiano, o que realmente el agente especial sabía lo que se hacía al seguirle.

Era de mediana estatura el cliente de Hozier Bar. Un tipo latino, de no anchas espaldas, aunque parecía nervudo, ágil, vivo. Su paso era corto, con cierto contoneo achulado, lo mismo que el movimiento de los brazos, alejados del cuerpo, y cuando se detuvo

en la esquina con 55th Street, al lado de una columna reguladora del tráfico, esperando la señal de poder atravesar la calle, se volvió disimuladamente.

Torpy estaba a su lado. Si en el bar no quiso darse a conocer ante el numeroso público como agente de la Ley, ahora no le importaba mucho que aquel hombre notase que era seguido por él.

Las luces cambiaron y el italiano se adelantó, cruzando la calle con su contoneo, que hacía sonreír al agente especial. Y fue tras él por 55th Street, hacia el Norte, hacia donde le quisiera llevar. Ciertamente, no se explicaba por qué hacía aquello; por qué aquel hombre le inspiraba aquel interés, siguiéndole. Tal vez porque quería alejar de su mente el problema de la captura de Rocco, que veía peliagudo pero ineludible de solucionar. Si diese la casualidad de que el italiano tuviese algo que ver con el «muerto» Rocco, que fuese de su «gang»...

Comenzaba a nevar de nuevo ya siendo la caída de la tarde, y el frío arreciaba. Torpy marchaba a grandes zancadas, siguiendo los menudos pasos del italiano, que aceleraba la marcha, encogido de frío, metida la cabeza entre los hombros.

Pasaron la diagonal de Roosevelt West Street. Desde allí se veían las luces del inmenso Columbus Park, con su masa de follaje y la zona de «golf».

Poco antes de llegar a la plaza, Torpy se sintió desanimado. La nieve se iba acumulando sobre su trinchera y el sombrero, de ala bajada. El frío se le metía en los huesos, poniéndole de mal humor. ¿Para qué proseguir aquella persecución? ¿Tenía alguna relación con Rocco acaso? ¿Adónde le llevaría aquel tipo incansable? ¿Y cuándo llegase a su destino, suponiendo que no le tuviese andando tras él toda la noche? Comprendía lo absurdo de marchar tras un sospechoso tan solo. Era como si lo hubiese hecho con cualquiera otro de los «gángsters» que había en Hozier Bar.

Pero ya llegaban a Columbus Park. Y allí vio cómo el italiano, volviendo la cabeza para observar si era seguido, se dirigía hacia un lujoso «Packard» color guinda y se metía en él, al lado del conductor, que parecía estarle esperando.

Torpy abrió mucho los ojos. Aquello ya era más extraño. Y caminó más aprisa para ver quién era el que ocupaba el lugar de la dirección del coche. Un reverbero le facilitó la visión, con su luz

blanca, fuerte.

¡Era el italiano de la noche anterior, que también recibiera un mensaje del astuto «Montaña de Sebo» y a quién hubo de dejar para ir a la lucha contra Rocco!

El coche arrancó por Central Avenue, continuación de 55th Street pasado Columbus Park. Y Torpy buscó ansiosamente un «taxi», mirando a su alrededor. Subió a uno, aparcado con otros, no lejos de allí.

—¡Siga a ese «Packard» color guinda! —dijo al «taxista», señalando las luces traseras del coche, que se alejaba rápidamente.

—Mientras pueda, amigo —rezongó el conductor, arrancando violentamente—. Si la nieve sigue así de densa no se verá nada en cuanto nos metamos en calles mal alumbradas. Por mí...

—Es cosa de la Policía —le advirtió secamente Torpy—. Haga un esfuerquito y abra bien los ojos, amigo.

Tosió el conductor, asintiendo con un gesto de cabeza, y aceleró la marcha, tratando de ganar terreno al «Packard». El «taxi» era un «Dodge» nuevo y podría no quedarse atrás si era bien manejado.

—Vaya con disimulo —dijo Torpy—. No me interesa que se den cuenta de que les seguimos. Conserve la distancia suficiente para no perderle de vista.

—Comprendido, señor. Con ver las luces me basta —dijo el chófer, obsequiosamente—. ¿No habrá jaleo? Yo conduzco nada más, ¿eh? Usted pone el resto.

En la esquina con West Madison Street, el «Packard» dobló la curva rápidamente y la enfiló, acelerando la marcha. Había bastante tráfico allí y el «taxista» hubo de acelerar también para no perder de vista al coche perseguido. Dejaba de nevar y la luz de las farolas permitían ver mejor. Mezclado entre los demás coches, el «Dodge» pasaba desapercibido y por ello se acercó al «Packard».

—Bueno... ¿Adónde nos llevan, señor? —exclamó el «taxista» cuando vio que el coche tomaba ahora por Pulaski Road, hacia el Sur.

—No se preocupe. Sígale sin perderlo de vista —retrucó Torpy. Tendrán ganas de dar un rodeo a Cícero.

Esto parecía, en efecto, cuando el «Packard» dio otra media vuelta, al final de Pulaski Road, entrando por West 26th Street. Era una inmensa vuelta de Sur a Norte, al Oeste, y bajando de Norte a

Sur, por el este de Cícero. Con ello, el agente especial dedujo que deseaban los italianos despistar a un posible seguidor. Pero el «Dodge», bien dirigido por el «taxista» no los perdía de vista y seguía las luces del «Packard» desde más de doscientas yardas de distancia.

—¿No lo decía, señor? —exclamó el chófer, riendo—. Nos llevan de nuevo a Columbus Park...

Pero no era esto cierto. El «Packard» siguió rectamente la 26th Street y entró en Austin Boulevard doblando la esquina rápidamente. El tráfico era intenso allí y el «Dodge» hubo de refrenar la marcha, a ratos, y en otros correr más. Al fin, ante la casa número 1551 se detuvo el coche.

—¡Alto, amigo! No se acerque más. Pare —exclamó Torpy, tendiendo unos billetes al «taxista»—. Gracias —y se bajó rápidamente, a tiempo de ver a los italianos detenerse ante la casa donde vivía Rocco.

Esto no lo sabía, claro es, Torpy. Y como no lo sabía, se quedó desalentado, mirando el edificio y pensando que había tirado unos dólares y perdido el tiempo en aquella persecución.



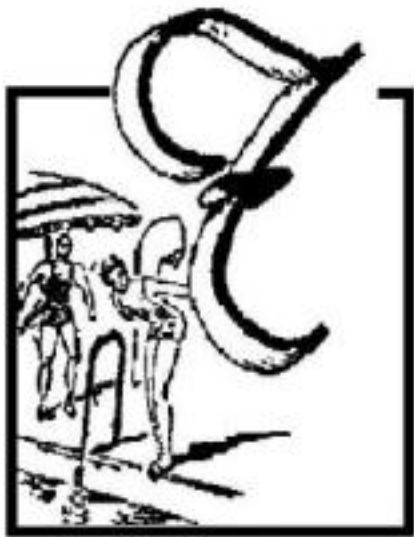
¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

IV



ORPY se marchó de allí pasado un rato, cansado de mirar al edificio de tres plantas, que por otra parte, no tenía nada de particular absolutamente nada. A no haber sido de noche, tal vez hubiera podido observar cómo en una de las ventanas estaba Francesco mirando a la calle para ver si había sido seguido. No vio a Torpy, ni Torpy le vio a él.

Cogió un «bus» hasta Ogden Avenue, en la confluencia con Roosevelt Road, y de allí otro, que le dejó en City Hall.

El inspector Yohun escuchó sus explicaciones mientras destrozaba concienzudamente su habano, casi cerrados los ojos, las manos sobre el vientre.

—Puede no ser nada y puede ser mucho —dijo como resumen cuando Torpy terminó su relato—. Convengamos en que usted ha visto asomar entrevía maleza parte de unas orejas, y se pregunta si es una liebre o un conejo. Ahora bien, amiguito, un buen cazador

no se marcha sin saber qué clase de pieza es, y lo difícil será que, cuando quiera volver a comprobarlo, el conejo o la liebre ya no estén —rió muy satisfecho de su parábola cinegética.

Torpy enrojeció un poco. Comprendió perfectamente que era una rociada, y merecida, por supuesto. Un agente que va siguiendo a su presa no la deja cuando ésta se mete en un sitio, que no sabe si será su madriguera o solamente que la presa hace una visita y luego se marcha.

—Consideré que eso no tiene nada que ver con la captura de Rocco... —arguyó, intentando disculparse.

—¿Seguro que no tiene nada que ver con Rocco? ¿Cómo lo sabe? —cortó Yohun, apuntándole con la especie de palmera que era su habano destrozado—. ¿Usted dejaría el rastro claro de una liebre, dentro de la madriguera, por buscar a otra que no sabe dónde está? ¡Rayos, muchacho!

—Está bien, viejo —saltó Torpy, aún más rojo su rostro. Cogió su sombrero y salió del despacho bufando, no contra su jefe, que se quedó riendo de buena gana, sino contra él mismo. Había sido, en efecto, un idiota. ¿Quién le había dicho, en efecto, que aquellos dos italianos no fuesen del «gang» de Rocco? ¿Por qué abandonó la vigilancia de la casa sin averiguar antes si vivían o no allí? Se había portado como un novato, y él ya llevaba en el

F. B. I.

tres años, para saber lo que debía hacer en cualquier momento.

Entró en otro despacho y marcó en el teléfono un número.

—Estación de la Metropolitana —dijo una voz ruda. Era la correspondiente a Cícero Avenue—. Hable...

—De la División del

F. B. I.

—dijo Torpy—. Óigame, deseo hablar con el sargento Laughlin, si está.

—Está. Espere.

Medio minuto después sonaba la voz del escocés, bronca, malhumorada.

—Hable. Laughlin al aparato.

—Soy el agente especial Torpy, Laughlin.

—Hola, muchacho. Estoy esperando esa botella de «whisky» que me prometiste hace un par de meses —rió el sargento.

—Hoy mismo se la envió... si usted me dice algo que me interesa.

—Me la prometió sin condiciones, canalla. Veamos qué es...

—Que me diga quiénes son los que residen en el mil quinientos cincuenta y uno de Austin Boulevard. Una casa de tres pisos...

—Ya lo sé. Es una de las que tenemos fichadas. Los vecinos de ese inmueble no son nada fijos. Aparecen y desaparecen repentinamente. Tan pronto como indagamos un poco, se largan apresuradamente.

—Perfectamente. Lo que me interesa es saber quiénes viven allí en este momento. ¿Puede ser?

—Puede ser, para usted. Pero antes me envía la botella de «White Horse». Después hablaremos...

—¡No me fastidie, viejo! ¿Le vale mi palabra de que cuando termine de hablar con usted telefoneo a «Chandler» ordenando que se la envíen?

—¡Hum!... Bueno, hijo, le concedo ese crédito. Espere un poco, que voy a mirar las fichas. Que sea «White Horse», ¿eh?

Torpy esperó casi un cuarto de hora con el auricular pegado a la oreja. Hasta que el vozarrón de Laughlin le hizo prestar atención.

—La cosa está fácil, porque de los tres pisos de la casa solamente hay uno habitado, Torpy. En el habitado reside una tal Loretta Bertuzzi, italiana. Vive sola, al parecer; digo al parecer, porque recibe visitas, razón por la cual hemos puesto en ella nuestros ojos irrespetuosos. En el momento que se extralimite un poco la daremos un golpecito en un hombro.

—Hace un rato han entrado allí dos «gángsters». Pero esto es cosa nuestra, viejo. Los relacionamos con Rocco.

—Sí es cosa del

F. B. I.,

conformes. Particularmente, Torpy, me tiene a su disposición. Con «whisky» o sin él, aunque es mejor con él —contestó riendo el viejo sargento—. ¿Algo más? ¿Piensa meter la nariz en esa casa?

—Sí. Esos dos italianos me preocupan bastante. No paro de pensar que puedan ser de la banda de Rocco —se calló que existía la certeza de que el «boss» no había muerto, por ser orden del inspector tenerlo oculto.

Es posible. Le deseo suerte, muchacho, y si algo quiere de mí,

dígallo.

—Que me guarde una copita del «*whisky*» que le voy a enviar, viejo pedigüeño. Adiós.

No eran grandes noticias las que le había dado el sargento Laughlin, pero al menos sabía quién tenía aquel piso arrendado y su catadura moral. Una mujer italiana, que vivía sola, aunque recibía visitas. Por eso habían ido los dos italianos. Sería una amparadora de «gángsters» cuando éstos se veían acosados de cerca. Una forma ya corriente de complicidad con los maleantes.

Salió de nuevo a la calle. Miró la hora en su reloj de pulsera. El caso es que tenía que ir a ver a la pobre Olivia, la novia adorada... Siempre, hacia las ocho y media, iba a su casa, en South Alsted, a charlar con ella y con su futura suegra, la buena Ethel. No, Ethel no sería nunca una «suegra» de esas que se encargan de amargar la vida de los yernos, y, por ende, de la hija. Era la viejecita más encantadora que había conocido en su vida. Inteligente, amena charladora, vivaz, muy moderna... Pero esta noche las iba a dar plantón, seguramente, y bien que lo sentía. El «cazador de liebres», Yohun, había dicho «¡Rayos!», y esto en sus labios era una tremenda interjección: como el preludio de una regañina espantosa por ser él un torpe.

De nuevo cogió el «bus», ahora en sentido descendente, hasta Ogden, y allí otro hasta Austin Boulevard. Y cinco minutos después estaba ante la casa de tres pisos, dos de los cuales estaban deshabitados.

Vio, en efecto, que todas las ventanas exteriores estaban apagadas, menos dos, en las que había luz. Era en el piso segundo. Allí estaría aquella Loretta Bertuzzi.

Subió la escalera despacio, pensando qué pretexto podía dar para solicitar la entrada en aquel piso, y lo que le podía esperar si los italianos estaban allí. Y tentó, entre la americana y el cuerpo, la culata de su pistola automática, su inseparable compañera.

Llamó al timbre discretamente. ¿Le recibirían a tiros? No tendría nada de extraño. Nada desespera más a un «gángster» como que le pillen en su último cubil cuando se ve acorralado. Hay que contar con que no se entregará en modo alguno.

—¿Quién? —Una voz femenina, con acento suave, latino, salía del ventanillo de la puerta.

—Deseo hablar con usted, señora. Le aconsejo me abra. Soy del F. B. I.

—dijo Torpy con voz serena, pero ya llevaba en el bolsillo de la derecha de su trinchera la pistola amartillada.

Se cerró el ventanillo e inmediatamente la puerta le fue franqueada. Loretta, sonriente, bella, envuelta en una bata de seda color rojo fuerte, se apartó para dejarle pasar, haciéndole un gesto amable.

—Buenas noches —dijo Torpy, mientras miraba de reojo a su alrededor. Tanta amabilidad por parte de aquella muchacha era extraña. O no estaba nadie más que ella o le estaban esperando allá adentro para coserlo a puñaladas.

—Buenas noches. Pase. ¿Ya me querrá decir por qué se ocupa de mí el

F. B. I.?

Es tan extraño...

Siguieron marchando por el pasillo, ella delante. En el «*living*» se sentó en un sillón Loretta, haciendo un gesto para que él la imitase. Pero Torpy no lo hizo y salió de allí, recorriendo las habitaciones. Ella le siguió, siempre con su sonrisa entre burlona y sorprendida.

En la alcoba que ocupara Rocco, el agente especial vio la cama, deshecha aún. Olía mucho a tabaco. Las almohadas tenían aún las huellas de la cabeza de Rocco. Un periódico sobre un sillón. Una botella de «*whisky*» y copas sucias.

—¿Ha estado alguien en esa cama que esté herido? —preguntó Torpy, señalando una almohada, en la que se veía una mancha de sangre, aún roja.

—Mi nariz es la que ha sangrado —replicó prestamente Loretta —. Estuve acostada ahí y un poco de hemorragia...

—¿Se limpió con un pañuelo? ¿Quiere enseñármelo? —inquirió el agente especial, tendiendo perentoriamente su mano.

—Suele lavarse los pañuelos cuando se manchan, inspector — declaró la joven en tono burlón, lleno de cinismo.

—¿Usa usted zapatillas de caballero, de un tamaño... doble que su pie? —preguntó Torpy, sacando de debajo de la cama, en una esquina, una zapatilla, muy usada, de hombre y mostrándosela a la italiana. Ésta enrojeció y calló.

Torpy la miró de pies a cabeza inquisitivamente. Era bella, pero

también era perceptible en su rostro ese especial sello de depravación y aburrimiento de quien está a merced de los más rudos temporales de la vida encanallada, viciosa. Un alma vendida al diablo, difícil de recuperar para la buena causa.

—¿Dónde han ido los hombres que estaban aquí? —volvió a preguntar el joven, sentándose encima de la cama y mirándola fijamente. Ella, en pie, con los brazos cruzados, recostada contra la pared, parecía la imagen de la indiferencia y el cinismo.

—¿Qué hombres quiere decir usted? Tengo mis amistades y vienen a verme, como es natural. ¿Hay algo legislado sobre esta materia que yo ignore? ¿Está prohibido eso?

—Dos italianos, que vinieron aquí en un «Packard» color guinda, muchacha —contestó Torpy, pacientemente—. Si son sus amigos, deme sus direcciones. Y la del hombre herido que ha estado en esta cama. Haría muy bien en no hacerse la tonta, se lo aconsejo.

—En efecto, esos dos hombres han venido a verme. Son de Nueva Orleans y se han marchado hacia allá hace un rato. Una visita de cumplido, sin vernos desde hacía años. Creo que piensan recorrer todo el continente. ¡Vaya suerte la suya; y una aquí, aperreada!

Torpy tragó saliva. Estaba bien enseñada la muchacha. Ni a golpes se la haría delatar a sus compinches.

—¿Y el que estaba aquí herido?

—Aquí no estaba nadie herido, señor. Uno de mis amigos descansó ahí un rato y se dejó las zapatillas. Después me eché yo, tuve la hemorragia en la nariz y... eso. ¿Vamos a estar dando vueltas al asunto hasta mañana?

—No. Pero va a venir conmigo a la División a decirlo ante el Inspector —murmuró Torpy, haciéndola un gesto seco para que saliese de la alcoba.

—¿Hay que llevar traje de noche o corriente? —inquirió ella sonriente, aunque más pálida.

—El peor, porque me temo que va a tener hemorragia de nuevo en la nariz, quizá en la boca, en el resto del cuerpo... Depende de usted, encanto —respondió cáusticamente el agente especial—. Puesto que se empeña en tomarlo a broma... seguiremos la corriente. A ver quién ríe más. ¡Andando, niña!

—Muy amables con una mujer inocente. Es lo que corresponde a

los

G-Men...

—Gracias. A mí me encanta que me llamen

G-Men.

Dígalo otra vez...

—¡G-Men! —exclamó ella, rabiosamente—. ¡¡G-Men!! ¡¡Chulos!!

Torpy rió burlonamente. Y la empujó delicadamente hacia el pasillo. Ella se revolvió, intentando abofetearle, echando llamas sus negros ojos. El agente especial, sin rudeza, la sujetó las muñecas.

—No sea tonta, muchacha. Estoy queriendo evitarle un mal rato, si la llevo a la División. La aplicarán —mintió con descaro— el suero de la verdad y va a cantar mejor que si la llevasen a la ópera de la Scala, de Milán. No sea tonta y dígame lo que sepa. No sabe lo que se juega ayudando a esos tipos.

Loretta se puso lívida. Todo su valor y cinismo se desplomaron al oír que la iban a inyectar la escopolamina, que hacía declarar solamente la verdad, sin poderlo evitar uno.

—Espere, espere —se recostó contra la pared, blanco su hermoso rostro, como si fuese a desvanecerse. Torpy la sujetó suavemente, impidiéndola caer al suelo.

—Vayamos al «*living*». Repóngase y después me contará todo eso —la voz de Torpy se hizo suave, insinuante. Loretta le echó los brazos al cuello y recostó en su hombro la cabeza, apoyando sus rojos labios en el cuello de él. Sintió cómo unas lágrimas de ella le mojaban. Y su respiración, agitada sollozante. Se dejaba caer y él la sujetó con más fuerza, palideciendo también. Sabía que todo era un truco de ella. El que siempre empleaban para salir airoso en aquellas luchas contra los representantes de la Ley.

—Vamos, vamos —la cogió con firmeza y de una carrera la llevó al «*living*», haciendo que se sentase en un sillón—. ¿Está mejor?

—Estoy mejor —respondió ella sonriendo—. Usted será el que empeore ahora —y ante el asombro de Torpy, le apuntó con su propia pistola, de una manera precisa, sin vacilaciones. Se la había quitado la muy ladina mientras le estrechaba en sus brazos—. Ponga las manos sobre los brazos de ese sillón y no los mueva o le meto una bala en la cabeza. ¡Pronto,

G-Men!

Torpy sonrió indulgentemente. Como diría Yohun, su jefe, la

liebre le apuntaba con su propia escopeta, lo cuál era el *summum* de la tontería.

—Bien, ya está —contestó, obedeciendo—. ¿Y ahora? En la División saben que he venido aquí y me esperan. En la esquina están dos de mis camaradas...

—Cuentos, cuentos... —refutó, violentamente Loretta. Y apartando con el pie una esquina de la alfombra que había en el suelo, dio varios golpes violentos, todo ello sin apartar el cañón de la pistola, apuntando al agente especial.

—A esperar un poquito,

G-Men

—dijo ella, sonriendo fríamente, mirándole desdeñosamente.

—No se da cuenta de lo que está haciendo, muchacha —comenzó a predicar Torpy, molesto por el engaño de ella.

—Espere un poquito y se lo dirá a otra persona más crédula que yo —cortó Loretta irónicamente—. Ya vienen... Son sus amigos, a los que quería ver. ¡Pasad, queridos míos! ¡Qué grata visita tengo!

Torpy la vio bajar la pistola bajo la alegre impresión de que con la llegada de los «gángsters», que habían abierto la puerta, podía descuidar la vigilancia. Y no lo pensó más.

Encogió las piernas, apoyó bien sus brazos sobre los del sillón y saltó como una rana las tres yardas que le separaban de Loretta. Un salto lleno de elasticidad, nada excesivo para su agilidad y fuerza, y cayó con todo su peso, cerca de las doscientas libras, sobre la joven, que gritó aterrada.

La dio un manotazo, y se quedó con la pistola. Ella se le aferró desesperadamente, golpeándole y arañándole furiosamente. Los hombres llegaban ya...

Cuando volvió la cabeza Torpy, vio salir de la mano de Francesco un cuchillo, mientras el otro «gángster» pugnaba por sacar una pistola de la funda, en la axila. La hoja de acero volaba hacia él y se inclinó mientras disparaba sobre el italiano.

Francesco cayó al suelo lanzando un grito de rata apresada. Y su cuchillo vibraba clavado en la pared. Loretta se levantó y se le echó encima, pretendiendo desviarle la pistola. El otro «gángster» bufaba de rabia, pues con las prisas por sacar su pistola la había enredado en la funda y no salía.

—¡Levante las manos o le dejo seco! —gritó Torpy con voz

helada.

—¡¡Mátale, mátale, Guido!! ¡¡Yo le sujeto!! ¡Tira, tira, idiota! — gritó aquella furia de Loretta enroscada a él, dándole terribles puñetazos en el brazo armado.

Guido escapó, dando la vuelta. Torpy comprendió que iba a intentar sacar la pistola, sin temor a caer bajo las balas suyas. Tenía la culpa de ello Loretta, valiente, hecha una furia completamente latina, y, por añadidura, acostumbrada a pelearse con hombres encanallados y ser golpeada bestialmente. Tal vez se crecía ante la falta de brutalidad de Torpy, a quién repugnaba ponerla la mano encima cruelmente. No obstante, ahora el agente especial comprendió que no podía andar con galanterías. El otro italiano iba a volver, ya disparando sin compasión contra él.

Pugnando por quitársela de encima, cosa muy problemática, porque ella lo que deseaba era tenerle bien sujeto para que no pudiera disparar contra Guido cuando volviese, apareció éste, dilatado su rostro por una sonrisa siniestra, empuñando la pistola.

—¡Dispara, Guido, dispara! —aulló Loretta, volviendo a la carga, no obstante sentirse casi incapacitada para moverse, bajo la férrea presión de los brazos de Torpy, que se limitaba a sujetarla, esperando poderla dar un fuerte empujón, para alejarla de él—. ¡Dale a este «G-Men»!

Guido disparó, sin fijarse mucho en que Torpy y Loretta formaban como un solo cuerpo, luchando ferozmente, dando la espalda la joven al pistolero italiano en aquel instante.

Y el resultado fue que Loretta recibió el balazo destinado al agente especial. La bala la recibió en la espalda, en el omóplato izquierdo. Torpy sintió instantáneamente cómo los brazos de la joven dejaban de hacer presión sobre él, cayendo laciamente, y se quedaba inmóvil, muy abiertos los ojos por el asombro.

Guido lanzó un grito de rabia, pero no volvió a disparar, al ver cómo la bata de la joven se manchaba de un rojo aún más vivo que el color de la tela de que estaba hecha. Y Torpy, entonces, sujetándola, disparó a su vez sobre Guido.

El italiano soltó la pistola para llevarse ambas manos al vientre, encogido, casi doblado en dos. Su rostro se tornó blanco como la nieve. Cayó de rodillas, gimiendo y jadeando. Osciló y se fue de

bruces contra el suelo, retorciéndose convulsivamente.

Torpy dejó a Loretta, ya muerta, sobre un sillón y fue al lado de Guido, que agonizaba.

La puerta se abrió bajo un impulso brutal, y pasos agitados de varios hombres se sintieron.

—¡Torpy! ¡Torpy! —gritó una voz potente con acento escocés.

—¡Pase, Laughlin! —gritó, con voz insegura, el agente especial.

El viejo y gigantesco sargento de la Policía Metropolitana apareció, jadeando, en el «*living*», seguido de cinco agentes más de uniforme.

—¡Oiga! —exclamó, mirando con asombro los cadáveres de los italianos y el de Loretta—. Y yo que suponía que le habían hecho picadillo a usted...

—A esta muchacha no la he matado yo —murmuró Torpy, encogiéndose de hombros—. Pero a éstos, sí...

—Como me dijo usted que iba a venir y que buscaba a dos «gángsters» italianos aquí, me dije que ese trabajo para un hombre sólo era un poco... excesivo. Y me traje a mis muchachos, esperando en la calle, pero dispuestos a subir si sonaban tiros. Yo no me meto en las cosas del

F. B. I.

si no se me llama. Era una cosa puramente particular, hijo. Oí los disparos y ya veo que no necesita ayudas.

—Gracias, viejo. La cosa no salió como yo quería. Me hubiera agradado llevármelos detenidos, para que declarasen, pero se empeñaron en que tenían que matarme, y eso no era justo.

—A éste —señaló el sargento a Francesco Campari— le conocía yo como habitual de esta casa. Me estaba dando en la nariz que era un «gángster» en servicio activo, quizá a las órdenes de Rocco.

—Es posible —evadió la respuesta Torpy, sonriendo—. Con esto, el «gang» debe haber quedado aniquilado totalmente.

—Bueno, muchacho, pues aquí no hacemos nada. Esto les corresponde a ustedes. Me satisface no haber tenido que venir a recogerle con una espuerta. ¿Me envió la botellita de «White Horse»?

—Desde luego. Así lo ordené apenas dejé de hablar con usted, viejo. Pero le puedo comprar ahora mismo otra, si desconfía —replicó, riendo, Torpy—. Ha sido un cariñoso abuelo al preocuparse

por mí de esta manera.

—Basta con una, ¡diablos! ¡Le guardaré una copita, que tendrá a su disposición en la estación de Cícero Avenue. Bueno, hijo! —le estrechó la mano con fuerza de torniquete—, que siga cosechando éxitos.

—Adiós, viejo.

Quedó sólo de nuevo Torpy. Miró con cierta tristeza a Loretta. Le indignaba que las mujeres se metiesen en aquella lucha entre el bien y el mal. Siempre salían las pobres perdiendo. Aquella mujer quizá tenía marcada en la frente su siniestro y doloroso fin.

En el «*hall*», en un rincón, estaba el aparato telefónico. Llamó a la División y habló con el inspector Yohun. Le hizo un relato detallado de lo ocurrido, explicando la causa de no haber podido detener a ninguno de los tres para llevarlo a declarar.

—Sí, es lástima —murmuró el inspector—. Las liebres le salieron respononas y quisieron matarle con su escopeta. Hijo, qué se le va a hacer. Antes es usted que no esos dejados de la mano de Dios. ¿Y supone que Rocco estuvo allí, a juzgar por la mancha de sangre en la almohada?

—Desde luego. Ya sabe usted que la última vez que vimos al «boss», en el combate, iba herido en la cara. Si usted ordena que vengán a recoger estos cadáveres, seguramente en la identificación saldrá que estos dos pertenecían a la banda de Rocco. Uno de ellos fue el que nos envió el anónimo diciendo que Rocco se reuniría en la casa con sus hombres, y por eso dimos la batida. Rivalidades entre ellos, sin duda, o cosa de faldas.

—Y ¿dónde estará ahora Rocco? Ha huido de ahí y está herido en la cara.

—Yo creo que ahora su «gang» está totalmente liquidado. Envíe a los de huellas, para que analicen la sangre de la almohada y huellas de la cama. Estoy por afirmar que era Rocco el que estuvo aquí. Loretta, quizá su amiguita, puso demasiado interés en liquidarme. En el piso de abajo estaban estos dos italianos escondidos.

—Ahora envío a los técnicos. Si el «muerto» Rocco es el único que vive de su banda, la cosa puede sernos beneficiosa en cierto modo... —O al revés, viejo. Buscar a un solo hombre... Oiga, creo que ha llegado el momento de que llame a su despacho a ese pícaro

Hozier, el del bar. Nos está burlando con sus mensajes en las servilletas de los «sándwiches» a los canallas de sus clientes. Se le pueden rebajar un poco las grasas, empleando un buen masaje, ¿eh?

—Dentro de media hora lo tengo ante mí, muchacho. Quizá él sepa dónde anda Rocco, y si lo sabe, no dude de que también lo sabremos nosotros. Como me llamo Robert Yohun. ¿Qué va a hacer usted ahora?

—¿Podría ir a ver a mi Olivia, viejo? Todavía tengo metido el susto en el cuerpo. Un poco más, y no lo cuento...

V



OCCO penetró en el Hozier Bar. Aunque la cicatriz que tenía en el lado izquierdo de la cara estaba todavía fresca, ya la llevaba descubierta. Y unas gafas oscuras cubrían la vacía cuenca, en la que había puesto un negro parche, y el ojo sano. No era nada fácil que nadie le reconociese en tal guisa.

Se sentó en una banqueta, en la barra, enfrente precisamente de «Montaña de Sebo», que seguía imperturbable su tarea de dar a las teclas de la registradora y vigilar a los camareros. Pidió un café muy cargado y una copa doble de «*whisky*» al camarero, que le miró indiferentemente, no reconociéndole. Esto hizo sonreír espantosamente a Rocco, mostrando su colmillo lobuno.

—Hola, Hozier... —le dijo al dueño del bar en tono amistoso.

Hozier le miró con sus ojillos cerdunos, pestañeando vivamente. Sonrió cortésmente, sin reconocerle. Tal vez fuera uno de los muchos tipos que por allí iban. Podían conocerle a él, pero sería exigirle demasiado que él los conociese a todos.

—¿No te gusto como estoy, gordo? —Siguió Rocco, sonriéndole y haciendo más siniestra su catadura feroz.

—¡Hum! No recuerdo... —replicó Hozier, esbozando una sonrisa de cumplido—. No recuerdo... ¿Quién eres? Quizá tu voz... Uno ve a tantos amigos...

—Puedo pasar, entonces —murmuró alegremente Rocco—. Si tú no me reconoces, todo va bien. Quiero hablar contigo, oye. Vamos al salón de la ruleta.

Hozier era un zorro consumado. Lo era hasta con sus mejores amigos, si es que podía serlo en tal magnitud de alguien. La desconfianza predominaba en él, como buen sujeto siempre al margen de la ley. Siempre que hacía algún favor a un malhechor era con su interés personal. Poseía un historial de aquéllos a quienes favorecía en momentos de apuros, y cuando estaban libres, recibía de ellos, voluntariamente o no, una aportación en metálico o en joyas, estupefacientes, billetes falsos, que él se encargaba de hacer correr entre sus clientes. Un chantaje astutamente planeado, que le permitía tener en su mano la suerte de muchos de aquellos malhechores.

El que ahora aquel tipo de rostro espantoso, a quién decididamente no conocía, se tomase aquellas confianzas con él le había puesto nervioso. Podía ser un «gángster» que le necesitase, pero podía ser un maldito confidente, también, o de la misma Policía, llegado de otro Estado y «disfrazado» de maleante.

Se bajó con cierto trabajo de la alta banqueta y se acercó al mostrador, inclinándose sobre él. Su inmenso habano parecía una chimenea horizontal, lanzando densas humaredas azules.

—¿Quién eres? —le dijo a Rocco en tono mesurado—. ¿Qué quieres de mí? No me agrada conversar de ciertas cosas con desconocidos. ¿No puede presentarte algún amigo a quién yo conozca también?

—No está mal eso, Hozier, no está mal. Los hombres de negocios deben ser cautos, desde luego. Pero mírame bien, hombre. ¿Sigues sin saber quién soy?

—¡Qué diablos de misterios! —rezongó «Montaña de Sebo», con impaciencia—. ¿Crees que estoy aquí para formar parte de un tribunal en belleza masculina? ¡No te conozco! Y como no te conozco, hazte presentar o déjame en paz.

—Bueno, bueno... Pues soy un muerto, Hozier. Sí has leído los periódicos, te habrás enterado de que me han matado. ¿Va saliendo?

Hozier pestañeó rápidamente. Miró con atención el lado derecho del rostro de Rocco, sin alterar, y finalmente susurró, palideciendo:

—¿Rocco? ¿Eres Rocco?

—¡Diablos, ya era hora! Me alegra, en medio de todo, que esté tan bien caracterizado —dio una palmada sobre las manos de cerdo de Hozier, sonrosadas—. Sí, camarada, ése soy... He venido desde el infierno a dar una vueltecita por aquí, a ver a los buenos amigos.

—Pero Guido no me dijo nada, y estuvo aquí hace un buen rato. Le avisé de que Torpy, el agente especial, me honraba con su visita. Después, no sé lo que habrá pasado, porque cuando salió él, fue detrás Torpy.

—Yo estaba con Loretta, pero comprendí que la comprometía, y me marché. Y quiero que me busques un sitio donde pasar una quincena, hasta que el

F. B. I.

se tranquilice y no se ocupen de mí. Me dan por muerto y esto es lo mejor, ayudado por esta cara que me ha quedado.

—Buscaré... —respondió Hozier, con voz insegura—. Ya miraré...

—Oye, no. No me vengas con evasivas —cortó Rocco, con voz seca, y su ojo sano lanzó un extraño fulgor, que percibió «Montaña de Sebo» a través de los oscuros cristales de las grandes gafas de concha—. Quiero ese refugio ahora, esta misma noche. ¿Voy a dormir en la calle?

—Hombre, eso no. Pero tengo que buscar algo que te convenga. No voy a meterte en un sitio donde te creas en seguridad y no sea así. ¿Por qué no vuelves con Loretta por esta noche, y mientras tanto, buscó con más tranquilidad?

—No quiero. Hay algo... —Se rascó el mentón, pensativo—. Es que... Francesco y Loretta, pues... me parece que se entienden. Y no sé si ese canalla fue el que me denunció. Ya sabes lo que dice el

periódico de que al

F. B. I.

le fue un chivato. ¿Quién me dice que estando allí no llega ese Torpy del demonio y me mete una bala en la cabeza, matándome de verdad? ¿O que Francesco; por quererse quedar con Loretta, se aprovecha de mi sueño y me abre el corazón de una puñalada?

Hozier gruñó como un cerdo, mientras sus agudos ojillos examinaban aquel espantoso rostro de Rocco con cierta repugnancia. Lo cierto era que él, Hozier, se había quedado muy conforme con la muerte de Rocco. Era el «boss» muy mandón, comprometedor, y pagaba mal las informaciones que le facilitó. Le llegó a amenazar, no hacía mucho, porque quiso cobrarle una fuerte cantidad por ser él, Hozier, mediador entre Rocco y el dueño de un club de noche a quién se consiguió extorsionar. Rocco sabía cosas muy íntimas de Hozier y le tenía sujeto por ello. El que ahora «reviviese» era un fastidio...

—Bueno, siéntate allí —señaló al salón con un gesto— y espera. Voy a hablar con alguno de confianza. No querrás que sepa que eres eso, Rocco...

—Me es igual, si es de confianza. Voy a formar un nuevo «gang» y me conviene entablar negociaciones, reclutar muchachos... ¡Ah! Y tú tendrás que prestarme algunos miles, gordo. Solamente tengo mil quinientos y con eso no se hace nada.

—Me coges en mal momento, Lino —explicó, sonriendo, Hozier, mientras el resto de su inmensa cara se mostraba desagradablemente sorprendida—. He prestado a algunos amigos buenas cantidades y estoy apurado...

La sonrisa de Rocco le pareció a «Montaña de Sebo» como si la misma Muerte se estuviese burlando de él antes de descargar su golpe de guadaña. Sí antes no le era simpático Rocco, ahora estaba concibiendo por él un odio inmenso, quizá en su mayor parte por su nueva faz, repelente, trascendiendo odio, crueldad, aterradora expresión. Aquel labio superior subido en el lado izquierdo, que dejaba al descubierto parte de la dentadura, con el colmillo de fiera. La cicatriz espantosa, hundiéndole la mejilla como un surco sanguinolento... El parche negro, que se veía a través de las gafas...

—Parece que encuentras grandes inconvenientes en ayudarme un poco, gordo —dijo Rocco, con voz contenida, sarcástica—.

¿Crees que porque me haya quedado sin «gang» soy incapaz de poder trabajar como siempre? ¿O es que temes que el F. B. I.

me siga de cerca y no quieres que te vean conmigo?

—Nada de eso. Es que me has pedido dos cosas que de momento veo difícil concedértelas. Sobre todo, el dinero —se excusó Hozier, lanzando nubes de humo su habano—. Tira con esos mil quinientos y ya te iré dando alguna cantidad, no mucha...

—Escucha, Hozier —Rocco se inclinó sobre el mostrador, apoyado de codos sobre el mármol—. Avanza la cabeza, hombre... —Hozier obedeció, palideciendo un poco—. Quiero decirte que tienes que ayudarme, ¿comprendes bien? Tienes que ayudarme, sobre todo con dinero, si necesito irme a California, o a Florida, o a Texas, necesito dinero, dinero. Y no andes con tonterías de que estás apurado y no tienes. A mí no me engañas, gordo...

—Es la verdad, Lino —murmuró acremente Hozier—. Y no puedes hacer nada peor para conseguir mi ayuda que venirme con amenazas, te lo advierto. Si tú sabes algo que me concierne, yo sé también de ti. Un telefonazo y...

—Hazlo, marrano... —susurró Rocco roncamente. Se quitó las gafas y Hozier vio su único ojo, negro, lanzar llamas de rabia y odio. Hazlo... y prepárate para sentarte en la «silla», a mi lado. O yendo delante de mí, con un cuchillo clavado en tu asqueroso vientre. ¡Maldito seas, que cuando me ves caído quieres pisotearme! ¡Te he dado a ganar miles y miles, por nada que has hecho, y ahora me niegas un préstamo! ¡Marrano!

—No es eso, Lino, no es eso —recogió velas Hozier, que no era hombre de acción, aunque no por ello menos peligroso—. Es que en este momento no puedo darte sino... mil dólares. ¿Te valen?

—¡No! Con nueve mil más, sí. Eso no es nada para ti. ¡Vete a buscarlos!

Hozier se separó de Rocco, haciendo un gesto afirmativo... Ya le iba a dar él los diez mil... Lo que iba era a buscar a Kid, el «killer», que estaría en el salón de la ruleta. Y él se encargaría de dar diez... balazos a Rocco, o un par de puñaladas silenciosas.

Rocco le vio salir de detrás del mostrador y encaminarse, como si fuese rodando sobre unos rodillos, con sus cortas piernas, hacia el interior. Y tentó disimuladamente la pistola que llevaba en la funda,

entre el pecho de la americana y el cuerpo. Conocía demasiado bien a aquel cerdo de Hozier para fiarse de él. Tal vez fuese en busca de Kid, su «killer» a sueldo, y le ordenaría que le asesinasen. ¡Buena se iba a armar en cuanto viese aparecer a aquel tipo que parecía estar siempre como dormido, con los ojos casi cerrados, pero que disparaba a maravilla o lanzaba el cuchillo con sorprendente facilidad!

En el pasillo, del que arrancaba la escalera que conducía al piso principal, donde estaba el saloncillo de la ruleta, vio Hozier a tres hombres desconocidos que hablaban con el que hacía las veces de portero y que recogía las contraseñas que se daban para poder subir a jugar. «Montaña de Sebo», con su fino olfato, conjeturó instantáneamente que eran policías.

Se volvieron cuando él intentaba retroceder. Eran jóvenes, altos, fuertes y no tenían cara de «gángsters».

—Oiga, Hozier —dijo uno de ellos, deteniéndole con un gesto imperativo—. Veníamos a hablar con usted. Somos del

F. B. I.

—¿Del

F. B. I.?

—Miró los distintivos que ellos le mostraron—. Encant... Bien, bien —sonrió almibaradamente, subiéndole la rubicundez al rostro—. Y ¿qué hay?

—Venga con nosotros a la División. El inspector quiere conferenciar con usted acerca de la posibilidad de que unos misioneros puedan ejercer aquí su ministerio, entre estas buenas gentes —dijo, sonriendo burlescamente, el agente especial Collins.

—Sin gestos ni actitudes melodramáticas, Hozier —agregó otro, severamente.

—Pero...

—Traiga el gabán y el sombrero de Hozier, usted —dijo Collins al portero—. Y callandito que viene con nosotros, ¿eh? hasta que nos marchemos.

—Bien, bien. Trae eso, Cardigan —murmuró Hozier, recobrando un poco la tranquilidad—. Voy con los señores. Y avisa a mi abogado Duke para que se me reúna en la División. Yo no diré absolutamente nada si no es delante de Duke, señores —dijo casi desafiante a los agentes especiales—. Estoy en mi derecho...

Collins se encogió de hombros. Y ayudaron amablemente a Hozier a ponerse el gabán, enorme, y el sombrero. Después, rodeado por los agentes especiales, salió por la puerta de servicio, que daba al portal del edificio.

Rocco comenzaba a impacientarse, esperando a Hozier. Apuró su copa de «*whisky*» mientras miraba a un lado y otro con su único ojo, volviendo la cabeza con extraños movimientos. Todavía sentía, de cuando en cuando, fuertes tirones dentro de la vacía cuenca del ojo extirpado, debido a la cicatriz de la gran herida. Pero pronto se acostumbraría a ser un tuerto y a dar movilidad al ojo único, supliendo al ausente.

Tardaba Hozier. Estaría, el muy ávaro, contando y recontando los billetes, incluso llorando de pena. Porque eso de que era un préstamo... bueno estaba. Ya le había dado a ganar buenos miles y miles de dólares a aquel cerdo rosado para que no le devolviese un poco, ahora que estaba él apurado.

Se alejó del mostrador sin pagar lo consumido. El camarero le llamó al orden secamente, tendida la mano.

—¡Eh, amigo! Setenta centavos...

Rocco le miró despectivamente. Sonrió, y el camarero puso cara de susto.

—Me convidó su jefe. Y oye, telefonéale por el interior que le estoy esperando. Si no, que subiré yo.

El camarero obedeció sin quitarle ojo. La voz de Rocco no le era desconocida, pero lo que es aquella cara espantosa... Habló un poco en voz baja y después palideció, colgando.

—No está. Se lo han llevado —dijo a Rocco en voz baja.

—¡Marrano! —rugió el «boss», mirando con fiereza al «barman»—. ¡Que no está! Pero ese cerdo asqueroso se ha creído que va a burlarse de mí...

—Que se lo han llevado, hombre —aseguró el empleado, mirando con recelo a su alrededor—. Los del

F. B. I.

han venido a buscarle ahora mismo.

Rocco abrió la boca, asombrado. Y el «barman» se estremeció de horror, creyendo quizá que lo iba a devorar aquella bestia con figura humana. Finalmente, Rocco, con gesto decidido, airado, saltó de la banqueta, mascullando amenazas y reniegos, y fue hacia el

pasillo, donde estaba el portero Cardigan.

—¿Dónde está ese cerdo de tu jefe? —le preguntó, cogiéndole por las solapas de la americana—. Se ha fugado, ¿verdad? Dejando el encarguito a Kid...

—¿Quién eres tú? Suelta... —Cardigan, aterrado al ver a aquel monstruo, se debatió débilmente bajo la zarpa de Rocco.

Aquella voz le era conocida, pero lo que es la cara...

Kid, el «killer» a sueldo de Hozier, bajaba apresuradamente la escalera de caracol. Rocco, al verle, soltó a Cardigan y sacó velozmente su pistola, echándose a un lado. Ahora iba a ver aquel chulo de Kid si su amo le podía engañar con el cuento de que se lo había llevado el

F. B. I.

Pero Kid no se fijó en él siquiera cuando acabó de bajar. Se encaró con Cardigan nerviosamente. Era muy alto y esquelético, con enormes brazos y piernas. Un cuello inmenso de largo, que terminaba en una cabeza diminuta, como la de un avestruz. Y sus ojos, siempre entornados, como si los tuviese pegados, incapaces de poder mirar.

—¿Han dicho por qué se lo llevaban? —preguntó a Cardigan, dando la espalda a Roco, que escuchaba atentamente, asombrado.

—Quería el inspector preguntarle si aquí pueden venir misioneros a predicar entre los camaradas —respondió Cardigan, encogiéndose de hombros—. ¡A quién se le ocurre semejante idea! Me dijo el jefe que avisase a Duke, el abogado, porque él no hablaría sino delante de él. Y nada más.

—¿Le has avisado a Duke? —preguntó de nuevo Kid, rascándose el diminuto mentón.

—Sí. Me dijo que... bueno —señaló a Rocco, que estaba escuchando silenciosamente—, ahí está ese guapo hombre, que insultaba al jefe y a mí me quería comer. ¡Usted, Rodolfo Valentino, venga ahora a tirarme de las solapas! —le gritó a Rocco.

Kid se volvió rápidamente, encarándose con Rocco. El «boss» jugueteaba con su pistola, sonriendo espantosamente, brillante el colmillo blanco. Kid se estremeció, pero su oficio era el de ser un valiente o, al menos, aparentarlo. Cardigan reclamaba su ayuda, su venganza ante la grosería de aquel tipo de horrenda cara, que le había tirado de las solapas.

—¿Quién eres? Oye, ¿quieres volver a zamarrear otra vez a mi amigo Cardigan? —le dijo a Rocco con voz pausada, estudiada, de verdadero matón—. Me gustaría verlo...

Rocco avanzó y tendió sus brazos. Pero en vez de poner las manos encima de Cardigan, cogió las solapas de la americana del mismísimo Kid, le atrajo hacia sí, y luego le empujó violentamente hacia atrás. Kid, dando traspiés, fue a chocar contra Cardigan, que rompió a reír nerviosamente.

—Ya está, Kid —murmuró sordamente Rocco, mientras le apuntaba con la pistola, que no había soltado un momento—. Y deja las manos quietas.

Kid, como todos los matones, se encontró con que no sabía qué hacer ni cómo reaccionar ante aquella audacia de semejante monstruo. El caso es que su voz le era conocida, pero lo que es su cara...

Dejó colgantes los brazos, no intentando en modo alguno vengar la afrenta.

—¿Es cierto que se han llegado a Hozier? —Inquirió Rocco sin dejar de apuntar con su arma a Kid.

—Claro que sí. Los del

F. B. I.

¿No me has oído decírselo a Kid? —replicó Cardigan.

Kid parecía tener ahora menos personalidad que un «botones» o que el limpiabotas del bar. Se sentía humillado, acobardado. Siempre que se metió con alguien fue porque tuvo la absoluta seguridad de que saldría vencedor. Y disparó siempre a traición, por sorpresa, o dio la cuchillada en la espalda. Aquella bestia con figura humana le tenía enfilado con su arma, y ¡un demonio que fuese él a luchar!

Rocco sintió miedo. De manera que había estado allí el

F. B. I.

Eso era que le estaban buscando. ¡Que sabían que seguía viviendo! Y como Hozier no quisiera decirles que él, Rocco, estaba allí, se lo llevaron. Pero le harían «cantar» y lo diría todo. Hozier era astuto, pero no se dejaría apretar demasiado y le denunciaría. Así se vería libre de tenerle que dar los diez mil...

—Bueno, me voy —dijo con precipitación, temeroso de que en cualquier instante regresasen los del

F. B. I.,

pero en su busca, con seguridad—. Kid, ponte de espaldas mientras salgo. Yo no tengo nada contra ti...

—Yo te conozco —repuso Kid, obedeciéndole presurosamente, levantando los brazos, aunque no se lo mandara Rocco—. Tu voz me es muy conocida. ¿Quién eres? Si quieres decirlo, vamos...

—Soy Rocco. Acabo de resucitar —contestó, riendo, el «boss». Pero os lo calláis o, si no, vendré a cerraros la boca para siempre. Adiós, valientes.

Salió a la calle rápidamente, mirando con su único ojo vivamente, volviendo la cabeza a un lado y otro, azorado. Allí olía a F. B. I.

que apestaba. Lejos, lejos...

Tropezó violentamente con un hombre que se dirigía hacia el bar. Era alto, fuerte, esbelto, y llevaba encima una trinchera caqui.

—¡Atontado! —rugió Rocco, dando un traspié, mientras también lo daba el otro transeúnte—. ¿No mira por dónde va, idiota?

El transeúnte se le fue encima. Le puso una mano sobre el hombro y lo zarandeó vigorosamente. Rocco le dejó hacer, asombrado, mirándole fijamente.

—Es usted el que debe tener cuidado —le dijo el hombre—. Pero, bueno, ya veo que es tuerto o medio ciego, ¿no? Dispense.

Rocco se quedó mirando, con la atroz boca abierta, al mismísimo agente especial del

F. B. I.

Norman Torpy, que penetraba en el Hozier Bar apresurado.

Reanudó su huida apresuradamente. ¡Sí que había estado bueno aquello! Darse de boca con su peor enemigo, su mortal enemigo... Pero no le había reconocido Torpy, y esto sí que era maravilloso. Una gran ventaja para él, Rocco, desde luego. El conocía y podía ver desde distancia a Torpy, pero el agente especial no le reconocía, con su nueva cara, que sería muy horrible, cierto, pero de gran utilidad. ¡Era un nuevo hombre! Algo así como el hombre invisible de Wells...

Y tomó un «taxi» a pocas yardas de allí, diciendo al chófer que le llevase... al Loop, por ejemplo, como lugar distante de allí. No se le ocurrió ir en busca de Torpy y «ajustarle las cuentas», como se prometiera y dijera fanfarronamente a Loretta y Francesco. Ya lo

haría... después, más adelante.

Se acordaba de que Torpy tenía unos puños y unos músculos férreos y que casi le levantó en vilo momentos antes, cuando el choque con él. Cara a cara habría de resultar aquel joven muy mal enemigo.

Se sintió muy contento viendo cómo el «taxi» le alejaba velozmente de allí, de Hozier Bar, donde le estaría buscando Torpy. Pudo haberle matado, cierto, al agente especial, valiéndose de la sorpresa, y tenía bien a mano la pistola, pero no lo hizo. No sabía por qué. Sí lo sabía...

¿Miedo?

VI



E bajó del «taxi» en Randolph Street, la populosa vía del centro de la ciudad. En la acera, mirando distraídamente los grandes rascacielos iluminados, pensaba dónde pasaría la noche, aquella noche helada, que no estaba, ni mucho menos, como para pasarla paseando tan pronto los calés, bares, etc., se cerrasen. De cuando en cuando volvía a nevar y estaba así un buen rato, amainando después, pero el cielo se mostraba siempre amenazador.

Conocía a varios hombres, «gángsters» como él, que seguramente le darían asilo, pero era muy de temer que no supiesen guardar la debida discreción sobre el hecho de que hubiese «revivido» y la Policía lo supiese enseguida por medio de los confidentes.

Entró en un café-restaurant y cenó abundantemente, sentado ante una mesa, en un rincón, para pasar desapercibido. No cesaba de pensar dónde se metería aquella noche. No podía pensar en un hotel de viajeros o pensión, porque allí la Policía llevaba un buen control, y, por otra parte, él no tenía documentación apropiada para exhibirla en caso de que se la exigiese el detective del establecimiento. Con aquella cara que le había dejado la explosión de los bidones de gasolina era como para inspirar fundadas sospechadas. Más que nunca tenía «cara de gángster», si por tal se tenía al rostro de bandolero, criminal, degenerado.

Fumando, después de la cena, a su memoria vino un nombre de mujer. Una mujer que, cuando él tenía dieciocho años —y ahora contaba con cuarenta— se enamoró locamente de él. Ella tenía por entonces treinta y seis y era bella. Se llamaba Mae... Y fue para él un amor, dentro del ambiente en que ambos vivían, lleno de pasión. Ella, en aquella edad madura, le quiso apasionadamente. Fue su primer amor, y el último, y Rocco, andando el tiempo, hubo de luchar denodadamente para librarse de ella, llamado por otros amores más fáciles y juveniles. No obstante, siempre sintió por ella, cosa extraña en su endurecido corazón, cierta compasión y afecto. De cuando en cuando la enviaba unos cientos de dólares, a cambio de que ella no fuese a verle y le dejase en paz.

Sí. Mae Roeburn, que vivía en West Ohio Street, cerca del Brand Canal. Aquella buena y fiel Mae, que tanto lloró cuando él dejó de verla, de amarla. Que paseaba la acera de las calles donde él vivía, solamente por verle, aunque fuese de lejos. Que cuando él estuvo en la cárcel le enviaba buenos paquetes con aquello que más le pudiera agradar. Y que siempre le aconsejó saliese de aquella vida, en la que ella estaba también como sumergida, aunque deseando abandonarla... Fue, desde luego, la mujer enlodazada que más le quiso y pretendió hacer de él un hombre honrado.

¿Cómo le recibiría ella si ahora fuese a pedirle asilo? Ahora sería una Mae de cerca de sesenta años. Una ruina de lo que fue aquella otra, espléndida, ardiente, impulsiva, que hubiera dado su vida por él, por verle hecho un hombre decente. Ella sabía por propia experiencia lo que era el vivir al margen de la ley, llevada y traída por el oleaje del vicio, las malas pasiones, la brutalidad y el egoísmo de las gentes del hampa.

Pagó la cuenta y salió a la calle. Iría a ver a Mae. Hacía dos o tres años que no la veía y hasta se olvidó de enviarla de cuando en cuando, como antes, alguna cantidad. Solamente en un momento de desesperación como ahora se acordaba de ella.

Tomó un «taxi» y le dio la dirección al chófer. Mae representaba para él, ahora, un hogar donde cobijarse. Y una mujer sola, ya casi una anciana, que seguramente le recordaba a todas horas. Las mujeres siempre rememoran su primer amor y mantienen sagrado el recuerdo, lleno de melancolía.

Era una casa de dos pisos donde ella vivía. Muy modesta, cerca del canal. Llamó al timbre y, poco después, una mujer le abrió la puerta. Era de mediana estatura, delgada y aún bien formada. Su pelo era canoso, pero peinado con ciertas pretensiones. Vestía una bata gris, sobre la que se había echado una toquilla del mismo color, de lana.

—Hola, Mae —dijo Rocco en tono afectuoso, pasando al pequeño «*hall*», iluminado por una lámpara de tres brazos, de latón. Todo allí era modesto, pero cuidado, limpio—. No digas que me conoces —sonrió él, y Mae, de rostro aún terso y facciones regulares, que fueron muy bonitas antaño, le miró con terror. Sus ojos oscuros escrutaron aquella horrenda faz.

—No, no le conozco —dijo con voz temerosa, y tembló al pensar que estaba sola y que aquel hombre con cara de bestia maligna quizá fuese a robarla, a matarla.

—¿Ni por la voz, Mae? ¿No te dice nada mi voz, querida? ¿Quién te llamaba, hace mucho tiempo, My, bonita My? —insistió Rocco, haciendo acopio de sus mejores modales y suavidad—. ¿Nada, bonita My? Aún sigues muy guapa...

Mae palideció, llevándose ambas manos al pecho, sobre el corazón, que le latía desordenadamente. Aquella voz la recordaba, en efecto. Era la que siempre creía oír cuando él no estaba con ella. La que decía «My» tan cariñosamente, tan halagadora.

—No es posible... —murmuró, y sus ojos, que tanto lloraron por él, se inundaron de lágrimas—. Vuelve, vuelve la cara... —Rocco obedeció, mostrándola el lado derecho del rostro, intacto.

Y Mae, sollozando, se precipitó en sus brazos, recostando su cabeza sobre un hombro de él. Rocco suspiró. Mae sería siempre la misma para él. Ya tenía dónde meterse y estar seguro. Al fin y al

cabo, una romántica y vieja tonta.

—Lino, Lino... —murmuraba ella, restregando su rostro sobre el pecho del «boss»—. ¡Cómo vuelves, Dios santo!

—¿Te has hecho creyente, My? —dijo él, riendo sarcásticamente.

La separó de su lado suavemente, sentándose en un viejo sillón oscilante.

—Siempre lo fui, Lino —repuso ella, con firmeza—. Siempre pensé que Dios sería mi única y última salvación si atinaba a obtener su perdón. Fui lo que fui... —Se sonrojó vivamente—. Y ahora estoy haciendo por borrarlo.

—¡Hum! —Rocco hizo un gesto de fastidio. Pensó que si Mae se había vuelto «beata» quizá no le quisiera ayudar, darle cobijo en su casa—. Eso está bien, My querida. Practicarás la caridad, claro...

—Cuanto puedo. Soy muy otra, Lino. Trato con personas decentes —le miró confusamente, bajando la mirada—, pero... no desdeño a aquellos que necesitan volver la mirada a Dios, y hago porque lo hagan. Nunca es tarde para volver al Todopoderoso, Lino. Nunca es tarde...

Rocco lanzó un suspiro aún más profundo. Sentía la misma aversión a que le hablasen de aquellas cosas como la sentiría el mismo Lucifer. Pero había que fingir, tolerar a aquella nueva Mae, muy otra, en efecto. El caso era quedarse allí. Y una Mae que ya era respetable en la vecindad, seguramente, suponía un asilo más seguro. Allí no iría la Policía husmeando, ni el

F. B. I.

—¿Has cenado, Lino? Puedo ofrecerte algo, muy humilde... ¡Cómo te agradezco que hayas venido a verme! Siempre he tenido para ti un recuerdo... especial, no sé cómo decirte. Mucho he pedido a Dios por ti, porque vuelvas la vista a él. Que no sufras tanto como yo... ¿Qué te ha pasado, para que tu cara se haya... afectado tanto? Una pelea, las riñas... Lino, Lino...

—He cenado ya, My —Rocco apuraba la zalamería, el trato aquel que hizo de la pobre Mae su esclava en tiempos pasados. Y notaba que aún quedaba como un rescoldo de aquel amor por él, que había que explotar a fondo. Oye, ¿no lees los periódicos?

—Nunca. Los odio. También es que siempre he temido que un día me trajesen la noticia de que tú... hubieras muerto en un

encuentro con la Policía, quizá ejecutado. Perdóname, Lino —ella seguía vertiendo lágrimas de sus bellos ojos, que le miraban con dulzura y mansedumbre—. Esa vida, la que tú haces y la que yo llevé, no conducen sino a eso... Yo me salvé, gracias a Dios. Un día salí de la cárcel y pensé, pensé... Fue un cambio radical, como debe ser, Lino. Tú eres joven, inteligente. En el fondo, bueno, sensible...

—Bien, My, bien —rezongó Rocco, en tono algo impaciente—. Yo me alegro de que hayas encontrado todo eso, si te ha servido para mejorar. Seguirás viviendo sola, ¿no?

—Sola. Y con Dios —señaló una repisa, en la pared, donde había una imagen de Jesús—. Nunca estoy sola, como antes, sufriendo ausencias, desengaños. ¿Y tú, Lino? No quisiera molestarte... ¿Sigues en esa vida... terrible? Tu cara me dice que sí.

—Sigo así, sí. Y ahora estoy en cierto apuro —murmuró él, haciendo un gesto patético, estudiado, que hizo que Mae le mirase compasivamente, sentada frente a él—. Cosas de la vida, ya sabes.

—¿Dinero, Lino? Creo que podría hacer algo —dijo ella, sonriendo felizmente—. Por lo que tú hiciste por mí, recuérdalo. No debes apurarte, si no es mucho.

—No es dinero, por ahora. Tengo algo. —Rocco creyó llegado el momento de entrar rectamente en el asunto—. Es cosa de... alojamiento. Por unos días nada más, querida My. Ya sabes cómo a veces la Policía se pone pesada y le va pisando a uno los talones incansablemente. Ya recordarás...

Mae se sonrojó. Precisamente, lo que ella no quería recordar por nada del mundo fue aquella vida que llevó en su juventud, de la que se avergonzaba con toda su alma.

—¿Y no tienes dónde ir, verdaderamente, Lino? —inquirió ella, compadecida—. Es horrible... Teniendo dinero, yo creí que podrías solventarlo. ¿Has venido, entonces, a pedirme asilo?

—Sí, My. Siento molestarte —murmuró Rocco, compungidamente—. He visto que nadie sino tú, si quieres dármelo, podría inspirarme confianza, seguridad de que no seré delatado, entregado al

F. B. I.

—¿Te has metido con el

F. B. I.?

—interrumpió ella, aterrada.

—No, no. No ha sido nada grave, My. Te lo aseguro. Unos puñetazos a la Policía, en una riña que sostuve con malos camaradas. Pero, claro, me buscan para encerrarme, y no quiero volver a una celda de Joliet. Ya sabes...

Mae quedó pensativa, cruzadas las manos sobre el regazo. Rocco conjeturó que la cosa no le iba a ser tan fácil como pensara el quedarse allí. Era otra mujer aquella Mae. Una mujer que entró decididamente en la buena senda y aborrecía a muerte el mal y a los malos, que tanto la hicieron sufrir.

—Sería por unos días, My —insistió él con acento suave. Se levantó, llevó su sillón hasta colocarlo al lado de la silla de ella y se sentó. La cogió las manos entre las suyas, apretándoselas suavemente—. Lo menos posible. Tengo algo de dinero y te daría diez o doce dólares diarios, para no serte gravoso. Me acordé de ti, My querida, como lo podría haber hecho de mi madre o una hermana. También recordé tu amor, que nunca te lo agradecí bastante. Siempre has sido maravillosa conmigo...

Mae volvió a sollozar, bajito, mirándole bobaliconamente. Y Rocco rectificó su criterio anterior. Se quedaría...

—Soy otra, Lino —dijo ella, entre hipos—. Juré que jamás volverla a ofender a Dios, amparando la maldad. Pero también me ordena el tender la mano al que le ofende y ver de llevarlo a la buena senda. Quizá Dios te ha traído aquí, Lino...

—Quizá —repuso él compungidamente, tratando de ocultar la infernal sonrisa—. ¿Entonces, My querida? No tengo a nadie más que a ti...

—Tengo una habitación, aparte de la mía, Lino —ella le miró severamente, digna—. Puedes quedarte. Pero, oye, te prohíbo que aquí recibas a nadie que sea de esas gentes... —Se sonrojó, bajando la mirada—. Y que aquí salgas y entres para dedicarte a esas cosas infames. Perdóname, Lino, pero yo hago una obra de caridad y no estoy segura de que en realidad no sea una infamia. Si dices que eso no tiene importancia... ¿No has matado, ni robado?

—Nada, nada, My. Hace tiempo que estoy como retirado. Me siento viejo —dijo Rocco con voz mansa, desfallecida—, asqueado de esta perra vida. Creo que daría algo por encontrar algo un poco digno, aunque fuese modesto. Si salgo con bien de ésta, será la última.

Mae le miró profundamente. Pero ella era la menos indicada para sondear aquella alma tortuosa. Le amó con delirio, le amaba ahora, aunque de otra forma, y le amaría mientras viviese. En ella perduraba el recuerdo de aquellos tiempos de juventud. Siempre le creyó cuando él fingió amarla mucho más de lo que en realidad fue. En ella era todo amor; en él, bastardos sentimientos, orgullo, vanidad posesiva.

—Bendigo a Dios porque te ha traído aquí —murmuró inocentemente, apretando las manos de él—. Yo te ayudaré, Lino, cuanto pueda, a salir de ese infierno maldito. Sé lo que es y te compadezco. Mira, tengo buenas relaciones. Me gano el pan yendo a trabajar a casas particulares como criada. Todas son personas dignas, decentes. Con ellas me he ido yo también haciendo digna, regenerándome...

—Sí, sí, My querida. Eres maravillosa —afirmó Rocco pacientemente.

—Ahora voy a casa de una señora viuda, que tiene su fortunita. Tiene una hija que me quiere como no me merezco. Dios se lo pague —las lágrimas de sus ojos caían mansamente, conmovida—. Me pagan bien y como allí. Mucho me quieren... Cuando me he puesto enferma, Olivia, la hija, viene a verme y me trae cosas, dinero, consuelo.

—Te lo mereces todo, My, querida. Tienes un corazón de oro —afirmó de nuevo Rocco, evitando penosamente un bostezo.

—Quiero ser buena, todo lo buena que me sea posible, Lino. Por el mucho mal que hice cuando aparté de mi lado a Dios. Pues Olivia, la hija, se va a casar dentro de poco con un guapo mozo. Siempre que entra Norman en casa de su novia me da una palmadita en la espalda. Sabes, Lino, yo le confesé lo que había sido... Ellos lo saben, y siguen siendo buenos conmigo. Norman está en el

F. B. I. y...

—¿Eh? —dijo Rocco con cierto sobresalto, mirando fijamente con su único ojo a Mac—. Eso es interesante, vaya. ¿Cómo se apellida ese Norman?

—Torpy. Norman Torpy. Gracias a él, que anduvo buscando recomendaciones en el Departamento de Justicia, de donde es funcionario, me vi libre de algunas cosas enojosas, que me

quedaban pendientes de aquellos malditos tiempos. Los del F. B. I.

son unos caballeros, Lino. He tenido que rectificar lo que pensaba de ellos, lo que creíamos nosotros; cuando estábamos contra ellos. Y así me gano la vida, honradamente, estimada, comprendida...

Rocco había palidecido. El nombre de Norman Torpy bailaba en su cerebro. Era una terrible casualidad aquélla, que Mae conociese a su enemigo mortal.

Se desperezó, mirando la hora en su reloj de pulsera. Eran casi las doce de la noche.

—Quisiera acostarme, My. Ya que eres tan amable... ¿Quieres decirme dónde es mi alcoba? —dijo sin sonreírla, porque cuando lo hizo, ella se le quedó mirando con horror.

—Ven —le guió por un pasillo, corto, y a mano derecha, en la primera habitación, abrió una puerta.

Había una cama casi nueva, de acero, con ropa limpia. Un silloncito, una mesilla y un armario ropero y dos sillas.

—Yo duermo arriba, en el piso superior —dijo ella, sonriendo. ¡Lino... qué tiempos aquéllos!— y se ruborizó, acordándose de cuando era una joven hermosa, aunque por entonces no era lo digna que se sentía ahora.

—Sí, querida My —concedió de mala gana Rocco—. Buenas noches, y que descanses. Has sido muy buena conmigo. Como siempre, claro...

—No lo sé si lo soy ahora. Pido a Dios perdón por si esto que hago ahora le ofende. Debes pensar, querido Lino, si yo pudiera ayudarte a entrar en la buena senda. Todos los pecados se perdonan si hay un deseo ferviente de no volver a cometerlos y un arrepentimiento sincero, hondo, leal... Una vez pagadas tus culpas ante la justicia humana, puedes volver a vivir dignamente. No sería grande la condena, Lino. Yo hablaría con Torpy y sus jefes. Te ayudarían, créeme...

—¡Uf! —exclamó Rocco, moviendo vigorosamente la cabeza en sentido negativo—. Ya, ya... lo pensaré, querida. Hemos de hablarlo. Ahora déjame que lo vaya pensando. Buenas noches, querida.

—Yo aún he de rezar un poco. Me acordaré de ti. ¿Sabes tú rezar, Lino?

—¡Por todos los diab...! —rezongó Rocco, riendo siniestramente —. Yo no he practicado, ya sabes...

—Todo se andará. Hasta mañana —murmuró Mae, sonriendo comprensivamente.

Rocco, cuando se quedó solo, amenazó con los cerrados puños a la puerta. Estaba a punto de estallar contra aquella extraña mujer que ahora se creía nada menos que una santa. Estaba chiflada... ¡Vieja tonta, que creía que él se iba a meter monje por hacerla caso!

Se acostó y suspiró hondamente al sentirse dentro de aquellas ropas, calientes, limpias. Realmente se consideraba allí más seguro que lo estuvo desde hacía mucho tiempo, pese a tener siempre a su alrededor un par de guardaespaldas armados. Velaba por él una mujer que le amó con toda su alma y que aún ahora guardaba para él su ternura, más maternal que otra cosa.

Fumando, pensó de nuevo en Torpy, aquel maldito agente especial que le andaba buscando. Debía de saber ya que él vivía. El F. B. I.

lo sabía todo. Quizá contaron los cadáveres de sus hombres, en la casa incendiada, y notaron su ausencia. Eso, si Francesco no le había vuelto a denunciar. Tenía que suprimir a Francesco. Y quizá a Loretta, aunque la amaba mucho.

Encendió otro cigarrillo, ya que el sueño no acudía a librarle de sus angustias, durmiéndole. Pensó en lo que le dijera la tonta Mae, de que podría ayudarle a regenerarse, tras estar una temporada en la cárcel. ¡Buena temporada le caería si lograba librarse de la silla eléctrica, lo que era muy problemático!

Lo que si podría hacer, valiéndose de Mae, sería atraerse a Torpy a un lugar favorable y... liquidarlo. No quería sino liquidarlo, hacerlo trizas. Aquel jovenzuelo le había destrozado su «gang», llevándole a aquella situación de acorralado, arruinado, pidiendo por caridad un escondite.

Y pensando en la venganza, acabó por dormirse apaciblemente.

Afuera nevaba con gran fuerza, y el frío cortaba como un cuchillo.

A las ocho de la mañana, Mae llamó a la puerta de la alcoba de Rocco.

—Pasa, pasa, querida My —murmuró el «boss», maldiciéndola mentalmente por haberle despertado.

—Buenos días, Lino —dijo ella con su voz mansa, sonriéndole. Estaba ya arreglada para salir, llevando un buen gabán color gris y un sombrero de fieltro, todo ello correcto, limpio—. Me voy a mi trabajo, querido. No volveré hasta las seis de la tarde. Pero te he hecho ya la comida, que encontrarás dentro del horno eléctrico. Cuando quieras comer, lo enciendes un ratito y se calentará. Tienes pan, fruta, café con leche... Siento dejarte. ¡Ah! Te agradeceré, Lino, no salgas mucho. Nadie me ha visto aquí con un hombre... Diré que eres pariente mío. Primo o algo así, ¿verdad?

—Gracias, gracias, My querida. Siempre tan buena conmigo. Mira, te voy a dar dinero para no serte gravosa —cogió su americana, sacó la cartera y de ella cincuenta dólares en billetes.

—Déjalo, Lino —murmuró ella, sonrojándose—. Creo que me agradaría ayudarte con mis propias fuerzas. Tú me ayudaste mucho otras veces. Déjalo...

Rocco sintió algo extraño allá en lo más hondo de su corazón. Una especie de conmoción nunca sentida. Aquella tonta mujer no era realmente tonta. Era buena como una santa, como creía él deberían ser las santas, según había oído decir alguna vez, o leído cuando era muchacho. Sabía conmover con su corazón inagotablemente generoso, lleno de ternura para con él. Aquella Mae que él conoció hacía tanto tiempo, dieciocho años, era buena, pero solamente para él. Con los demás, arisca, fiera, impulsiva. Y jamás vaciló en cometer una mala acción cuando se trató de ayudarle, de librarle de un peligro.

Rocco, conmovido, la cogió una mano y en ella depositó los billetes.

—No seas boba, My —la dijo, en tono brusco—. Mientras pueda, te lo entregaré semanalmente.

—Gracias, Lino. Siempre fuiste también muy bueno conmigo —y las lágrimas asomaron a sus ojos—. Hasta luego. No cometas imprudencias.

—Descuida. Oye, hazme el favor de no decir nada en casa de esa señora Pattison de mí, ¿eh? Sería ahora comprometerme de una manera horrible. ¿Y dónde me dijiste que viven?

En South Alsted, quinientos cuarenta y tres. Descuida, ya sé que ahora no sería procedente decirles nada. Cuando tú me lo indiques.

—Exacto, querida My. Eres deliciosamente buena.

Se quedó solo en la casa Rocco. Y anduvo canturreando de un lado a otro como dueño y señor de aquel nuevo dominio. Por supuesto, se marcharía cuando quisiera. Ella nunca le diría que lo hiciese. Se la había metido en un bolsillo a la pobre tonta. Y cuando se le acabase el dinero, ella trabajaría para él.

Desayunó carne asada, café con mantequilla y pan. Y después, encendiendo un cigarrillo, se puso la trinchera, cogió la llave del portal y salió a la calle a comprar tabaco y el periódico. Lo hizo sin temor casi. Por allí no era presumible que la Policía le buscase.

No lejos de allí compró varios paquetes de cigarrillos y el periódico. Hacía mucho frío y deseó volver pronto a casa de Mae, donde había una estufa de carbón bien encendida. Compró unas cuantas novelas baratas además, y regresó a paso vivo, tiritando de frío. Le dolían las heridas al recibir el helado viento.

Entró alegremente en el «*hall*», hablando fuerte consigo mismo. Y se sentó, en el viejo sillón basculante, al lado de la estufa bien encendida. Cogió el periódico y lo miró distraídamente. Su ojo único quedó fijo en las grandes letras de la primera plana:

«OTRA HAZAÑA DE UN AGENTE ESPECIAL DEL
F. B. I.».

Se acomodó bien en el sillón, respirando fuertemente. Y siguió leyendo, inquieto por no sabía qué.

«Ayer tarde, el agente especial Norman Torpy, siguiendo las indicaciones del inspector jefe de la División del

F. B. I.

local, se presentó en una casa de Austin Boulevard, en Cícero, con objeto de proceder a la detención de dos significados “gángsters”. Una mujer, Loretta Bertuzzi, pretendió engañarle, ocultándole en su declaración el paradero de dichos maleantes. Acosada a preguntas, pretendió agredirle mientras llamaba a los dos “gángsters”, que estaban escondidos en el piso inferior de la casa, desalquilado, pero amueblado. Subieron los dos bandidos y el agente especial hubo de repeler la agresión a mano armada con gran valor y decisión.

Murieron los dos hombres y la mujer.

»Posteriormente, verificada una investigación minuciosa por el personal especializado del

F. B. I.,

se ha sacado la consecuencia de que estas tres personas pertenecían al “gang” del fenecido Bandolino Rocco, que no cayeron en el encuentro librado hace tres días. Según informó el inspector Yohun, puede considerarse como definitivamente liquidado este “gang”.

Rocco leyó de nuevo aquella información del «Chicago Observe». Un frío sudor le corría por la arrugada frente, cuyas venas parecían ir a saltar por la acumulación de sangre.

Había matado Torpy a Loretta... A su Loretta. A la mujer a quién ahora amaba, a su manera, pero sinceramente. A su hermosa Loretta, Ella le había defendido hasta la muerte, ocultando a aquel cien veces maldito Torpy que existiese él, Rocco. Tal vez el agente especial fue en busca suya. Pero no. Allí, en el periódico, indicaba claramente que él había «fenecido» en la lucha de aquella casa con sus hombres. Creían que estaba muerto, lo cual era consolador.

Muerta Loretta por Torpy... ¿Cómo habría luchado aquella espléndida mujer contra el maldito agente especial?... Y ya jamás la volvería a ver, a estar con ella, a recibir sus caricias, aunque a veces tuviese que golpearla.

Durante toda la mañana estuvo entregado a su dolor, un dolor especial, echando de menos a aquella mujer, de quien pensó no hacía mucho rato que tendría que matarla porque tal vez le estaba traicionando. Sentíase satisfecho con que Torpy hubiese liquidado a Francesco y a Guido. Dos cobardes, que eludieron la lucha cuando se hizo preciso.

¿Cómo vengarse de Torpy, aquel maldito agente especial que había exterminado su «gang»? ¿Cómo vengar la muerte de Loretta, la mujer a quién amaba?

¿No podría vengarse de él en una forma idéntica?

Una idea se le vino a la mente. Y sentado al lado de la estufa, fumando, solo, fue madurando su plan de destrucción de la felicidad de Torpy. Después lo mataría como a un perro.

AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

VII



OZIER, el dueño del Hozier Bar, aquella montaña de sebo con un puro habano en la boca, tuvo que «cantar» cuando se vio delante del inspector Yohun y el agente especial Torpy. Uno de los motivos de que lo hiciera fue el que su abogado Duke, a quién llamara para que le asesorase, no tuvo a bien acudir a City Hall, ante el

F. B. I.,

él sabría por qué, dejando así a su cliente desamparado. Los restantes motivos fueron el desplome de la moral de aquel granuja al verse solo ante aquellos dos hombres, acosado a preguntas, y la habilidad de éstos para hacerle declarar.

No hubo «tercer grado» con Hozier. «Montaña de Sebo», tan pronto se dio cuenta de que lo que deseaban Yohun y Torpy no

estaba relacionado con una acusación contra él, personalmente, sino que les dijera dónde se ocultaba Rocco y lo que de él supiera, vio el cielo abierto y su tremendo susto se aminoró considerablemente.

De valedor de «gángsters», con su cuenta y razón, hurtándoles a la acción de la Ley, se convirtió en el informador y «chivato» más parlanchín y oficioso que nunca vieron el inspector y Torpy, ni aun en los propios confidentes. Todo el odio y temor que tenía. Hozier contra Rocco se volcó en la perfecta información que les suministró respecto al nuevo físico del «boss», tan alterado, sobre todo por el lado izquierdo del rostro, y que ahora era tuerto. Cómo se encontraba acorralado y con muy poco dinero, y que realmente no sabía dónde habría ido a parar, porque cuando lo detuvieron a él, Hozier, Rocco estaba ante la barra del bar.

Vino después la segunda parte, que consistió en sujetar bien a «Montaña de Sebo» al mecanismo del

F. B. I.,

como confidente, o el inmediato proceso, tomando como base multitud de delitos, todos ciertos, aunque muchos de ellos indemostrables, cometidos por él, y su ingreso en breve plazo en el penal de Joliet por una cantidad de años no inferior a diez. Y Hozier, que, aunque era astuto, ignoraba hasta qué punto el

F. B. I.

estaba al tanto de sus tropelías, y no estando a su lado el abogado Duke para asesorarle, se pasó al bando contrario, aunque con la mental reserva de tener encendida una vela a Dios y otra al diablo en adelante. Sus mejores negocios los tenía al margen de la ley y no era cosa de perderlos.

Como resultado de la cordial entrevista entre Hozier y los del

F. B. I.,

«Montaña de Sebo», cuando regresó a su bar, todavía con el susto dentro del enorme cuerpo, llamó a varios «boss» a su despacho por medio de aquella colección de «gángsters» que haraganeaban en su establecimiento en busca de trabajo adecuado a sus facultades. Hozier era como un «boss» supremo de los demás «boss» dedicados al contrabando, a la falsificación de moneda, a la «protección», a los secuestros, a las drogas, etc. Ningún «boss» se negó a complacerle cuando él indicó la conveniencia de estar quieto durante una temporada en su actividad o que dejase en paz a cierto dueño de

club de noche, a quién se extorsionaba, porque era amigo suyo. Hozier era mal enemigo si se le llevaba la contraria. El «boss» que lo hiciese, se exponía a quedarse sin personal o a que alguno de sus hombres le liquidase. Hozier poseía oro, mucho oro, que sabía gastarlo cuando era preciso. Por eso, él tenía lo que llamaba su «cuenta corriente» en efectivo con cada «boss». El chantaje sobre sus actividades, que se sabía de memoria «Montaña de Sebo», y que cobraba puntualmente.

En su despacho, ante una docena de tipos de la «aristocracia» del hampa, en toda su variada gama, Hozier les comunicó una sola orden, tajante, indiscutible:

—Rocco constituye para nosotros una pesada carga, amigos míos. Vengo de la División del

F. B. I.,

donde he conferenciado —aquí Hozier se esponjó aún más, cosa que podría parecer inverosímil, dado su volumen— con el inspector jefe. Ellos quieren detener a Rocco sencillamente. Su prestigio está en juego. Dieron la alegre noticia de que Rocco había muerto, y esto no es cierto, como sabemos. La Prensa lanzó sus campanas al vuelo, como la radio, dando la sensacional noticia. Ahora se encuentran con que, no saben cómo decir a la Prensa y a la radio que se equivocaron, que ese estúpido hombre ha renunciado a una muerte casi gloriosa —rieron todos los «boss» el ingenio de «Montaña de Sebo»— y que es preciso que lo haga sin pérdida de tiempo.

El «*whisky*», distribuido generosamente, regó los gatzates de aquellos jefes de «gang», cada uno de los cuales se creía perfectamente seguro con la amistad de Hozier.

—A todos nos conviene, sin excepción, no disgustar al

F. B. I.

—siguió su sarta de mentiras «Montaña de Sebo», encendiendo uno de sus gigantescos habanos—. Yohun, el inspector jefe, me ha insinuado que a cambio de Rocco, muerto o vivo, sus agentes, especiales observarían una conducta... menos rigurosa que hasta ahora en lo referente a ciertas actividades vuestras.

Los «boss» se miraron unos a otros con sorpresa. Después convergieron todas sobre «Montaña de Sebo», que fumaba plácidamente, escudriñando sus ojillos cerdunos el efecto causado por aquella extraordinaria declaración en aquellos hombres, a

quienes estaba dispuesto a vender si el

F. B. I.

se lo pedía.

—Se impone, pues, amigos míos, por propia conveniencia nuestra ante todo, que os movilicéis a fondo para buscar, encontrar y entregar, muerto o vivo, a ese informal y demente Rocco. Es un caso de colaboración con el

F. B. I.

que nos redundará beneficios inmediatos si no somos tan locos que nos extralitemos en nuestras actividades, abusando de que los

«G-Men»

se hagan los distraídos. Nunca hasta ahora ha sucedido tal, pero es cierto que nunca hasta ahora vosotros habéis tenido un hombre, un consejero tan perspicaz y diplomático como... yo.

—Y eso, ¿cuánto supone, Hozier? —inquirió Schiavo, especialista en «protección» y enemigo mortal de Rocco, su competidor más peligroso en la misma especialidad.

—¿De honorarios por mi mediación? Nada —repuso dignamente Hozier—. Esta vez me atañe a mí también, como a vosotros, servir, en cierto modo, al

F. B. I.

Cobraré lo que es costumbre, amigo mío. Y como habrá más negocio, mayor será mi tanto por ciento, naturalmente. ¿Alguno de vosotros tiene algo que consultar? No admito discusión, en cuanto a la necesidad de cumplir lo que el

F. B. I.

pide. Hay que encontrar a Rocco y liquidarlo cuanto antes, entregando su cadáver al

F. B. I.,

sin decir nada a los periodistas. ¿Conformes?

Todos estaban muy conformes en que había que sacrificar a Rocco si con ello se veían libres del

F. B. I.

temporalmente y podían trabajar con más tranquilidad. A esto equivalían las palabras del diabólico Hozier, que prometía lo que era imposible cumplir: que el

F. B. I.

buscase arreglo alguno con los maleantes, y menos aún que les

permitiese a sabiendas seguir vulnerando la ley. Pero él había prometido ayudar a la captura de Rocco, personalmente, y nada mejor para sus fines que enredar en la búsqueda a sus asociados los «boss».

En virtud de aquella orden, los «gángsters» de Chicago, quizá por única vez en su vida, coincidieron en un fin mutuo con el F. B. I.

Cada «boss» impartió su orden imperativa a sus secuaces: buscar a Rocco, liquidarlo y comunicar a Hozier la noticia, expresando dónde se encontraba el cadáver.

Centenares de hombres y mujeres, en Cícero, en los barrios extremos, en el Quarter negro, en el latino, en el chino, incluyendo negros, latinos y chinos, todos «gángsters» y confidentes de «gangs», abandonaron temporalmente sus diversas ocupaciones transgresoras de la ley para servir al

F. B. I.,

que ignoraba en absoluto tal ayuda. Era, desde luego, una ayuda formidable la que iba a recibir. Hozier, «superboss», demostraba ahora su influencia y su poderío gracias a su miedo cerval al

F. B. I.

En tanto, Torpy, sólo buscaba a Rocco sin desmayo. Ya se había enterado, por Hozier, que aquel hombre con quien chocó la noche anterior a la salida del Hozier Bar, era ni más ni menos que Rocco. Y, se maldijo por su torpeza, aunque hubo de reconocer que el Rocco que tuvo sujeto por las solapas, con unas gafas negras que ocultaban casi la mitad de su rostro, y con aquella horrenda cicatriz en el lado izquierdo del rostro, era diametralmente opuesto al Rocco que aparecía en las «fotos» de las fichas policiacas, y al que apenas entrevió cuando el asalto a la casa, días pasados. Ahora sí; si volvía a verlo, ya no vacilaría en echarle la mano encima.

Interrogó a los «taxistas» que habitualmente paraban en un lugar cercano al Hozier Bar, por si alguno de ellos fue alquilado por Roco. Les dio una descripción, ahora fácil, del «boss», y uno de ellos aseguró haber llevado a tal tipo, la noche anterior, a Randolph Street en su coche.

—¿A qué punto de Randolph Street? —inquirió Torpy.

—Se bajó cerca del restaurante Quincy. Le estuve contemplando un buen rato, porque la verdad es que jamás vi un tipo con cara ni

siquiera parecida a la suya —contestó, el «taxista», sonriendo—. Estuvo él mirando a su alrededor, como si no supiera qué hacer ni dónde ir. Finalmente, se metió en Quincy y yo me fui, dictándome que si ese hombre me alquilase otra vez para ir lejos de Chic le diría que le llevase su mamá. ¡Vaya cara!

Torpy subió a su coche oficial y se encaminó rectamente a Randolph Street. Entró en Quincy y estuvo hablando con los camareros. Era cierto que había cenado allí Rocco la noche anterior y que estuvo buen rato, después de sobremesa, fumando y como pensativo. Su cara era imposible de olvidar. Después, claro, dijo el camarero que le sirvió, se marchó. No sabía qué pudo hacer Rocco una vez fuera del establecimiento.

Y Torpy, también fuera del restaurante, miró a un lado y a otro, un tanto decepcionado. Si la investigación quedaba cortada allí mismo, cuando se las prometía muy felices. Había seguido la pista de Rocco hasta allí, pero un hombre sólo en Rudolph Street, en las primeras horas de la noche, con su inmenso tráfico de peatones, coches y «buses», era tan difícil de localizar en su marcha como lo fuera en la Quinta Avenida neoyorquina.

Suponiendo que Rocco, al estar huido, sin saber dónde dirigirse, emplearía los «taxis» como medio casi seguro de locomoción, igual que hiciera en West Cermack, casi a la puerta del Hozier Bar, se dedicó a interrogar a los «taxistas» que por allí cerca tenían su punto de parada. Si había tomado algún coche, asiduo a aquellos puntos de estancia, era seguro que le darían noticias de Rocco. Su horrible rostro era difícil de olvidar una vez visto. Esto constituía para Rocco, en contra de lo que él creyera, como un punto de referencia infalible para localizarle.

Pero el «taxi» que tomara Rocco para dirigirse a casa de Mae la noche anterior no tenía su parada habitual allí, por lo visto. Ningún «taxista» supo darle referencias de lo que le interesaba. No habían admitido a semejante tipo la noche pasada en sus coches. Quizá lo hizo algún «taxi» que llegó allí de pasada, o también alguno de los habituales, pero que ahora estaban en servicio, circulando por la ciudad. Desde luego, preguntarían a los demás «taxistas» ausentes de momento y lo telefonarían al

F. B. I.

si había algo satisfactorio.

Torpy se encontró sin saber qué hacer. Rocco se había esfumado de nuevo, absorbido por la inmensa ciudad. Un hombre huido, si posee dinero, puede dar guerra en una gran urbe, con sus idas y venidas continuas, sus desapariciones casi misteriosas cuando se le cree acorralado. Tiene a su alcance muchos medios de locomoción y una cantidad casi infinita de sitios donde estar —cafés, bares, «cines», teatros, lugares de esparcimiento, parques, playas, tugurios casi desconocidos— de día. Por la noche es peor para el perseguido, pero aun así, mientras siga solo y con dinero en abundancia, puede ir soslayando la ratonera final.

El agente especial comunicó por teléfono a Yohun lo que le ocurría. Rocco se esfumaba...

—Voy a ponerme al habla inmediatamente con todas las empresas de «taxis» para que comuniquen a sus conductores cómo es nuestro «amigo» y denuncien su presencia. Creo que sea una buena medida, que podrá extenderse a los «buses», el elevado y los demás medios de transporte. Oiga, Norman, hay otra cosa que me van comunicando los confidentes que están siempre a la mira de los maleantes, y que no sé si tendrá relación con este asunto nuestro. Es que las liebres...

—¿Los maleantes, los «gángsters»? —quiso aclarar Torpy.

—Claro, hombre. Pues es que están como agitados, inquietos. No concurren apenas a los bares y lugares donde habitualmente se reúnen mientras les sale «trabajo». Entran y salen, y se hablan quedamente, como repartiéndose órdenes. Algo un poco inexplicable y que hay que vigilar. Uno de los confidentes asegura que es que buscan a alguien con gran empeño. Más tarde puede ser que me lleguen informes más completos sobre esta extraña actividad de las liebres, que parecen más disciplinadas que de costumbre.

—¿Quiere decir usted que todos tienden a un mismo fin, por lo visto?

—No sé, ciertamente... Pero es lo que parece, por lo que me van diciendo. Siga usted sus pesquisas, Norman. Vaya a ver a Hozier y recuérdale su promesa, no crea que nos va a burlar.

Colgó Torpy el aparato preocupadamente. Le interesaba más aquella noticia de la inquietud de los maleantes, al parecer de la mayor parte de ellos, que de buscar a Rocco. Era un fenómeno tan

curioso cómo extraño, solamente apreciable por los confidentes, aquella fuerza misteriosa, invisible, eficaz, a la que todas las Policías del mundo recurren. Los confidentes son como el pulso de los servidores de la ley. Donde no los hay, la Policía anda como un ciego, a tientas, por muy bien que conozca los lugares por dónde tiene que discurrir. Son el lazarillo que todo lo ve, lo oye, lo huele.

Eran las doce y media ya, y cuando penetró en el Hozier Bar, lo primero que hizo fue ir a los «automáticos» y servirse unos cuantos emparedados de carne «Swift» frita con patatas «*soufflés*», café muy caliente y una copa de «*whisky*». El tiempo seguía siendo pésimo, aunque ya no nevaba.

Hozier, sentado en su alfa banqueta, marcando cifras en su registradora, le miró curiosamente mientras devoraba sus emparedados. Y cuando el joven fue hacia la barra, portando la copa de «*whisky*», ambos se contemplaron fríamente. «Montaña de Sebo» jamás perdonaría al

F. B. I.

el susto que le dieron y los ingresos que dejaría de obtener en sus negocios sucios, ya que estaba tan estrechamente vigilado. Y lamentaba sinceramente no poder ordenar a Kid, su guardaespaldas, que metiese unas pulgadas de su cuchillo en el corazón de aquel joven tan entremetido.

—¿Qué hay, Hozier? —preguntó Torpy afablemente al dueño del bar, que fumaba glotonamente su inmenso habano.

—Nada de particular, mi joven amigo —contestó, con su mejor sonrisa—. ¿Otra copita de «Blue Label» por cuenta de la casa?

—Vaya por otra. Gracias. Recuerdos del viejo, ya sabe... —Le guiñó un ojo—. Me ha dicho que va a tener que molestarle de nuevo, si las cosas no van como él pensaba.

—Cuando quiera. No faltaba más —contestó Hozier, palideciendo un poco—. No dejo el asunto de la mano, y dígaselo así de mi parte. Es posible que dentro de muy poco le pueda enviar el género que desea, y creo le gustará.

—¡Hum! Oiga, parece que entre los amigos —miró a su alrededor, a las casi vacías mesas, siempre llenas habitualmente de maleantes ociosos— hay algo extraño, ¿no? ¿Se va la clientela, viejo?

—¡Oh, no tiene importancia! Van y vienen, aburridos, buscando

la forma de ganarse honradamente —rió quedamente, oscilando su enorme vientre— unos dólares.

—Eso parece que está sucediendo en todos los sitios donde se reúnen —insinuó Torpy socarronamente, mirando fijamente a Hozier—. Es extraño...

«Montaña de Sebo» se encogió de hombros. Pensaba si tendría que volver de nuevo ante Yohun, el inspector jefe, dejándose, de requilorios y teniendo que dar cuenta de sus gestiones para encontrar a Rocco. No le convendría decir que había conmocionado a los «boss», lanzándoles a la busca del italoamericano, porque sería tanto como indicar que estaba en estrecha connivencia con ellos y que era tan granuja como los más granujas.

—¿Nada nuevo, Hozier? —insistió secamente, y el obeso personaje se estremeció, porque la voz del agente especial revelaba impaciencia y verdadera amenaza, que era la del

F. B. I.

en fin de cuentas.

—Vuelva esta noche —repuso quedamente, ya al otro lado del mostrador y acodado en él—. No me abrumen, por favor... Estoy al lado de ustedes, créame.

—¿Qué pasa entre esta gentuza? —preguntó el agente especial duramente—. Usted lo sabe...

—Una oleada de pánico. A veces, sin motivo justificado, creen que la Policía les anda buscando. Y mutuamente se alarman, creyendo que va a tener lugar una redada. Se ausentan, van como atontados, indagando... Nada de particular. Tal vez sea todo provocado por la tracción del «gang» de Rocco. Cada «boss» creará que ahora le toca la vez y licencia a sus muchachos.

—Como ocurra algo que no sea eso, Hozier, prepárese a bajar de peso cincuenta libras, cuando menos —dijo Torpy con las mandíbulas apretadas—... No se crea tan listo que nos pueda engañar... Estamos esperando una información de Washington respecto a cierto distribuidor de estupefacientes...

—Yo... yo, jamás, jamás... balbució Hozier quitándose el habano de la boca y mirando con espanto al agente especial. —No temo... nada de eso.

Torpy sonrió, se bajó de la banqueta y salió del bar lentamente, mirando al pasar la escasa concurrencia que había allí, cuando otros

días, a aquella hora, estaba abarrotado de maleantes.

Hozier subió de nuevo a su banqueta mientras lanzaba una mirada de odio terrible a Torpy. Bien cogido le tenía el

F. B. I.,

bien... ¡Qué había de ser él tan listo como para engañarles! Y precisamente en aquello de los estupefacientes, del informe que esperaban de Washington, donde «dormía» un expediente incoado contra él por tenencia ilícita de drogas, desde hacía un año, gracias a que él había «engrasado» a ciertos abogados... Si ahora lo sacaba a relucir el

F. B. I.

era fijo que unos años de cárcel le tocaría pasar.

Dejó la banqueta y penetró en su despacho, en la trastienda. Marcó un número en el teléfono y esperó.

—¿Magnus? Aquí Hozier. ¿Qué hay de eso? —dijo con voz autoritaria.

—Buscando, viejo. Hasta ahora, nada.

—¡No puede ser! ¡Hay que encontrarlo, Magnus! ¡Manda que busquen mejor! ¡No dejes pasar el tiempo tontamente! Cada dos horas dime cómo va la cosa.

Colgó y volvió a marcar rabiosamente, sudando grasa su estrecha frente.

—¿Schiavo? Aquí Hozier. ¿Cómo va eso?

—Nada hasta ahora. No sé si estará en «Chic», pero no aparece.

—¡Idiotas! ¡Nos estamos jugando la libertad y el poder hacer buenos negocios! ¡No des descanso a tus hombres hasta que aparezca ese maldito! Cada dos horas infórmame lo que haya. Ofrece a tus muchachos... mil dólares, si lo hacen pedazos hoy mismo. A mi cuenta el premio, muchacho.

—De acuerdo —repuso, Schiavo, que ya pensó en ofrecer a sus hombres la mitad del premio y quedarse él con la otra mitad.

Y «Montaña de Sebo», aterrorizado por el

F. B. I.,

fue telefoneando a todos los «boss» y confidentes suyos, instigándoles a una mayor premura en la busca y muerte de Rocco.

No muy lejos de allí, en la Central telefónica de Cícero, un agente especial, que tenía intervenida la línea telefónica del Bar Hozier, grababa en cinta magnetofónica la conversación de Hozier

con los primates del hampa, estrechando así el anillo en torno al abultado cuello del «superboss».

El inspector Yohun, en su despacho de la División, tomaba nota, por teléfono, sonriendo triunfalmente. Nunca una caza de liebres auténticas, en las llanuras de Illinois, le había agradado tanto como aquella de liebres con piernas y figura de hombre. Pero aquello quedaba para más adelante. No escaparía ni uno. Ahora lo primordial era capturar a Rocco, el «muerto» resucitado. Y aquella gentuza le estaba ayudando con todas sus fuerzas a ello. Una cosa le sorprendía un poco, y era la torpeza de Hozier, o quizá su pánico irresponsable, al hablar por teléfono desde su propio bar de la manera que lo hacía.

No era tan listo como parecía aquel cerdo con habano en la boca.



NIÑO:

Ahora estás a tiempo de coleccionar

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

VIII



AE estaba trabajando en casa de la señora Pattison como asistente, haciendo sus tareas habituales: ayudar a cocinar a su ama, limpieza de la casa y arreglo, y bajar a algunos recados. Olivia, la hija de la señora Pattison, y novia del agente especial Torpy, también trajinaba con Mae y después se dedicaba a escribir artículos literarios para una revista de modas y hogar, de la que era colaboradora, percibiendo buenos ingresos por ello.

Pero aquel día, Mae estaba un tanto trastornada. El haberse encontrado con Bandolino Rocco, después de los años, y que éste llegase a su casa pidiéndola cobijo, huido, temeroso de la Justicia, derrotado, era algo que la había hecho perder la tranquilidad. Aquella tranquilidad con tanto esfuerzo lograda, a fuerza de arrepentimiento de sus malas obras, de emprender el duro camino

de la rehabilitación sin desmayo, confesándose autora de delitos y pagando su deuda, dirigiendo entonces su angustiada mirada a Dios, de quién se olvidó tantos y tantos años.

La presencia de Rocco la había perturbado hondamente. Habían vuelto recuerdos que ella pretendió a toda costa alejar de su mente, por considerarlos bochornosos, indignos de una mujer decente. Recuerdos de hechos y amores. Y Rocco, al entrar en su casa, fue como un retroceso al pasado, No sabía si se alegraba de volverlo a ver. Sentía dolor, sí, al verlo todavía hundido en el cieno del que ella logró salir; y muy hundido, puesto que huía de la Justicia y no encontró dónde meterse más que en su casa.

Pero aquella situación no podía considerarse como definitiva, ni para ella ni para Rocco. Mae no quería tenerlo indefinidamente en su casa. No era su marido, ni ningún pariente. Y la honestidad que no sintió ni tuvo de joven, la sentía ahora y la tenía, porque la verdad había entrado en su corazón y con ella la decencia, la honradez y sólidas creencias religiosas. Bandolino no podía seguir así. El que hoy estuviese alejado de los resultados de la tormenta que desencadenara contra los servidores de la Ley no quería decir que en adelante no corriese idéntico peligro.

Había que salvarle, que sacarlo de aquella vida horrenda, como se salvó ella. Él era un hombre y lógicamente habría de tener más valor y resignación para afrontar las consecuencias de su mala vida. Pero después quedaría limpio, tranquilo, digno, como quedó ella, para ir a todas partes con la cabeza erguida, pedir trabajo y obtenerlo honradamente.

¿Qué eso suponía pasar un mal trago? Desde luego. Ella también lo pasó. Mucho miedo, mucha vergüenza, mucho no elevar la mirada ante las personas encargadas de fiscalizar sus actos. Y pagar la deuda, como ella la pagó. ¡Pero después, Dios santo, cuánta tranquilidad en el alma enferma!

Bandolino había dicho, y ella le oyó bien, que estaba casi retirado del triste oficio de maleante. Que no había hecho ahora sino pelearse con algún agente, golpearlo, con motivo de una riña entre malhechores. Nada excesivamente grave, por lo que explicó. Y claro, tenía el temor de que le cogiesen y nuevamente fuese a la cárcel, aunque sería por poco tiempo, desde luego. Sí; Lino, cansado, desmoralizado, derrotado, ya no era aquel hombre que ella

conociera. No había más que verlo, aparte de sus terribles cicatrices y la falta del ojo. Era un hombre que, como el perro hambriento, sin un hogar donde echarse a dormir, tullido de sus peleas con los demás canes, solicita humildemente un rincón, una caricia y ser perdonado de su falta de amor a sus dueños, de sus escapatorias en busca de aventuras.

Y aunque Mae le había prometido no decir nada a Olivia ni a su madre de que lo tenía en casa, ni de hablar de él en absoluto, estaba pensando todo lo contrario. Lino tenía un terrible temor a comparecer ante la Ley, claro. Pero si su delito era tan pequeño, porque los grandes, los de su juventud, ya los purgó en la cárcel, como los pagó ella, ¿por qué no tenderle una mano caritativa y sacarle de aquel tremendo atolladero, no tan tremendo como él creía? ¿Un mes, dos, tres, de prisión menor? ¿Alguna faltilla más, que ocultara vergonzosamente el pobre hombre aterrado? Bueno, pues para eso estaba ella, y con ella y la señora Pattison, y Olivia, aquella encantadora muchacha. Para influir cerca de Norman Torpy, el bravo y noble muchacho, que tanto la ayudó a ella a salir del abismo. Torpy podía hacer mucho por Lino. Tenía influencias considerables en el

F. B. I.,

en el Departamento de Justicia. Aliviaría las penas que recayesen sobre Lino, que no podían ser ni muchas ni graves.

Y Mae estuvo todo el día, mientras trabajaba, pensando todo esto. ¡Qué gran felicidad para ella sería el que Lino, por su mediación, volviese al recto camino que ella llevaba ya! Que fuese por ella misma, aquella mujer que antaño pecó con él y llevó la misma vida infame que él. Poderle decir: «Lino, yo siempre deseé que tú no fuese un hombre indigno, un malhechor, aunque yo lo fuera. Ahora vas a ser como yo. Honrado, decente, digno. Sufre un poco más y Dios te ayudará como me ayudó a mí». Y salvarlo; salvarlo aún contra su voluntad temerosa. Porque él tenía ahora solamente temor, mucho temor a la Justicia. Abultaba su terror, el pobre, sin pensar que la falta era leve. Quizá agravada por la huida, por el temor animal al castigo. Pero no era para tanto, Señor... Norman Torpy se reiría cuando se lo contase.

¿Debía decírselo? ¿No creería Lino que le había traicionado, ya que le prometió callarlo todo?

Se lo diría a la señora Pattison y a Olivia. Y que ellas, tan buenas, tan caritativas y creyentes, la aconsejasen. Era lo mejor. Lo mejor, y lo iba a hacer ahora mismo. Se trataba de salvar a Lino, el aterrado, la pobre bestezuela errante, que pedía asilo por caridad.

Ya cerca de las seis de la tarde, terminada ya su faena y haciendo los preparativos para marcharse, entró en el gabinete donde la señora Pattison y Olivia estaban. La joven, escribiendo sus artículos en una máquina de escribir. La anciana, leyendo.

—Si no me mandan nada más... —dijo con su voz dulce, resignada, baja la mirada—. He terminado por hoy.

Olivia, bella, de rostro inteligente, la miró sonriente con sus grandes ojos grises, azules si la luz les daba de frente.

—Nada, Mae, nada. ¿Está usted enferma? ¿O muy preocupada? Hoy la he encontrado un poco extraña... Espero que no sea nada de particular.

—También yo —afirmó la señora Pattison, mirando a Mae fijamente— he notado algo de eso. ¿No nos lo puede decir?

Mae se sonrojó. Quiso ocultar su honda preocupación, pero ellas, inteligentes, la habían notado. Bueno, era lo que ella deseaba; hablarlas, ¿no? Pues era el momento.

—No niego que estoy, en efecto, preocupada —dijo, balbuciente, dando vueltas a su bolso de piel, regalo de Olivia—. Es una cosa... conmovedora. He visto a un hombre...

Olivia frunció el ceño cómicamente. La señora Pattison abrió la boca, un poco asombrada.

—¿Se casa, Mae? —dijo Olivia, con voz que intentó fuese natural—. ¿Flechazo? El amor es una cosa conmovedora, desde luego.

—Calla, tonta —murmuró la señora Pattison sonriendo—. Déjala que se explique. No la haga caso, Mae.

—No, no es eso, señorita Olivia —contestó Mae ruborizándose—. A mi edad esas cosas... Ha sido que he tenido un encuentro con un hombre. Un hombre que ha sido... lo que yo fui de joven, ya sabe. Dado a la mala vida. Yo fui, esto... —Bajó aún más la mirada, esto... amiga...

—¿Y qué le pasa a ese hombre, Mae? —inquirió la señora Pattison, cortando la angustiosa explicación de la mujer.

—Pues que ha pegado, según me ha dicho, a algún agente

cuando él regañaba con otros hombres como él... así de malos. Siento una gran lástima por él señora Pattison, señorita Olivia. Tiene un gran temor. Como yo lo tuve, recordarán... Volvería a la buena vida, estoy segura, si buenas almas supiesen comprenderle. Tiene mucho miedo. Yo creo que demasiado.

—¿Hace mucho tiempo que se dedica a ese género de vida? ¿Ha cometido delitos graves? —preguntó Olivia, comprendiendo los deseos de Mae.

—Cuando era más joven fue «gángster». Pero estuvo en la cárcel y pagó sus culpas. Yo, por entonces, le... ayudé. Nunca quise que fuera así. Le quería. Ahora está retirado, casi retirado, para repetir sus propias palabras. Es la ocasión de apartarle de esa mala vida, señorita Olivia. Pero tiene miedo de entregarse, de comparecer ante el Tribunal. Yo me digo que por esa falta no puede ser mucho, ¿verdad? Y pensé...

—Bien pensado, hija —murmuró la señora Pattison—. Olivia, cuando venga luego Norman, háblale de este asunto y que vea lo que se puede hacer.

—¿No sería bueno, Mae, que el señor Torpy hablase con el interesado? —Indicó Olivia—. Le aconsejaría lealmente. Su amigo debe entregarse sin pérdida de tiempo y reconocer su falta. Quizá mi novio le acompañase y pudiera pedir para él benignidad, en lo posible.

—Tiene mucho miedo. No sabe que yo pensaba hablarles a ustedes. Me pidió que no dijese nada, nada. Ni que le he visto. Está destrozado moralmente...

—Claro. Pero debe considerar él que aumenta su culpabilidad eludiendo la responsabilidad contraída. Si le ve, dígame que vaya a la División y pregunte por mi novio. Yo le hablaría, Mae, y si es tan leve el delito...

—Gracias, señorita Olivia. El pobre Lino se merece...

—¿Lino? ¿Es italiano?

—Italoamericano. Yo le llamo Lino, pero se llama Bandolino. Bandolino Rocco. Se merece...

Olivia y su madre se miraron en silencio, palideciendo, estupefactas. Mae, con la vista baja, dándole vueltas a su bolso, no vio aquellos dos rostros que expresaban el asombro y la consternación.

—Bien, Mae —dijo Olivia, aparentando tranquilidad y contemplando con miseratadamente a la asistenta—. ¿Y... sabe usted dónde vive? ¿Volverá a verle? Quizá mi novio fuera a visitarle...

La señora Pattison lanzó a su hija una mirada de reproche. Consideraba como algo incorrecto sonsacar a la infeliz Mae el paradero de Rocco.

—Quizá podría, sí... —Mae luchaba penosamente entre callar que le tenía en su casa o decirlo. Había prometido a Lino no decir nada. Debió advertirle quizá que haría aquella gestión en su favor. Y decir que tenía a Lino en su casa, a aquel hombre que fue aquello en su juventud, parecía tan poco digno... Podrían creer que volvía a las andadas, a sus años...—. Yo le diré a Lino esto, y...

—No, Mae. Si está tan temeroso, probablemente su temor aumente y deje usted de verle —dijo Olivia con voz firme, rehuyendo mirar a su madre, que se mostraba agitada, angustiada—. Mejor será que mi novio vaya a verle. Los hombres se entienden mejor hablando a solas. Pero, como guste, Mae. No le diga que nos ha hablado, ¿eh? Yo consultaré con Norman y cuando venga mañana lo acordaremos todo.

—Sí, sí, señorita Olivia. Gracias por todo. Yo daría cualquier cosa por salvar a Lino de la total perdición. Le amé mucho, aunque ahora me avergüence de ello, pero algo ha quedado —sollozó quedamente, sobando su bolso— y creo que Dios se sentirá contento de que yo intente pagarle lo mucho que le debo con esta buena obra. Gracias, señora Pattison, señorita Olivia. Son ustedes muy buenas. Hasta mañana, y gracias, gracias.

—Hasta mañana, Mae —dijo Olivia, sonriéndola forzosamente.

—Adiós, hija —murmuró la señora Pattison—. Que Dios la bendiga.

Sintieron cerrarse la puerta del piso, mirándose madre e hija silenciosamente. Y luego Olivia se dirigió apresuradamente al teléfono, instalado allí mismo, sobre una mesita.

—¡Olivia! —exclamó Ethel, muy pálida—. Hemos traicionado la buena fe de esa pobre mujer... ¿Qué vas a hacer?

—¡Oh, madre, calla, por Dios! —murmuró sordamente Olivia, dejando de marcar en el disco del teléfono para mirarla con los ojos muy brillantes de excitación—. ¡Avisar a Norman! Mae sabe dónde

está Rocco, ¿no comprendes? Le está buscando como un loco. Jugándose la vida...

—Sí, hija, sí, pero a Mae la hemos engañado, ocultándola todo. Esa desdichada, con no leer nunca los periódicos, no sabe cómo es ese hombre. Le ha amado y le sigue amando. Mae no sabe que le persiguen a muerte —gimió la anciana—. Me parece una deslealtad, una hipocresía con Mae, la pobre...

—Madre, nosotros no podemos convertirnos en encubridoras de ese hombre terrible —afirmó Olivia, pálida también, comprendiendo lo que pasaba por el alma de su madre—. Puede seguir asesinando. Puede matar a Norman o a otros hombres de bien. ¿Comprendes bien, madre? ¿Llamo a Norman?

—Llama, hija —replicó Ethel, retorciéndose las manos—. Creo que es nuestro deber. Pero, pobre Mae. No podré soportar su mirada de reproche cuando lo sepa y venga.

Olivia lanzó un ahogado suspiro y marcó en el teléfono el número: Ra 6-2150, de la División del F. B. I.

—¿Está el señor Torpy, por favor? —dijo con voz trémula, cuando una voz preguntó quién llamaba—. De parte de Olivia. Gracias.

Unos segundos después, madre e hija oyeron la voz del agente especial:

—Hola, hola, querida. Iba a, salir ya para ahí. ¿Qué hay?

—Norman... No vengas. Mira, Mae, la asistente, ¿sabes?

—Sí. Mae, la asistente. ¿Qué le ocurre?

—Pues que sabe dónde está Rocco. Ha hablado con él...

—¡Dios! ¡Vaya con Mae!

—No, no, Norman. ¡Pobre mujer! Ella no sabe lo que ha hecho Rocco. Le amó cuando eran jóvenes, comprende... Mae quisiera llevarlo al buen camino. Nos ha hablado en tal sentido. Que si tú podrías mediar, y todo eso. Rocco le ha contado que no ha hecho nada malo, que está retirado de esa vida. Que tiene miedo...

—¡Granuja!

—Rocco no sabe que Mae nos ha hablado. Ella lo ha hecho con la mejor intención, porque cree que ese hombre solamente ha agredido a un agente. Y ella, Norman, sabe dónde está Rocco. Mamá está avergonzada porque cree que esto es una traición, una

deslealtad para con Mae...

—No hay elección, querida. Ese hombre no puede estar en libertad, asesinando, cometiendo delitos. Por culpa suya cuatro camaradas han muerto. Voy a vigilar a Mae. Por más que me figuro dónde estará metido Rocco...

—En casa de Mae, ¿verdad? Me lo he figurado yo también. ¡Ten cuidado, Norman! No vayas solo. Y mira por esa pobre mujer...

—De acuerdo. Gracias, querida. Dile a tu madre que puede dormir tranquila. Ocultarle a Rocco de nuestras manos es como ser su cómplice. Será lamentable lo que sucede con Mae, pero hay cosas mucho más lamentables y terribles. Cuatro camaradas murieron por su culpa. Adiós.

Olivia colgó lentamente el aparato y miró largamente a su madre, que no levantaba la vista del suelo mientras movía la blanca cabeza con tristeza.

—Es por esa pobre mujer, hija —murmuró cansadamente—. Por su buena fe, su cariño, que ahora parece maternal, por ese infame hombre. Pensará que Dios la abandona de nuevo.

—Pensará que Dios lo ha querido así, madre. Rocco la está engañando, ya lo ves. Y le habrá pedido asilo sin mirar que la comprometía. No siempre es placentero servir a la Justicia. El mismo Norman sentirá mucho tener que matar la ilusión de la pobre Mae, engañada.

Rocco, situado frente a la casa donde vivía Olivia, la novia de Torpy, vio salir, después de las seis, a Mae del portal de aquella casa. La tonta Mae, que iba sonriendo jubilosamente, Dios sabría por qué...

Se ocultó bien, para que ella no le viese, en un portal. Pasó cerca de él, y Rocco vio su sonrisa, sus grandes ojos, llenos de alegría. Y parecía como si hablase quedamente, o quizá rezase. Mae se había vuelto imposible de boba, de creyente. Bien la habían engatusado aquellas gentes «de bien»... Bueno, a él tampoco le había ido mal con que ella se hubiese vuelto así. La había engañado como si fuese una niña. Todavía sentía por él aquel amor del que se valió para explotarla.

Cuando Mae desapareció, ya en la anochecida, con los reverberos encendidos, Rocco salió de su escondrijo, ya con la pistola en el bolsillo de la trinchera. Había ido allí a hacer algo que

le doliese a Torpy muy en lo hondo del corazón. El maldito agente mató a su Loretta, ¿verdad? Bien, pires él iba a hacer lo mismo con su querida novia, aquella bonísima Olivia, de quien la imbécil de Mae se hacía lenguas. Y así ya estarían iguales Torpy y él. Sabiendo ambos lo que es perder a la mujer amada, asesinada...

Subido el cuello de la trinchera y muy metido el sombrero flexible, con el ala bajada por delante, cruzó la calle y fue al portal de la casa, al número 543. Torpy estaría buscándole como un loco por todo Chicago, sin encontrarle, por supuesto. Y mientras tanto, Olivia, su adorada novia...

En la especie de tablón fijado en la pared, dentro del portal, miró el piso donde vivía la señora Pattison. Estarían solas las dos mujeres. No había visto subir a nadie en el largo rato que llevara vigilando la casa. Solas las dos mujeres... La madre viendo morir a la hija.

Era en el piso segundo. Y subió por la escalera, desdeñando el ascensor. Tentando la pistola, sin el seguro ya. Sonriendo infernalmente, y mostrando el colmillo lobuno, bajo el labio superior horrorosamente levantado.

Se alegraba de tener aquel rostro espantoso, aterrador. Se morirían del susto aquellas dos mujeres con sólo verle.

Llamó al timbre eléctrico con decisión. La mano metida en el bolsillo de la derecha de la trinchera, apretando la culata de la automática. Oyó unos pasos ligeros, leves, de mujer joven. Olivia...

Se abrió la puerta. Era Olivia, sin duda alguna. Muy bella, muy buen tipo, con su pelo gris rubio estupendo.

—¿Señorita Olivia Pattison? —dijo Rocco, sonriendo mientras penetraba en el «hall», apartándose ella y mirándole con asombro y un comienzo de horror en sus admirables ojos.

—Sí... ¿Qué... desea? —preguntó la joven, dando un paso atrás. A su memoria llegó la descripción que le diera Norman de cómo era actualmente Rocco. Las gafas negras, ocultándole los ojos. La terrible cicatriz en el lado izquierdo de la cara. Un rostro horrible, inhumano...

—Tanto gusto —dijo Rocco, y su mano izquierda empujó a Olivia por un hombro, sin dejar de sonreír, de mostrar su colmillo de bestia carnicera—. Vamos para adentro, niña... ¡A callar! ¿Está su mamá? Quiero conocerla...

Olivia, espantada, se echó para atrás, rehuyendo aquella manaza velluda, poderosa, que parecía destilar sangre. Y muda de terror, fue retrocediendo por el pasillo, oprimiéndose el pecho con ambas manos.

—¿Quién es, hija? —Una voz un poco inquieta sonó en el gabinete—. ¿Quién es?

—Gente honorable, vieja. ¡A callar se ha dicho! —Gruñó Rocco, mientras iba empujando, sin tocarla, a Olivia hacia aquella estancia.

—¡Dios mío! —exclamó Ethel al ver a Rocco, a aquel gigante de rostro demoniaco—. ¡Olivia, hija! ¿Quién es usted... usted? ¿Qué preten... de?...

—¡Conocerlas, diablos! —rezongó Rocco, riendo fuertemente, gozoso por el terror que inspiraba—. ¡Asentarse! ¡Y hablando bajito...!

Se sentaron ellas, muy juntas, en el sofá, como hipnotizadas, mirando con horror a Rocco. Éste también se sentó, frente a ellas, en una silla, metida la mano en el bolsillo de la trinchera.

—Usted es la novia de Torpy, mi buen amigo, ¿eh? —fue hablando el «boss» sin «gang», con voz sarcástica y apuntando con un dedo a Olivia.

—Sí. Soy su novia —declaró con creciente animosidad la joven—. Y estoy orgullosa de serlo. Usted es Rocco, claro...

El «gángster» soltó una risotada, lleno de vanidad, fijo su único ojo en la joven.

—¡Claro que sí! ¡Y orgulloso de serlo, encanto! Confiese que no esperaba que yo tuviese este rasgo de audacia. ¿A que no lo esperaba? ¡Conteste!

—Confieso que le tengo lástima, Rocco —murmuró Olivia, mirándole serenamente—. Nada más que lástima. No puedo admirarle, de veras...

—Es usted muy desgraciado, hijo —dijo débilmente Ethel, haciendo un gesto de amistosa reconvención—. Empeora su sitúa...

—¡Fuera idioteces! —rugió Rocco levantándose y sacando la pistola del bolsillo—. ¡No soy esa idiota de Mae! ¿Sabe a lo que he venido? ¿Lo sabe? —Se adelantó hacia Olivia, apuntándola con el arma, rojo de ira.

—A nada bueno. —A matar a dos pobres mujeres, será. Es lo único que puede hacer un cobarde...— contestó Olivia, lívida, pero

firme, mirando fijamente a Rocco. —Vengar en nosotras las derrotas que le inflige Torpy, que es un hombre, más hombre que usted. Usted le huye...

—Torpy mató a mi novia, a Loretta —rugió Roco, babeando espuma por la torcida boca—. ¡La mató él! ¡Y quiero imitarle!

—¡Mentira! Norman no la mató. Ella luchaba con él y uno de sus hombres disparó y la hirió en la espalda mortalmente. Fue uno de sus «gángsters» y no Norman.

—¡Mentira! Pero es igual... —murmuró Rocco, encogiéndose de hombros—. ¡Loretta murió luchando contra Torpy! Era una valiente, y no usted, ridícula, que parece de esa crema que se echa en el café... ¡Ella luchó contra el maldito cobarde de su novio! ¡No me delató y murió por mí!

—¡Y yo!... —gritó Olivia, rojo su bello rostro de ira—. ¡Tenga y vea si no lucho! —Y levantándose rápidamente, extendió su brazo y con la pequeña y delicada mano cruzó la horrenda faz de Rocco—. ¡Canalla! ¡Asesino!

—¡Hija! —gritó con todas sus fuerzas Ethel, levantándose a su vez, pugnado por apartarla de todo contacto con aquella bestia, que reía estruendosamente—. ¡Maldito asesino! ¡No me la mate! ¡Hija!

Rocco golpeaba a placer a ambas mujeres con la mano izquierda, teniendo en la diestra la pistola. Olivia, con el pelo sobre la cara, recibiendo tremendas bofetadas, se le iba encima, pretendiendo desarmarle. Y Ethel la ayudaba, sollozando, deseando para sí todos los golpes que la hija recibía.

—¡Ya está bien, niña! —gritó Rocco unos segundos después, empujándolas violentamente—. Ya me he divertido... Ahora, lo mismo que Loretta. ¡Que sufra Torpy como sufro yo!

Disparó la pistola sobre las dos mujeres, caídas en el suelo, abrazadas, aterradas. Vio sangre un segundo después, sobre el «*parquet*» de madera encerado. Gritaban las dos en forma espantosa, sembrando seguramente la alarma.

Asustado, corrió por el pasillo velozmente, en busca de la puerta. Estaba seguro de que había matado a Olivia. Apuntó sobre ella la pistola... Torpy se acordaría siempre de él.

Bajó la escalera de tres en tres. Nadie asomé por allí. Ya en la calle, a paso vivo, se alejó camino de casa de Mae.

Cuando se cerró la puerta, Olivia se incorporó. Pero no su

madre, que gemía sordamente, puestas ambas manos sobre el pecho, manchada de sangre la gris bata.

—¡Madre! —gritó la joven, besándola con frenesí—. ¿Fue a ti? ¡Madre!

—Echa la llave, no vuelva... —murmuró Ethel, sonriendo—. Me ha dado. Gracias a Dios no fue a ti. Echa la llave, corre... No es nada, hija.

Olivia, espantada, llorando, obedeció la orden de su madre, que quedó tendida sobre el suelo, jadeando, gimiendo débilmente. Y cuando regresó fue al teléfono, marcando un número velozmente. Pidió un médico al puesto médico de urgencia más inmediato. Y fue al lado de la anciana, que sonrió animadoramente. La desabrochó la bata y dejó al descubierto la herida, por encima del pecho derecho, casi debajo de la clavícula.

Corrió en busca de algodón y alcohol, en el botiquín del cuarto de baño. Gritaba la joven, llorando a lágrima viva, sin acordarse de la paliza recibida por aquel bestia vengativo y cobarde... Taponó como mejor pudo la herida, mientras Ethel la miraba animosamente, sonriendo, ya sentada en un sillón.

—No será nada, hija del alma —decía, con voz que intentaba hacer serena, segura—. Y si lo es, pues mira... Yo he vivido ya bastante y Dios me dará el sitio que crea me corresponde. —¡No llores, pequeñita mía!

El timbre de la puerta sonó imperativamente.

—¡No sea ese criminal, hija! —gritó Ethel—. Dicen que cuando huelen la sangre nunca se sacian, como los lobos. Él lo era...

Pero era un médico, al que se había avisado momentos antes. Mientras le quitaba el vendaje a la anciana, se fue enterando de lo ocurrido.

—Bien. ¿Es usted animosa, señora? Voy a ponerla una inyección de morfina y después sacaré la bala. No interesa órgano importante, no se apure. Está entre los músculos, y no muy metida, gracias a la gruesa bata de lana.

Ethel sonrió, animando a su hija, que sollozaba, ahora de rabia por no haber podido pegar más y más duro al cobarde Rocco. Pero ya se encargaría Norman de ajustarle las cuentas. Y no sería a bofetadas. ¡A tiros!

=====

En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles

IX



OCCO, mientras caminaba aceleradamente hacia West Ohio Street, donde vivía Mae, dando rodeos para eludir las calles muy concurridas, iba recordando y cómo regodeándose en la hazaña que acababa de realizar. Había matado a Oliva, la novia de Torpy. La había matado, y eso lo pudo apreciar porque vio nacer una mancha de sangre en el pecho de la joven, que estaba abrazada estrechamente a su madre. Ahora Torpy y él estaban iguales. Ojo por ojo...

No quería tomar un «taxi» para llegar antes a casa de Mae. Sentía grandes deseos de andar, de airear las ideas y hacer ejercicio. La agitación suele disminuir y hasta desaparecer con un buen paseo a paso vivo, haciendo cansarse a los músculos, relajando, la excitación.

Mae le preguntaría seguramente, cuando llegase, cómo es que había salido de su casa. Diría que salió a comprar tabaco, el periódico, cualquier cosa. Aquella tonta bendita le creería todo. La tenía bien metida en el saco.

Y Rocco, que tenía una inteligencia normal, ni más ni menos que cualquier otro individuo, en su excitación olvidaba cosas que, de haber acudido a su memoria, le hubieran hecho variar totalmente de rumbo y no dirigirse a casa de Mae.

Pero no pensaba en nada de aquello, de momento. Era una mente ofuscada por el triunfo, gozando plenamente el sabor de la venganza como debió gozarla aquel maldito Torpy cuando mató a Loretta, su pobrecita Loretta. Ojo por ojo y nada más que ojo por ojo.

Y tan sumido iba en sus ideas, mientras caminaba con pasos rápidos, dando rodeos y más rodeos por las estrechas calles adyacentes a Milwaukee Avenue, que no percibió que era seguido por dos hombres, que hablaban entre sí animadamente, disimulando su persecución lo más posible. Eran dos «tipos» a primera vista clasificables como hampones, tanto por su atuendo como por sus rostros patibularios. Ellos, entre los centenares de «gángsters» movilizados para dar con el paradero de Rocco, y que se movían incansablemente por toda la gran urbe, habían tenido la suerte de dar con él. Pura casualidad, pero que les iba a valer doscientos cincuenta dólares a cada uno, ya que pertenecían al «gang» de Schiavo, y éste prometió quinientos, en nombre de Hozier, a quién echase la vista encima a Rocco. Schiavo se quedaba, naturalmente, con los otros quinientos.

Le iban siguiendo sigilosamente, pensando ya en la manera de cumplir la segunda parte de lo acordado: liquidarlo y dar cuenta de ello al «boss» Schiavo, para que éste se lo transmitiese a su vez a Hozier, el «superboss».

Rocco se detuvo ante un quiosco de periódicos y revistas, comprando un diario. Siguió después su camino, pero más despacio, cogiendo el periódico con la mano izquierda, mientras llevaba la derecha dentro del bolsillo de la trinchera, del mismo lado. Y leyó, mientras caminaba, los titulares.

—Ahora —dijo Belloni a su camarada Petroni—. ¡Los dos al mismo tiempo...!

La calle tenía su tráfico normal, no grande, porque era de tercer orden, algo estrecha. Y los dos «gángsters» avanzaron aprisa, separándose para coger en medio a Rocco, que iba unas treinta yardas delante.

Desde aquella distancia, o algo menos, Belloni hizo una seña a Petroni. Sacaron sus pistolas rápidamente, con el codo pegado al costado. Belloni hizo un gesto a su camarada y cuatro detonaciones sonaron casi juntas. Los dos «gángsters» corrieron velozmente, cada uno por un lado de la acera, uno hacia arriba de la calle y el otro en dirección opuesta.

Las gentes, asombradas, miraron en todas direcciones. Las personas más cercanas a los dos malhechores en el momento de disparar éstos, gritaron y corrieron, señalándoles como los autores del hecho.

Y Rocco, asombrado igualmente, vio cómo su sombrero salía de la cabeza, volando, y su trinchera era perforada por su brazo izquierdo, pero sin tocarle. Ileso, atónito, miró a uno de los «gángsters» que huía como alma que llevase el diablo, y lo reconoció por su forma de correr, su tipo. Era Belloni, del «gang» de Schiavo. El «boss» que le odiaba mortalmente porque quería ser el «amo» de la especialidad de «protección» y siempre él se lo impidió.

¡Maldito Schiavo, perro sarnoso! Aun en aquellos momentos, en que él, Rocco, estaba derrotado, sin «gang», huido, le enviaba a sus «killers» para asesinarlo... Eso no lo hacían ni los chacales más inmundos.

Tenía que huir pronto de allí. Quizá otros hombres de Schiavo le esperaban, en un coche, o a pie, para acabar con él. Huir, huir...

La gente se arremolinaba a su alrededor, mirándole con curiosidad. Un hombre le entregó el sombrero, mirándole con fijeza.

—Iban contra usted —dijo una mujer, señalándole la manga de la trinchera, agujereada.

—Y el sombrero, el sombrero... Tiene un balazo —dijo un hombre—. ¿Se siente herido? Hay que llamar a un agente. ¡Granujas!

—Hay que llamar a un agente. Está muy pálido, pobre hombre. ¿Está herido? Mire, allí hay un agente. Ya viene...

Rocco, rodeado de personas que le miraban con estupefacción y lástima, trató de alejarse, balbuciendo excusas y dando empujones.

Un «taxi» estaba parado ante la acera y su conductor preguntaba curiosamente lo sucedido a los espectadores. El «boss» subió a él precipitadamente y gritó coléricamente al «taxista»:

—¡Arranque aprisa! ¡Gentes más idiotas! ¡A North Ashland! ¡Aprisa!

El hombre arrancó como le ordenaban, creyendo que iría herido Rocco. Y se alejó de allí. Miró por la ventanilla trasera del vehículo el «boss». El «cop» llegaba rápidamente, rodeado de gentes, que señalaban al «taxi» que huía.

—¿Qué le ha pasado, amigo? —preguntó el chófer, volviéndose a medias y mirándole fijamente—. ¿Han tirado sobre usted?

—¡Qué va! Ha debido ser sobre otro, pero casi me dan a mí —repuso secamente Rocco—. Con lo cerca que estaban de mí, si llego a ser el elegido me fríen. Cualquiera sabe contra quién tiraron...

—¡Hum! Siempre está uno vendido, ¿verdad? Tiran a uno y dan a otro que no tiene nada que ver. ¿Dónde vamos?

—Donde le dije. Hacia él... ochocientos noventa de Ashland —repuso Rocco, que tenía ahora un miedo cerval a abandonar el coche y por otra parte temía también que fuese perseguido por algún vehículo lleno de «cariñosos» camaradas enviados por el implacable Schiavo.

Mirando siempre por la ventanilla trasera, Rocco jadeaba penosamente, observando a cada coche que se acercase o pasase a nivel del «taxi». Y el conductor, por el espejo retrovisor, no le quitaba ojo. Aquel tipo de la cara de demonio diría lo que quisiese, pero fueron contra él los «gángsters». Si estaba muerto de miedo... Y la verdad, él también sabía lo que hacían los «gángsters», porque era de Chicago y tenía sesenta años. Recordaba a los «boss» famosos, cuando la Ley seca, y sus luchas a tiros en las calles, disparando desde los coches. Y sin ir tan lejos, también sucedía ahora.

Frenó y hurgó un poco en el cambio y los gases. El motor empezó a dar falsas explosiones, a no querer andar, yendo hacia adelante y hacia atrás el coche.

—Avería, amigo —dijo volviéndose hacia Rocco—. Ya van tres veces hoy que la magneto dice que ande yo. Lo siento —y le tendió la mano, diciendo—: Uno con treinta... Le conviene coger otro coche.

Rocco le lanzó una espantosa mirada. Sabía lo que era un motor, un coche, y se dio perfecta cuenta del truco del hombre, que no quería llevarle por temor a ser acribillado a balazos.

—Que le pague su tía, mentiroso —rugió, bajándose y dando un terrible portazo—. ¡A callar o le pongo la cara como la mía!

Se alejó rápidamente, entrando en la acera. El chófer sonrió. Prefería perder el uno con treinta a servir de blanco a los «gángsters». Quizá aquel tipo lo era también. ¡Vaya una cara de asesino!

Estaba en Ashland Avenue. Desde allí hasta Ohio Street había un buen paseo, porque el coche le había dejado a la altura de Ogden Avenue. Y buscó con la mirada de su único ojo otro «taxi». Allí el tráfico era muy intenso y con masas de transeúntes llenando las aceras. Mezclado entre aquellos miles y miles de personas había cierta seguridad de no ser agredido. Aunque a veces esto no se respetase.

El nombre de Mae le vino a la memoria mientras caminaba despacio, metiéndose precisamente entre las aglomeraciones de gente. Tenía que ir allí. Era su único refugio. Ya le diría que...

Se quedó repentinamente quieto, parado, pasándose una mano por la sudorosa frente mientras su corazón también parecía quisiese descansar un poco, quedando inmóvil.

¿No habló de Mae delante de Olivia y su madre? ¡Sí! Olivia había muerto, pero quedaba la madre. Y... claro, diría aquella maldita vieja, la madre de la muchacha, que fue él, Rocco, el que asesinó a su hija. Se lo diría a Mae. Y Mae... ¿Qué haría Mae cuando lo supiera? Las quería a rabiar a Olivia y a su madre. Quizá Torpy indagase sobre quiénes pudieron decir a Rocco dónde vivía su novia y quién era. Se lo preguntaría a Mae, la tonta y religiosa Mae. «Mae, en nombre de Dios, diga lo que sepa. ¿Ha visto usted entrar o salir a Rocco? ¿Le conocía usted, de cuando llevaba aquella vida infame?», preguntaría Torpy a la pobre mujer. Y ella, cándida, creyente, indignada por lo que consideraría una traición de su querido Lino, le diría todo...

Pegado a la fachada de un alto edificio, muy pálido, haciendo como que leía el diario de la noche, pensaba que ya no podía ir a casa de Mae. Imposible. Mae le entregaría a Torpy. Era otra mujer aquélla. Decididamente al lado de la Justicia, de la Ley, de todo

cuanto él odiaba mortalmente. La había engañado, sonsacándola dónde vivía Olivia, cierto. No podía ya contar con ella.

Miró a su alrededor con angustia. Otra vez como perro callejero, sin tener dónde meterse. Aquella noche, y la siguiente, y otras y otras, vagando, sin saber dónde estaba el peligro, la muerte.

Allí, a pocas yardas, estaba la puerta de un bar. Tenía ganas de tomar algo caliente. Hacía mucho frío. De tomar una copa, dos, tres, de «*whisky*», para reanimarse y poder coordinar las ideas.

Se acercó a la puerta del bar. Un hombre estaba allí, en el escalón, mirando atentamente a cuantas personas pasaban por la acera.

Bueno, le conocía bien. Alto, delgado, con un buen gabán gris, y aquella cara de osado, de conquistador de mujeres. El buen Kim Sharkey, siempre flechando a las chicas... Era del «gang» de Combe, que se dedicaba a las drogas. Kim estuvo una temporada en su «gang», pero la «protección» no le hacía gracia y se marchó. No riñeron nunca. Kim era «honrado», cumplidor de la obligación, y respetuoso con su «boss» de turno. Muy mujeriego, desde luego. A veces dejaba a los camaradas para acudir a una cita; se largaba una temporada y volvía cuando el dinero se le acabó. Kim era de fiar...

Se plantó ante él, sonriendo, sin darse cuenta de que con ello causaba un efecto espantoso a quién le mirase. Pero Kim podría ayudarle, darle asilo.

—¿Te gusta alguna? —le dijo, cuando él todavía no le miraba. Y Kim bajó los ojos, sorprendido. Palideció terriblemente, estremeciéndose como si en vez de ser Rocco el que le hablaba fuese un agente especial del

F. B. I.

antes de detenerlo. Dio un paso atrás, metiendo la mano donde la pistola estaba en su funda, en el pecho.

—¡Oye, que soy Lino, diablos! —exclamó Rocco riendo, dándole un golpecito en un brazo y empujándole al interior del bar—. ¿Tanto te he asustado? Bueno, los muertos, cuando vuelven, siempre causan una impresión... También mi cara de Hollywood, ¿eh? Anda, anda, vamos a celebrar el encuentro. Me alegro de haberte encontrado, de veras, Kim. ¿Y tú?

Sharkey no esperaba encontrar así, de aquella manera a Rocco. Le buscaba, ciertamente, como le buscaban todos los «gángsters» de

Chicago, por orden de sus «boss». Y tenía orden de liquidarlo. Pero esperó verle él, y no ser visto por Rocco tan impensadamente.

—Vaya que sí, que me alegro —respondió Kim sonriendo, ya ante una mesita, sentados como buenos amigos, frente a frente. Y calló prudentemente. ¿Sabría Rocco que había la orden de liquidarlo donde fuese hallado por sus mismos camaradas? Si lo sabía, había que tener cuidado; Rocco era astuto y sabía disimular. No fuese que la primera bala fuese de la pistola del sentenciado a muerte...

—¿Y qué haces ahora, Kim? ¿Cómo te va? —Siguió Rocco, después de encargar al camarero café con leche y «*whisky*». No me mires más así, hombre. ¿Tanto te he asustado?

—Ha sido una cosa, tan de sorpresa, chico... —murmuró cautamente Kim, sonriendo forzadamente. Tal vez Rocco no supiese lo que había, contra él—. Pues voy regular, como siempre. No falta el trabajo...

—Ni las ganas de enamorar a las chicas, por lo que veo. Estabas echando el ojo a las que pasaban, tunante. Anda con ojo. Para una buena que sale, las demás te pueden dar un disgusto. En nuestro oficio es mala cosa. ¿Te has enterado de lo que ha hecho ese Torpy con mi Loretta? —Apretó los puños con rabia infinita.

—Sí, sí... —Kim no se atrevía a soltar nada. Estaba pensando la manera de llevarse a Rocco a un buen sitio y despenarle, pero antes había que tener la seguridad de que él no estaba al tanto de lo que se le venía encima. Si lo sabía, huir cuanto antes—. Lo dijeron los periódicos. ¿Y cómo andas tú así, tan despreocupadamente?

—¿Me has conocido tú? Habrá sido por la voz o porque viste el lado derecho de mi cara. Pues si tú no me conociste, ¿cómo me van a reconocer los del

F. B. I.?

—repuso Rocco, sonriendo espantosamente—. Soy ahora otro hombre.

Kim adquirió casi la certidumbre de que Rocco ignoraba que los «gángsters» estaban conjurados para matarlo, además del

F. B. I.

—Solamente ando mal en una cosa, Kim. En dos, mejor. Que no tengo dónde meterme, y que mis fondos no son grandes, para resistir mucho tiempo. No te pido dinero, pero sí que me ayudes a

encontrar un buen sitio donde esperar a que pase el temporal. ¿Qué dices? Donde sea, pero seguro...

Kim sonrió. Rocco no sabía nada de aquello. Mejor que mejor. Y pedía asilo. Bien. Era fácil ya la cosa. Llevarlo un poco lejos, y... a otra cosa.

—Creo que sí podré complacerte, Lino —dijo con voz segura, escanciando de la botella en la copa de Rocco—. Ha sido una suerte que nos hayamos encontrado. Bebe más. Ponte alegre, ¡qué diablos! —Quería ver si sería posible reducir a Rocco, a fuerza de beber, a un estado lo más posiblemente cerca de la borrachera o inconsciencia. No olvidaba lo peligroso que era el «boss» cuando luchaba con la pistola en la mano.

Rocco, más contento ante la seguridad de contar ya con un sitio donde esconderse, bebió cuanto le sirvió Kim, volviéndose locuaz, olvidando su tragedia y la que a otras personas estaba haciendo vivir.

—No puedo apartar de mi memoria a Loretta, Kim —dijo, con voz un poco pastosa, tendiéndole un cigarrillo—. Ya sabes cómo era ella: mujer estupenda, fiel, cariñosa... El cochino de Francesco quería quitármela. Nadie pudo quitármela. ¡Nadie! Para ella no había más hombre que yo, y con razón...

Kim, tan mareado como Rocco, porque aguantaba menos el trasiego, no pensó mucho lo que decía cuando se propuso llevar la contraria a aquel presumido. Además, era cierto lo que dijo:

—Bueno, mira, hermano... Loretta ya está muerta, la pobre —murmuró, con voz estropajosa—. Pero vamos a dejar un poco a un lado eso de que para ella no había otro hombre tan guapo como tú. Por lo menos, por lo menos, había otro, tanto como tú, a juicio de ella. No es vanidad, Lino, y la cosa no tiene importancia ya, ¿eh? Pero no presumas de que tú fuiste el único...

—Francesco lo intentó, ¿no te lo dije? Pero estoy seguro de que no consiguió nada —refunfuñó Rocco, mirando con su único ojo fijamente a Kim—. ¿Conoces tú a otro que me intentase birlar la novia?

—Como birlar, vamos, pues... sí, aunque no del todo. Quiero decir que no por largo tiempo. Mira, Lino, la cosa ya no tiene importancia. Ella ha muerto, la pobre. Es por hablar, ¿verdad? Ella era caprichosa, como toda mujer guapa y coqueta. Hombre apuesto

que veía, la gustaba tenerlo de cabeza, suspirando por ella. Yo... pues cuando estuve contigo.

Rocco sintió que su comienzo de borrachera se eclipsaba como por ensalmo.

—Sí, hombre, sí —dijo, con hipocresía, mientras allá, en lo más hondo de su corazón rebullían los celos—. Te quiso tener a su lado, rendido. Bueno; eso es verdad que lo hacía con todos. Pero no me digas que tú fuiste... lo que yo, vamos. ¿A qué no? No creas que me ofendo por lo que me digas, Kim. Ella ha muerto, es verdad. Pero las cosas como son. Tú no fuiste más guapo que yo, con toda tu fama de conquistador —y quedó anhelante, en espera de las palabras de aquel hombre, a quién iba tomando ya un odio infernal.

Kim bebió de un trago la llena copa. Negarle alguien que cuando quiso conquistar a una mujer no se salió con la suya siempre, era el mayor insulto que se le podía inferir. Además de que era verdad lo que le ocurrió con Loretta, y lo dijo en un tono de voz absolutamente sincero, aunque pastoso, agarrada la lengua al paladar por efecto del «*whisky*».

—Estamos hablando ya de una cosa que no tiene importancia, hermano —dijo, dando una palmada en un hombro de Rocco y sonriendo con suficiencia—. Pero yo fui de ella... tanto como tú. Ya digo que por poco tiempo, ¡pero vaya si me quiso! Uno, después se cansa... No quiere fastidiar al amigo... Y queda en silencio todo, como si hubiera sido una borrachera. Tenía un corazón de oro Loretta, ésa es la fija. Ya la pobre ha dejado de sufrir, ¿no?

Rocco hubo de cerrar su único ojo para que Kim no viese en él la rabia que le dominaba. Le creía en todo cuanto dijo. Recordaba que sí, que Kim hacía igual que hizo Francesco: lo que hacen todos los hombres que pretenden a una mujer comprometida. Lo recordaba ahora. Cariñoso con ella, visitándoles muy a menudo, mirándola con rara insistencia, regalos sin causa justificada, ir a verla no estando él... Era verdad. Y que Kim sabía atraérselas, no había duda. Entendía mejor de aquello que de ser «gángster». De vivir a costa de una mujer que de jugarse la vida por ella.

Kim no iba a ver la luz mañanera del siguiente día...

—Bueno, hermano —dijo, con voz simuladora de borracho a medias—. Creo que debemos marcharnos, ¿no te parece? Donde me lleves. En ti confío.

Kim sonrió, donde le llevase, ¿eh? Pronto lo iba a ver. También él cobrar los quinientos dólares si lo quitaba de en medio. Su «boss», como Schiavo, recibiría mil de Hozier. Había hecho igual promesa a todos los «boss».

—Bueno, vamos, hermano —dijo, levantándose con cierta dificultad, arrugando el ceño.

Se cogieron del brazo sin decirse nada. Dos buenos amigos, cada uno de los cuales creía que el otro estaba mucho más borracho que él.

—¿Dónde es, Kim? Será buen sitio, ¿no? —dijo Rocco, ya en la calle.

—Buen sitio, claro. Vamos hacia Ogden, al final. Hay una barriada de hotelitos...

—Un «taxi», entonces. Yo lo pagaré, ya que tú abonaste el café y el «*whisky*». Como hermanos, Kim. Como buenos camaradas —fingía Rocco—. ¿Vives tú solo allí? Vamos, supongo que tendrás un ama de llaves... —rió groseramente, mostrando su horrible fealdad.

—Una novia en cada puerto —afirmó Kim, riendo también—. Un hombre sólo es como si estuviera, muerto, Lino.

Subieron al «taxi», empujándose mientras reían. Al final de Ogden Avenue.

Ninguno de los dos se dieron cuenta de que un coche particular les iba siguiendo, conducido por un hombre, con toda clase de precauciones, para que no fuese notada la persecución. Había visto a Roco a la salida del bar y se llenó de felicidad con el hallazgo. Pero subían al «taxi» y él no hizo sino comenzar la persecución y seguiría hasta donde fuese.

Milla tras milla, seguía Ogden Avenue hacia el Sudoeste. Y lo que al comienzo es una vía populosa, moderna, elegante a trechos, por el Norte, al alejarse de la urbe, se convertía en populachera, con edificios bajos, sucios, poblados por gentes equivocadas, desharrapadas y con una chiquillería de «slum» como la que pudiera verse en Nueva York, San Francisco, Filadelfia.

Habían salido ya del término municipal de Chicago, observó Rocco. Ahora se veían barriadas grandes de hotelitos, fábricas, talleres, con grandes iluminaciones y densas humaredas de las chimeneas gigantescas. Más allá, al Sudoeste, las luces de Riverside, seguramente, de Stickney y Lyons.

—¡Pare! —gritó Kim.

El coche paró a la entrada, como a cien yardas, de una barriada de casitas prefabricadas. Rectas avenidas, con árboles pequeños, recién plantados, y de trecho en trecho, las columnas del alumbrado. Silencio todo alrededor, sin nadie que transcurriese por allí. Rocco pagó la cuenta rápidamente. Kim, a su espalda, esperaba con las manos en la espalda. Veía vacilar a Rocco, tartajando las palabras.

El «taxi» se alejó. Rocco se volvió y ambos se miraron cara a cara.

—¿Dónde es? —inquirió, con voz segura, llevándose una mano, la izquierda, a la frente y dando un pequeño traspies al comenzar a andar. Que siguiera creyendo Kim que estaba un poco chispa—. Está esto oscuro, ¡diablos...!

—En las afueras de aquella barriada. Vamos dando la vuelta —lo cierto era que Kim ni vivía allí ni conocía en absoluto aquel paraje. Sabía que era bueno para cometer un asesinato, por su soledad y carencia de vigilancia, y nada más.

Atrás, como a cincuenta yardas, Torpy les seguía, pistola en mano, habiendo dejado su coche en la carretera, con las luces apagadas. Les vigilaba con gran curiosidad. Sabía que el hampa se había conjurado para exterminar a Rocco, y aquello que veía podía ser una de estas dos cosas: o que Kim, a quién también conocía como «gángster», iba a liquidar a Rocco, llevándolo engañado hasta allí, o que, por el contrario, lo llevaba a un escondrijo para hurtarlo a la persecución del

F. B. I.

y de los hampones.

—Espera, que voy a... —dijo Rocco, apartándose un poco de Kim—. Sigue, que ahora voy.

Y se detuvo, desabrochando aparentemente su trinchera. En realidad, para sacar la pistola del bolsillo.

Kim no cayó en la trampa. Se detuvo y su mano corrió con ligereza en busca de su pistola, dentro de la americana, pero aparentando igualmente que se cruzaba de brazos, como esperándole.

Dos fogonazos débiles iluminaron un poco sus rostros, contraídos por la emoción, la fiereza. Y las detonaciones

inmediatas, mientras se inclinaban para eludir las balas.

—¡Traidor! —rugió Rocco, dando un salto y alejándose de Kim, que le imitó. No obstante ser buenos tiradores y estar cerca el uno del otro, habían fallado en la puntería, quedando indemnes—. ¿Crees que no sabía lo que querías hacer?

Kim se alejó aún más, volviendo a disparar sobre el bulto de Rocco. Y éste le imitó, inclinándose ágilmente, esperando qué su enemigo le diese la espalda, para perseguirlo a muerte.

Torpy no sabía si intervenir. En el momento que lo intentase, los dos malhechores se unirían para combatirle, dejando de momento sus diferencias.

Ambos enemigos llevaban a cabo un original sistema de combatir. Se alejaban y acercaban él uno al otro, disparando, lo que indicaba que su decisión era la de matar. De no ser así, uno de ellos hubiera emprendido la huida franca, abandonando el terreno. Pero Kim deseaba los quinientos dólares de premio, y eso los conseguiría matando a Rocco. Éste, lleno de furor por la traición de Kim, encendido su corazón por el despecho y los celos, no estaba dispuesto a que Kim viviese para alabarse de sus hazañas amoratorias y que traicionase en adelante a camaradas en peligro. Suponía que la Policía, el

F. B. I.,

había ofrecido un premio por su cabeza.

Torpy contemplaba con emoción aquel duelo singular. Oía cómo se insultaban soezmente, refiriendo Kim sus amores con Loretta en tono mordaz, para exasperar a Rocco y hacerle cometer una mortal imprudencia. Y Rocco motejándole de traidor, vendido a la Policía, chulo asqueroso, afeminado, cobarde. Y disparaban como si sus bolsillos estuviesen llenos de cargadores. Esto era lo que Torpy tenía buen cuidado de observar, contando los disparos que hacía cada uno, aproximadamente. Llegaría el momento en que Kim o Rocco no pudieran seguir tirando. Al que le quedase la última bala, cuando el otro estuviese desarmado, podría disponer de la vida de su enemigo.

No pasó esto, para desgracia de Kim. Aún tenía balas su pistola cuando recibió un tremendo impacto en la garganta. Rocco, en vez de disparar una sola vez, como hasta entonces, apretó el gatillo tres veces seguidas cuando Kim creía que su enemigo iba a retroceder.

Falló dos veces, pero la tercera, la bala encontró carne en su trayectoria.

Kim soltó su arma, lanzando como un extraño y terrible mugido, llevándose ambas manos a la garganta, muy abierto de piernas, vacilante.

Rocco se le aproximó y disparó de nuevo contra él, ahora a la cabeza.

Torpy se levantó del suelo. Era su momento. Rocco había vencido en el duelo, pero ahora le tocaba sufrir las consecuencias de todo cuanto había hecho desde que comenzara su vida de maleante.

Rocco se volvió al sentir un ruido extraño a su espalda. Torpy había tropezado en unos trozos de ladrillo cuando iba hacia él.

—¡Levante los brazos, Rocco, y suelte la pistola! —gritó el agente especial, apuntándole con su arma mientras se detenía como a veinte yardas de él—. ¡Pronto!

—Usted tenía que ser... —farfulló el «boss» en tono rabioso—. ¡No quiero! ¡Venga a desarmarme!

Y disparó sobre Torpy con la velocidad del relámpago. Tenía en la otra mano la pistola de Kim. Después emprendió la huida franca. No quería más pelea ya.

Torpy le fue siguiendo entre las sombras. Cada vez que Rocco, exasperado, se volvía para disparar, él se inclinaba o daba un salto de costado, sin responder a sus disparos. Aquello era mucho peor, pensó Rocco, que el combate anterior con Kim. Las balas que le quedaban eran pocas y si no conseguía quitarse de encima a aquel Torpy endiablado, ya sabía lo que le esperaba.

Mucho corría Rocco por el campo, sin saber adónde ir ni dónde encontrar medio de evadir aquella persecución. Torpy le seguía, como empujándole, sin disparar. Pero el «boss» temía que lo hiciera si acortaba la distancia, y corría más y más, con creciente espanto, llevando dos pistolas que maldito si sabía cómo utilizarlas.

Se detuvo de repente y volvióse, encañonando a Torpy. Pero éste se detuvo a prudente distancia, arrojándose al suelo. Rocco disparó dos veces sobre el bulto, gritando como loco. Cuando volvió a emprender la huida, Torpy se levantó y corrió tras él.

—¡Ríndase. —Rocco! ¡Levante los brazos!— le gritó con voz potente, que no denotaba fatiga. —¡Es inútil lo que hace! ¡Cuando quiera le mato!

Rocco rugió de rabia al escuchar aquellas palabras del agente especial. Decirle que cuando quisiera lo mataría, llevando él dos pistolas en la mano y con lo hombre de pelo en pecho que era... ¡Idiota!

Se volvió de nuevo, pero esta vez para afrontar a Torpy, corriendo hacia él con ímpetu salvaje, disparando ambas armas sobre su enemigo mientras aullaba insultos y amenazas.

Torpy eludió las balas y el encuentro con aquel gigante. Y esta vez disparó, contra su deseo, porque las pistolas de Rocco lanzaban rápidamente sus proyectiles, que zumbaban muy cerca de él, peligrosamente cerca.

El disparo del agente especial, más sereno, más firme su pulso, y quizá mejor tirador que Rocco, hizo blanco. El grito del «boss», de dolor y rabia, lo acusó.

Rocco cayó de rodillas, soltando las armas. Apoyó las palmas de las manos sobre la tierra, ahora sollozando, bajando la cabeza más y más.

—¡Bastante, Torpy, bastante! —gimió desgarradoramente—. Es... bastante...

Torpy dio un rodeo y fue tras él, apuntándole con su arma. Rocco parecía ahora un crío, sollozando, pugnando, por sostenerse sobre las rodillas y las manos, muy baja la cabeza. Torpy, de dos puntapiés, alejó las pistolas y se inclinó sobre el «gángster», desconfiado. Después, con un gesto seco, sin dejar de apuntarle la cabeza, con la mano izquierda le puso unas esposas.

—Hasta que no le di no paró, imbécil —exclamó Torpy en tono despectivo—. ¿Dónde ha sido?

Rocco se izó, ayudado por Torpy. Se tambaleaba lamentablemente, gimiendo.

—En el pecho... —dijo roncamente—. Bastante, bastante...

—Vamos al coche —repuso el agente especial después de mirarle dónde le había herido—. Apóyese en mi hombro. Despacio...

—Sí. Bastante, bastante... —gemía Rocco, desplomada su moral, sabiéndose absolutamente perdido, con vida para muy pocos minutos. La bala estaba alojada en sus pulmones o por allí cerca, y no había duda de que la muerte esta vez se lo iba a llevar—. Oiga, amigo... —Siguió con aquella voz lamentable—. Oiga... Lléveme a

casa de... Mae. ¿Me delató ella?

—No. Se delató usted mismo —repuso Torpy mientras casi llevaba sobre su espalda al «boss». Quiso matar a mi novia...

—¿No lo conseguí? Me... alegre, me alegre... Con Mae, Torpy, con Mae... Ella ha sido... la única que me ha querido bien. Bien, de veras. Santa, muy santa... Que me cure ella... y después con usted, a pagar la deuda. Hay que saber... perder.

—No hable, no hable —respondió Torpy acelerando el paso en dirección a su coche. Caminaba por el campo, subiendo y bajando desniveles tropezando en los escombros, jadeando ya bajo el peso del moribundo.

—Mae... Mae... —gritaba débilmente Rocco, apoyada su cabeza sobre la parte posterior del cuello del agente especial que sentía cómo le corría la sangre del «gángster» por la espalda, empapando su trinchera y la demás ropa—. Mae, Mae... querida mía. Santa, santa... Con Mae, Torpy, con Mae...

El coche estaba ya cerca.

—Ya estamos, hombre —dijo suspirando con satisfacción—. Ahí, a mi lado. ¿Se encuentra a gusto? —dijo Torpy con cierto afecto, acomodándole sobre el asiento contiguo al de la dirección—. ¿Qué tal, Rocco? ¡Rocco! ¡Rocco!

Rocco movió la cabeza como si su cuello fuese de gelatina. Su único ojo, sin gafas, miró desgarradoramente a Torpy. Y lloraba...

—Mae... Mae... Santa, santa... —balbució casi imperceptiblemente.

Torpy le contempló compasivamente. Quedó como aterrado, atónito, cuando vio cómo el «boss», con un terrible esfuerzo, movía lentamente la mano derecha, como arrastrándola, trazando una imperfecta cruz sobre su sangriento pecho, que ya apenas se movía.

Y cuando puso en marcha el coche, era un cadáver lo que conducía hacia la ciudad luminosa que se veía en lontananza.

Rocco había tenido un final mucho más digno de lo que se pudiera esperar de él.

FIN

ALF MANZ

el inolvidable autor de ¡CULPABLE!, LA HORA GRIS
y SHANGHAI, nos ofrece ahora su gran producción

EL VENGADOR NEGRO

Un "gangster" de ideas tenebrosas sufre la evolución mayor que se pueda tener, a causa de un choque espiritual rayano en tragedia. Su corazón encenagado sufre una transformación y entonces, cumpliendo una tarea vengadora, se convierte en el más valioso colaborador del F. B. I. Realiza unas proezas que...

ALF MANZ

toca en esta novela un tema profundo, palpitante de actualidad, emotivo, y original como todos sus argumentos.

EL VENGADOR NEGRO

Y

ALF MANZ

revalorizan una vez más la prestigiosa

COLECCION F. B. I.

